

No es amor, *es solo París*

Patricia Engel



Lectulandia

Con apenas veinte años, Lita, que hasta ahora ha llevado una existencia protegida por sus padres —inmigrantes colombianos que han logrado hacer fortuna en Estados Unidos—, está deseosa de aprovechar su estancia en París. La excusa es aprender un nuevo idioma, pero su objetivo real es aventurarse en una ciudad desconocida, sentir, vivir y quién sabe si tal vez enamorarse. Una historia de maduración sentimental narrada con gran sensibilidad y talento. El retrato del París romántico y de ensueño y el París moderno y cosmopolita a través de la mirada de una joven estudiante sensata e ingenua que vive su primera experiencia en el extranjero en una residencia para jóvenes llenas de sueños e ilusión.

Lectulandia

Patricia Engel

No es amor, es solo París

ePub r1.1
lenny 18.04.15

Título original: *It's Not Love, It's Just Paris*
Patricia Engel, 2013
Traducción: Celia Filipetto
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
Corrección de erratas: Seba_Manuel
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres, siempre

En amor, atenerse a lo que es.

ALBERT CAMUS

El primero que la llamó «la Casa de las Estrellas» fue Théophile, el marido de Séraphine, un borracho que solía caerse redondo en el patio de entrada sin llegar a alcanzar la puerta principal. Decía que desde esa perspectiva, con la mejilla pegada a los adoquines, en las ventanas de las habitaciones solo se veían luces tenues, como estrellas, y en nuestro tramo de la rue du Bac siempre había estrellas a todas horas, razón por la cual la casa de Séraphine se hizo famosa entre las demás, era un lugar donde nunca se dormía.

Nada más conocerla me contó que, durante todo el tiempo que estuvieron casados, Théo había tenido una aventura con su hermana, Charlotte, pero había decidido seguir unido a Séraphine por ser heredera de la fortuna de la familia De la Roque. Todos sabían de las relaciones entre Théo y Charlotte, pero en aquella época, en asuntos matrimoniales, la gente era más estratégica.

«Era la moda», dijo Séraphine, y no te puedes ni imaginar la de cosas que entonces eran la moda. Poco después de mi llegada, pregunté qué le pasaba a Théophile, porque aún no me lo habían presentado aunque siempre veía su sombrero encima del arcón en el vestíbulo de entrada, como si el hombre se hubiese perdido en algún recoveco de la casa. Séraphine se acomodó entre las almohadas de la cama y encendió un cigarrillo antes de suspirar:

—Mi Théo se suicidó hace diecisiete años. El escritor que vivía enfrente había hecho lo mismo el mes antes. Era la moda.

Séraphine era condesa. En la casa, e incluso en París, todos seguían teniendo en cuenta ese tipo de detalles aunque los títulos hubiesen desaparecido con la Revolución. El hombre que me recomendó como inquilina me comentó que, al dirigirme a ella, debía llamarla «Madame la Comtesse» o simplemente «Condesa», pero me costaba utilizar esas fórmulas sin tener la sensación de estar haciendo teatro. De modo que a las pocas horas de mi llegada le pregunté si podía dirigirme a ella por su nombre de pila. Abrió tanto los ojos delineados con kohl que se le vio la membrana rosada y tardó un rato en contestarme. Pensé que quizá tomarme esas confianzas podía considerarse un grave error y me preguntaba cómo remediarlo cuando Séraphine carraspeó y esbozó una sonrisa que, a juzgar por las arrugas del entrecejo, era la primera en años.

—Está bien, Leticia. Si tanto te empeñas, llámame Séraphine.

Las demás chicas no tardaron en llamarla así, Séraphine, incluso aquellas que llevaban años como huéspedes y siempre se habían dirigido a ella con más formalidad. Su nieto Loic intentó rectificar mi desaguisado, aduciendo que era una grosería que nos tomáramos esas libertades y que al menos debíamos llamarla «Madame», puesto que todas éramos invitadas en casa de Séraphine. Cosa que no era del todo cierta, dado que pagábamos una buena cantidad por vivir allí, en dólares nada menos, y el año completo por adelantado y en efectivo. Pero era demasiado

tarde; el orden de la casa había quedado alterado.

La princesa Diana había muerto mientras yo iba en el vuelo nocturno de Newark a París. El taxista me lanzó al regazo *Le Figaro* con el titular y la foto del accidente en el túnel y me llevó de Charles de Gaulle al Distrito VII. Me acordé de que, de niña, mi madre y yo habíamos visto su boda por televisión, y se me antojó que no hacía tanto tiempo de aquello; ahora se trataba de una historia más que la gente contaría, aunque en lugar de concluir con un vivieron felices y comieron perdices, acabaría con «Y la princesa y su amante murieron juntos en París. Fin». La noticia de su muerte hizo que me sintiera vieja y echara mucho de menos a mi madre, que en el aeropuerto me había dado la espalda para que no viera sus lágrimas. El taxista dejó que me quedara con el periódico. Había comprado varios ejemplares, dijo, con vistas a que en un futuro valieran algo, puesto que no todos los días muere una princesa. Me lo metí en la parte trasera de los tejanos y arrastré mis dos maletas por la acera, crucé el patio hasta la casa de la condesa y entré en el vestíbulo. Toqué el timbre, nadie salió a atenderme.

En otros tiempos, la Casa de las Estrellas debió de ser muy hermosa, como Séraphine. Se apreciaban el encanto y la majestuosidad bajo la capa de alfombras persas, los suelos de mármol, los techos artesonados, las inmensas arañas los espejos dorados. Tras una mirada más atenta, en las alfombras se notaban la negra pátina del tiempo, las quemaduras de cigarrillos y los agujeros perforados por el roce de los tacones afilados. En el suelo de mármol se advertían las melladuras y las décadas sin el menor pulido. En el artesonado, las grietas, los querubines sin alas y sin cabeza; en los espejos, la falta de azogue, y en sus marcos, la falta de brillo; en las arañas, la pérdida de cristales y de bombillas. Venían luego los detalles decorativos: muebles de madera con taraceas de nácar y de esmalte estilo Luis no sé cuántos, arcones y mesitas con estatuillas y cajas de plata en miniatura —el tipo de cosas que en mi país se verían en una venta de objetos usados—. Y se percibía el aroma a tabaco, persistente a pesar de la abundancia de pequeños recipientes rebosantes de popurrí de lavanda.

Se oyó una voz que llamaba y la seguí por el breve pasillo que partía del vestíbulo.

Entonces la vi: Séraphine, sostenida por un montículo de cojines blancos en una amplia cama imperio de caoba que flotaba en medio de la alcoba sobre un suelo cubierto de alfombras. Las cortinas de encaje envolvían las puertas de cristal que daban al jardín trasero. Vestía una mañanita blanca, tenía las piernas cubiertas con un edredón vaporoso, era como de porcelana, llevaba lo que le quedaba de la larga cabellera incolora recogido en un moño apretado. Lucía largos pendientes de perlas, los labios finos cubiertos de un pigmento rojo y húmedo, los ojos claros delineados con un pringue oscuro, su sello personal, y probablemente la causa de sus cataratas. Aunque estuviera en cama, gorda como un panda, era una especie de dama elegante, como la Séraphine más joven que la miraba desde los retratos enmarcados que

colgaban de las paredes amarillentas, y a menudo me preguntaba qué no había visto en ella su marido.

A esas alturas Séraphine tenía casi noventa años y llevaba tres sin salir de su alcoba, vestigio que venía con la casa. Las criadas la llamaban maharaní porque médicos, amigos y los restos del mundo que Séraphine consideraba importantes acudían a ella cuando los convocaba. Comentaban que tendrían que sacarla de allí por la fuerza si alguno de sus descendientes quería salirse con la suya y vender la casa, algo que su propia hija esperaba hacer según me enteré después.

Cuando le pregunté a Séraphine por qué había decidido alquilar habitaciones en su casa, me contó que antes de que fuera la Casa de las Estrellas había sido la Casa de los Felinos. Théo, que era un obsesivo, había conseguido coleccionar unos cincuenta especímenes de una extraña variedad de siameses, y cada habitación, ocupada ahora por una chica, en otros tiempos había albergado cinco o seis gatos, más unos cuantos favoritos que campaban a sus anchas por toda la finca. Théo trataba a los gatos como rarezas y se pasaba los días visitándolos uno por uno, los cepillaba, les cortaba las uñas, les susurraba en ruso, porque en su vida anterior Théo había sido ruso, se rumoreaba que judío, aunque nadie mencionaba nunca ese detalle, porque la familia De la Roque quería que la gente pensara que eran franceses y católicos de pura cepa, por eso no dejaba de citar el refrán «Más vale el buen nombre que las muchas riquezas». Las criadas decían que por ese motivo Séraphine nunca había aceptado llevar el apellido delator de Théo, y era por eso que él estaba tan entusiasmado con el escritor de enfrente, que también era ruso y judío en cierto modo.

Un buen día Séraphine se hartó de los gatos. Dijo que nada podía hacer si, por derecho divino, Théophile se acostaba con su hermana, pero que sí podía echar a los gatos porque aquella casa era suya, la había heredado de su padre, que se la había dejado por ser su primogénita. Le habría gustado reunirlos y enviarlos a vivir con las prostitutas y los vagabundos del bosque de Boulogne, pero aquellos animales valían un dineral, de modo que se buscó un comerciante de gatos y se los vendió por una cantidad global. Pasó una tarde a recogerlos en una furgoneta llena de jaulas; Théo estaba fuera bebiendo. Al día siguiente, cuando se le pasó la borrachera y vio que los gatos no estaban, a Théo le dio un ataque y Séraphine tuvo la certeza de que nunca llegaría a perdonarla. Fue idea de Théophile llenar con chicas las habitaciones, ahora que los gatos habían desaparecido. Empezaron con dos, luego con tres, y así, hasta llegar a ocho. Séraphine decía que para Théo hospedar a chicas era tan divertido como tener gatos. Las criadas murmuraban que, aunque tuviesen sangre azul y fueran dueños de esa finca, uno de los pocos palacetes que quedaban en la orilla izquierda, la familia De la Roque estaba arruinada. La condesa descubrió una forma sencilla de obtener ingresos hospedando a debutantes supuestamente bien educadas y que también había muchos padres dispuestos a pagar a una antigua noble para que vigilara a sus hijas *en séjour*.

Yo era la única chica nueva de la temporada. Había una larga lista de espera para

vivir en la casa, y a una la tenían en cuenta únicamente si venía con la recomendación personal, como era mi caso, de un antiguo profesor de *nouveau roman*, lejanamente emparentado con Théophile. Cada muchacha ocupaba su habitación privada en el primer piso o en el segundo, Séraphine vivía en la planta baja. Sus nietos, Loic y Gaspard, hijos de Nicole, su única hija, disponían de un apartamento en el ala oeste de la casa, que era más pequeña y se accedía a ella por su propia entrada o a través de un pasadizo oculto debajo de las escaleras, vestigio de la guerra. Séraphine me asignó el dormitorio del primer piso, justo encima del suyo, en lo alto de la escalera; era una especie de túnel con unas puertas dobles que daban al pasillo y un par de paneles de cristal en la pared opuesta que daban a un balconcito sobre la terraza y el jardín trasero. En su interior había una cama de una plaza y un colchón mustio en un rincón, un pequeño escritorio, una silla plegable, un tocador lacado en negro al que le faltaban unos cuantos pomos de cristal, y un confidente de terciopelo rojo con asientos hundidos y patas de madera inclinadas.

A pesar de que contaban con tres criadas, Violeta, Flora y Mara, hermanas portuguesas, hijas de la portera que se dejaba ver muy pocas veces y que vivía en un pequeño apartamento situado en el patio de la entrada, y de que se suponía que Loic y Gaspard actuaban como encargados de la finca, yo había llegado justo cuando todos estaban almorzando. Nadie salió a ayudarme a subir las maletas ni a mostrarme dónde estaba todo, como la cocina o el teléfono compartido, solo para recibir llamadas, o a indicarme que el lavabo estaba en un extremo del pasillo mientras que el cuarto de baño azulejado con bañera sin cortinas, ducha teléfono y pila se encontraba en el extremo opuesto.

Tras abrir las puertas del balcón para ventilar y arrodillarme en el suelo de mi dormitorio para deshacer la maleta, vi aparecer en el umbral dos pares de sandalias idénticas, pertenecientes a dos chicas que me miraban desde arriba como si yo fuese un mapache hurgando en la basura. No tengo hermanas, solo dos hermanos —uno mayor y otro menor que yo—, en el colegio no había hecho muchas amigas y siempre tuve la sensación de que sabía moverme mejor entre libros que entre personas. Tenía veinte años, había terminado mis estudios, con notas sobresalientes, en una universidad prestigiosa, dos años antes de lo programado, pero en la vida social seguía siendo una novata. Y aquellas chicas, Tarentina y Giada, según ellas mismas se presentaron, tenían toda la pinta de formar una pareja temible, melenas enmarañadas de color rubio oscuro, sujetadores negros asomando por la parte de arriba de sus vestidos con estampados de flores, idénticos, largos hasta la rodilla, pechos similares, firmes y redondos; según supe más tarde por Loic, habían ido juntas a comprarse esos vestidos durante las vacaciones de Semana Santa del año anterior, en Río, ciudad natal de Tarentina; era la moda.

Giada, un poco más baja, se apoyó en el marco de la puerta, los labios en un perpetuo mohín, mientras su amiga me preguntaba quién era y de dónde venía, con un acento nasal casi británico que, según supe luego, era distintivo de las alumnas de

internados suizos. Les dije que mi nombre era Leticia, pero que todos me llamaban Lita, y que era americana. Por las caras que pusieron me di cuenta de que no me creían.

—¿Y tus apellidos? —preguntó Tarentina.

—Del Cielo. Solo tengo uno.

Sonrió sin afecto alguno.

—Suenas a nombre artístico. ¿Qué sangre llevas?

—¿Cómo que qué sangre llevo?

—Tu linaje —suspiró, ya aburrida de mí—. Tu país. Ya sabes, ¿de dónde vienes?

—De Colombia.

—India, supongo. —Se volvió hacia Giada y añadió—: Eso explica la cara de selva.

De hecho, llevo el nombre de una ciudad de la selva del Amazonas, en la frontera entre Colombia, Brasil y Perú. No salí de la selva, pero mi madre sí, la encontraron abandonada en un camino y la entregaron a las monjas, que se la llevaron a la capital. En aquella época, nadie quería adoptar a los recién nacidos indígenas, y en lugar de entregarla a un orfanato, las monjas criaron a mi madre en el convento. No tenía ganas de explicarles nada de eso, de modo que me limité a comentar:

—Supongo que sí.

—Verás, Loic me ha pedido que te dijera que enseguida viene. Suele ocuparse de recibir a las huéspedes. Ya seguiremos charlando cuando te hayas instalado.

Se marcharon con un «ciao, ciao», bajaron la escalera, el chancleteo de sus sandalias apenas disimuló sus risas leves hasta que salieron por la puerta principal. Me asaltó el miedo. Había abrigado la esperanza de vivir sola en París, leer los clasificados en un ejemplar de segunda mano de la revista *FUSAC* y marcar los estudios con alquileres asequibles, pero mi padre se empeñó en que solo me dejaría vivir en el extranjero si tenía compañía, un testigo respetable de mi existencia. La Casa de las Estrellas era el acuerdo al que habíamos llegado y del que ya empezaba a arrepentirme.

Poco después, Loic, desgarrado con su camisa de algodón a cuadros, sus pantalones planchados y la cara prematuramente arrugada, llamó a mi puerta y se presentó.

—Lamento no haber estado cuando has llegado. He tenido una emergencia. Quiero decir que la emergencia la ha tenido un amigo.

Me levanté y le estreché la mano huesuda.

—¿Has echado un vistazo a la casa?

—Sí. Es... bonita. He conocido a tu abuela y a algunas de las otras chicas. Giada y...

—Tarentina.

Me miró con fijeza, sus ojos eran de un color azul líquido.

—El primer día siempre es el más difícil.

Me esforcé por sonreír.

—Estoy un poco cansada. El viaje, el cambio de horario.

—¿Qué tal si sigues luego deshaciendo la maleta, así descansas y me acompañas a tomar el aire? —Me tendió la mano como si deseara convencerme de que me apartara del borde de una cornisa.

Para Loic la idea de tomar el aire era fumarse un cigarrillo. Nos sentamos en los escalones de la entrada, su rodilla huesuda rozó contra los tejanos que me había puesto el día antes en New Jersey mientras mi padre, al pie de la escalera, me gritaba que si no me daba prisa perdería el avión. Loic me ofreció un Lucky Strike de su paquete. Yo no era fumadora pero había fumado bastante con Ajax, mi mejor amigo de la infancia, que era un auténtico demonio, sobre todo cuando estaba dejando las drogas. Tal vez nunca habría venido a París de no haber sido por Ajax, que en realidad se llamaba Andrew Jackson, como el presidente. Los dos juntos casi llegamos a ser unos cerebritos, coincidimos en el exilio de las clases para «superdotados» y de los programas avanzados de los sábados que organizaban en la universidad local. Él estaba obsesionado con la idea de ser un triunfador desde que se había enterado de que su padre, al que creía muerto, era dentista y tenía otra familia en la otra punta de la ciudad, y que la madre de Ajax había sido su recepcionista. Íbamos a la misma escuela que sus hermanastros, y Ajax decidió destacar en los estudios para que en comparación con él parecieran unos perdedores.

Ajax y su madre vivían en un apartamento diminuto encima de una tienda de bebidas alcohólicas, y mi familia vivía en una mansión decorada por profesionales, pero para él seguíamos siendo gentuza porque su madre lo había criado con el mito de que eran primos de los Kennedy que habían perdido el contacto con la familia. Su madre lo dejaba a menudo solo, y por las tardes, cuando se suponía que debíamos estar estudiando en la biblioteca, nos recluíamos en su habitación para ver vídeos de Bones Brigade, el equipo de *skateboard*, y para planificar nuestro destino de adultos supergeniales. Ninguno de los dos encajábamos en nuestra ciudad encalada de monogramas y clubes de campo privados, pero a mí me importaba poco, porque Ajax siempre decía que la comunidad no era otra cosa que la conformidad con una rosa en la oreja.

Ajax me metió en el mundo del *skateboarding*. Un día lo desafié a que hiciera una *hand plant* en nuestra piscina vacía, se fracturó la espalda y estuvo cuatro meses sin poder ir a clase. Cuando le quitaron los calmantes, Ajax, que ahora caminaba como un anciano, se hizo amigo de la pandilla de la tienda de bebidas alcohólicas, que se juntaba en la puerta de su casa, y así fue como se dio a la heroína. Ahora estaba en la cárcel por haber intentado matar a su madre. No fui nunca a visitarlo, pero le mandé una caja de libros que me había prestado a lo largo de los años. De todos modos, la mayoría los había robado de la biblioteca o de la librería del barrio. Eran libros interesantes. Libros sobre Europa y otros lugares, sobre personas con vidas plagadas de aventuras, el tipo de personas que los dos queríamos ser cuando termináramos el

bachillerato. Según Ajax, entonces empezaríamos a vivir en serio. La caja de libros me vino devuelta y decidí llevársela a su apartamento con la esperanza de dejársela a su madre, pero se había mudado y cuando pregunté en la tienda de bebidas alcohólicas, nadie supo darme noticias.

Quizá fueran los dientes torcidos y amarillentos, las mejillas hundidas, los brazos flacos como patas de cigüeña o la forma en que Loic sostenía el cigarrillo entre el dedo anular y el corazón, pero mis recuerdos de Ajax tendieron al instante un puente de familiaridad entre nosotros. Quizá fueran sus ojos pálidos e incitantes. Quizá fuera simplemente que los solitarios se atraen.

Loic era de esos que recorrían la Avenue Foch con su Mini, recogía a una joven prostituta con el único fin de darle algo de dinero y ofrecerse a encontrarle un trabajo decente en algún sitio. Eso hacía, tal como lo cuento, una vez por semana, pero yo era la única que lo sabía, porque siempre he sido de esas personas a quien la gente confía sus secretos con facilidad. Lo cierto es que se me nota a la legua que soy callada y más tímida que un caracol, y prefiero reservarme la charla para la intimidad de mi fuero interno, y soy así de locuaz únicamente cuando trato de comprender lo que significan las cosas para mí.

Acepté el cigarrillo que me ofreció Loic aquella tarde con la idea de que era una buena manera de estrenar esa nueva vida. Loic no habló mucho, ni siquiera cuando me entró un ataque de tos después de dar la primera calada. Me miró por encima del hombro huesudo y, a través de la sonrisa envuelta en humo, como si adivinara mi fatiga y mis miedos, dijo:

—No te preocupes, Lita. Aquí vas a ser muy feliz. Te doy mi palabra.

Mi padre dice que no vas a ninguna parte sin dejar algo atrás. Aunque él lo dice con un refrán y suena mucho mejor, menos simple, aunque mi padre es un hombre simple. Ahora es un magnate pero hasta los diecinueve años era analfabeto; y también dice que no hay traje nuevo que disimule la pobreza, algo que también suena mejor cuando él lo dice con otro refrán, pero da la idea.

Como ya he dicho, a mi madre la encontraron en la selva. Así como es colombiana podría ser brasileña o peruana, puesto que todas las fronteras que delimitan las selvas tropicales solo se respetan en los mapas. Podría ser mestiza o cien por cien india, aunque no sabemos de qué tribu, bora, yagua o ticuna, es difícil de saber, ya que su primer desplazamiento se produjo cuando la abandonaron en la ciudad. Tiene el pelo negro, muy abundante y tan fuerte que con él podría estrangular a alguien; yo lo heredé de ella, además de las cejas rectas y los ojos alargados que me llegan casi hasta las orejas. Ojos de caimán, como los llaman mis hermanos, porque ellos han sacado los ojos de mi padre, pequeños y redondos como granos de café, y su nariz de cóndor. Santi, mi hermano mayor, diría que, a menos que frecuentes a Lévi-Strauss, lo más probable es que no nos parezcamos a nadie conocido. Tenemos

la piel del color de la arena, somos altos y delgados y tenemos traseros angulosos. Mi padre dice que se debe a que las generaciones que nos precedieron sufrieron hambre y desnutrición, aunque es imposible comprobarlo porque, como le pasó a mi madre, a papi también lo abandonaron. Cuando tenía seis o siete años, su padre lo despachó con un paquete de arepas y lo dejó solo en un parque de Bogotá. Al caer el sol se dio cuenta de que su padre no regresaría a buscarlo. Se fue al lugar más seguro que se le ocurrió para pasar la noche, una iglesia, y estuvo los cinco años siguientes durmiendo en la escalinata de la entrada, entre los marginados y los niños de la calle hasta que se fijó en un hombre que iba a misa a diario, se figuró que se trataba de una persona mínimamente decente y un día lo siguió hasta su casa. A papi no le gusta dar demasiados detalles, pero dormir en la escalinata de la iglesia era bastante peligroso y recibió todo tipo de propuestas que cabe imaginar que le hacen a un niño sin hogar de doce años.

El hombre al que mi padre siguió resultó ser herrero y le dio trabajo a papi a cambio de comida y de un sitio donde dormir. Ocho años más tarde, Santiago —así se llamaba el herrero— mandó a papi a reparar la verja de un convento en las afueras de la ciudad. Allí conoció a mi madre, una novicia de dieciocho años. Suena a escándalo de telenovela, pero se enamoraron y mi madre se quedó embarazada. No tuvo valor de contárselo a las monjas, así que se escapó con mi padre, que se llama Beto, y dejó una nota a las monjas en la que lo confesaba todo. Él soñó que los dos se marchaban a Estados Unidos, donde, según había oído decir, los pobres tenían más oportunidades. Tardaron un tiempo en encontrar la manera de irse del país, pero un tipo ricachón al que mi padre le había instalado una reja en la ventana tenía que enviar a Nueva York unos cachorros dóberman de competición y necesitaba que alguien viajara con ellos. Mi padre le rogó que le diera el trabajo. El tipo ricachón tenía amigos en las altas esferas que podían conseguirle los pasaportes, pero mis padres carecían de apellido, así que papi volvió a la iglesia donde había pasado sus años callejeros y un cura joven se avino a casarlo con mi madre y a firmarle un documento en el que daba fe de su existencia. Fue entonces cuando mis padres eligieron su propio apellido: Del Cielo, porque imaginaban que el único padre que tenían era Dios.

Lo triste fue que la primera hija que tuvieron nació muerta. La llamaron Edén. Años más tarde, mis padres nos llevaron de vuelta a Colombia a visitar a las monjas y a enseñarles su familia. Mami llevaba años carteándose con ellas, les contaba cosas sobre su nueva vida en Estados Unidos y sobre los tres hijos allí nacidos. Salimos al jardín del convento donde mis padres se conocieron e improvisamos el funeral de Edén. Yo tenía cinco años y no entendí bien lo que pasaba hasta que la madre superiora me colgó al cuello una cadena de oro que, según dijo, debía haber sido para Edén, que ahora era mi hermana en espíritu. La llevé hasta que se me rompió hace unos años, y mi madre la guardó en una caja de palisandro que tiene al lado de la cama, junto al altar con sus santos preferidos.

Puedo hablar con detalle del gran salto a Estados Unidos porque mis padres nunca ocultaron sus inicios. Cómo llegaron al aeropuerto John Fitzgerald Kennedy, entregaron los cachorros, y papi llamó a un contacto de Jackson Heights que le había pasado Santiago, y que le ofreció trabajo en un almacén donde se dedicaba a barrer, y otro para mami como limpiadora de lavabos en una escuela primaria. Ella le había enseñado a mi padre a leer en español, pero tuvieron que empezar de cero y aprender inglés juntos. Nunca lo adivinarías, porque a mi padre casi no se le nota el acento. Claro que no siempre fue así. Como dice papi, todos vivimos muchas vidas a la vez.

Mi padre también dice que una vez en la vida cada uno de nosotros tiene una visión que encierra la clave de nuestro futuro. Sé que suena a cuento de Disney, pero él jura que es así y dice que, después de pasar un año trabajando de portero en Queens, soñó con el día en que su padre lo abandonó en el parque, vio su cara curtida por el tiempo cubierta de lágrimas y lo oyó sollozar: «Perdóname, hijo, perdóname», porque su padre tenía seis hijos más y sentía vergüenza por no poder alimentarlos a todos. Le entregó a papi el paquete de arepas y le dijo: «Con esto podrás quitarte el hambre durante un tiempo».

Papi despertó a mi madre.

—Caridad, ¡vamos a montar una fábrica de arepas!

Ahora parece raro. A las revistas de negocios que publican artículos sobre mi padre, que es conocido como «el rey de la comida latina», les encanta citar esta anécdota. Pero es verdad. Papi dice que las arepas, una comida de campesinos hecha con harina de maíz blanco, es la esencia de toda dieta colombiana. Así que mi madre empezó a prepararlas y mi padre empezó a venderlas en las calles de Queens durante el día, mientras que por las noches se dedicaba a barrer. Al año reunió dinero suficiente para abrir un quiosco, y unos años más tarde, cuando papi llegó a dominar bastante bien el inglés, logró convencer a un joven banquero para que le concediera un préstamo. Con ese dinero abrieron su primera panadería y después la primera fábrica que, con el tiempo, fue creciendo hasta dar el salto a la distribución nacional primero y continental después; hoy llega a todos los rincones y hogares de América Latina.

¿Y mi madre? No por nada la llaman Nuestra Señora de New Jersey. Como mi padre y ella lo pasaron tan mal al llegar a Estados Unidos, mi madre se empeñó en ayudar a cuantos recién llegados pudiera y se corrió la voz. Cuando alguien llegaba, la llamaban a ella o se presentaban en la puerta de nuestra casa, y mi madre los acogía, les daba ropa, comida, escuchaba sus historias, y les buscaba un trabajo. Mami había construido una intrincada red con las personas a las que había ayudado a lo largo de los años y que ahora contaban con su propia empresa. Ella sola valía por una embajada completa, acompañaba a los recién llegados a visitar a médicos que les hacían descuento, a abogados deseosos de ayudarlos con el papeleo, daba clases a sus hijos para que en la escuela no los matricularan sin más en los cursos de los más torpes. Ya era madrina de unos treinta niños y al menos una docena de ellos llevaban

su nombre. Se desplazaba en un antiguo Mercedes color azul celeste y aún lucía la trenza, gruesa como un látigo, que le llegaba a la cintura, iba sin una gota de maquillaje, y llevaba la misma mochila en la que sacó de Colombia a los cachorros.

Mi padre dice que nos llevó a vivir a un barrio de moda de New Jersey porque su sueño era ser propietario de unos terrenos y de una casa con muchas habitaciones para que nadie que él conociera se quedara sin un lugar donde dormir, y para mis padres aquello fue lo más parecido al paraíso. En la mesa, a la hora de la cena siempre había platos extra —en palabras de mami, se añadía agua a la sopa—, y una cama recién hecha para el siguiente invitado, ya fuera por una noche, una semana o un mes. Los domingos, después de misa, nuestra casa se convertía en la estación Grand Central de los colombianos de Nueva York, New Jersey y Connecticut, gente que llegaba a saludar, a celebrar éxitos o a comunicar en silencio malas noticias, y que dejaban pasteles, buñuelitos, chicharrones y albóndigas, pequeños gestos de gratitud para mis padres.

Yo creía que todas las familias eran así hasta que Ajax empezó a venir por casa y a burlarse de nuestro clan diciendo: «Cuando los inmigrantes tienen dinero convierten sus mansiones en campamentos de refugiados».

Santi, mi hermano mayor, me aclaró que quizá Ajax hubiese oído ese comentario en su casa y que a la gente solo hay una cosa que le molesta más que los inmigrantes pobres: los inmigrantes ricos.

—Recuérdalo, hermanita, el sueño americano de los morenos es la pesadilla americana de los blancos.

Nunca me había detenido a pensar demasiado en estas cosas hasta que me instalé en casa de Séraphine. Allí era como si todos llevaran la historia de su familia en el bolsillo, se jactaban de su linaje, agitaban en el aire los anillos con el emblema familiar que llevaban en los dedos. El trámite para vivir en la Casa de las Estrellas era más complicado que solicitar plaza en la universidad, pedían los nombres y las nacionalidades de los abuelos y los bisabuelos. Yo no tenía a quién poner en esas casillas. Aunque con los años Séraphine se había visto obligada a hacer la vista gorda. Decía que ya no quedaba nadie de auténtica sangre azul; la inmigración, el comunismo, las dictaduras y los pequeños países que conseguían la independencia acabaron con la nobleza y el privilegio de los apellidos. Ahora, en la era del *self-made*, según ella una especie de charlatanería, se quejaba de que un don nadie cualquiera salido de la calle podía heredar oportunidades, dinero y propiedades que antes solo estaban al alcance de unos pocos de ilustre cuna. Séraphine opinaba que todas las chicas que vivíamos en la Casa de las Estrellas pertenecíamos a una raza internacional adinerada que estaba convirtiendo a Francia en una colonia resignada de nuestros placeres. Éramos las de sangre verde, las del dinero en las venas, llenas de equidad, de pedigrí desconocido.

Loic era actor, aunque nunca había tomado clases de interpretación ni había actuado en ninguna parte. Decía que el hecho de que un artista no se dedicara activamente a la creación no supone que su tiempo carezca de valor artístico; si quieres crear arte, debes vivir el arte, y él se encontraba en una época de fermentación creativa, que a mí me sonaba a palabrería hueca, pero Loic rondaba los treinta, así que pensé que sabía de la vida cosas que yo ignoraba.

Al día siguiente de mi llegada, me llevó a recorrer el barrio y me indicó los lugares que formarían parte de mi nueva *vie quotidienne*. La farmacia, la panadería donde comprar la mejor *baguette*, la oficina de correos de la vuelta de la esquina, el estanco donde vendían los cigarrillos más baratos, la tienda de vinos, la tintorería, la piscina pública, el restaurante italiano de nuestra misma calle, donde las chicas de la casa comían varias veces a la semana porque eran amigas de los camareros. Me enseñó las paradas de metro y de autobús cercanas, me compró mi primera *carte orange*, me mostró la tienda francesa de comestibles barata y la cara, donde vendían las marcas americanas. Me llevó al mejor *pub* local, el Claude's, acurrucado detrás del Odéon, y me indicó La Vérité, el bar para hombres donde trabajaba Gaspard y en el que se entraba únicamente con una contraseña secreta.

Juntos cruzamos Saint-Germain y fuimos a la escuela de idiomas donde empezaría a estudiar la semana siguiente. Por eso estaba en París. Había terminado la licenciatura en lenguas románicas, me habían aceptado en un posgrado de relaciones internacionales, pero decidí aplazarlo a cambio de pasar un año en París, aduciendo que dominar la lengua me daría ventaja en la carrera diplomática que pensaba emprender. Fue una excusa, claro. Quería más de lo que decía. A veces quería ser profesora, periodista, novelista, antropóloga cultural, o todas estas cosas a la vez. De lo único que estaba segura era de que quería una vida creativa y sin ataduras. El mundo académico resultó ser una plataforma cómoda. Al fin y al cabo, yo era una chica práctica, criada entre supervivientes.

La Casa de las Estrellas estaba llena de gente que decía ser artista. No sabía cuántos lo eran de forma innata o si por estar en París se les había contagiado eso del arte. Séraphine afirmaba ser una auténtica artista porque actuó una vez con la Comédie-Française y porque antes de que la artritis le deformara los dedos pintaba muy bien. Escribía poemas de amor, y era una excelente amazona; según ella, la equitación era una forma de arte, lo mismo que dar buenas fiestas y contar con un grupo ecléctico de amigos.

—El arte es un asunto del espíritu, *chérie* —solía decir.

Me llamaba «chérie» no porque yo fuera especial, llamaba «chéri» o «chérie» a todo el mundo, y si pasabas más de tres minutos con ella, seguro que recibías una buena dosis de consejos o de filosofía.

Me había enterado por Loic de que Maribel, la española larguirucha, era pintora,

educada en conservatorios, sé que sus padres eran artistas famosos que, como los mimos, vestían conjuntos idénticos de leotardos y de que eran el tema principal de libros ilustrados de gran formato y de retrospectivas de museos. A los veintiuno, Maribel ya estaba preparada para una carrera prometedora como estrella de las bellas artes. La conocí a la hora del desayuno. Todas las mañanas las criadas disponían en la mesa del comedor café, *baguettes* y *brioches*, pero los primeros días pudo más mi timidez y me quedé en mi habitación, desde donde oía a las chicas cotorrear y reír en el piso de abajo. La primera vez que bajé a desayunar con ellas, encontré un asiento al final de la mesa, entre Naomi, la chica de Manhattan, flaca como un palo, y la menuda y rubia Dominique, hija de una ex modelo francesa y del fundador libanés de los complejos turísticos Marpesa, extendidos por todo el Mediterráneo, de Beirut a Saint-Tropez.

—Hola, soy Lita —saludé tratando de sonar despreocupada.

Las superaba en altura, pero la indiferencia de sus caras hizo que me sintiera pequeñísima.

—Es la nueva —dijo Tarentina a la mesa en general como si no resultara evidente.

Ella ocupaba la cabecera, envuelta en una bata de seda y la boa del humo de su cigarrillo.

Siguieron unos cuantos saludos con la mano pero ahí se acabaron las presentaciones. Tuve que deducir yo solita quiénes eran. Saira, la chica africana, se sentaba frente a mí y me pasó uno de los *brioches* de la cesta que había entre ambas. Ella vivía en el tercer piso, en la habitación encima de la mía, y Loic ya me había contado que era la hija menor de un dictador derrocado que en esos momentos se estaba tratando de un cáncer en Casablanca.

—Estábamos comentando las noticias —dijo Maribel, dirigiéndose a mí—. ¿Te has enterado?

Esperaba más detalles sobre la muerte de la princesa, pero esa mañana a las chicas las cautivó la historia de un americano, llegado el día anterior desde San Francisco, con el único propósito de suicidarse tirándose a las vías del metro en la estación Franklin D. Roosevelt en hora punta, lo que produjo una interrupción del servicio que duró horas.

—La madre declaró que su hijo nunca había estado en París, pero que siempre había querido morir aquí. No estaba enfermo. Ni siquiera sufría una depresión importante. Simplemente quiso hacer realidad su sueño de morir en París.

—¿Qué van a hacer con su cuerpo? —preguntó Camila, la otra colombiana, de sangre esmeralda, que Loic ya me había presentado en el pasillo suponiendo que enseguida nos haríamos amigas.

Ella también quería hacer la carrera diplomática, había hecho prácticas en La Haya, en las Naciones Unidas y en la UNESCO, y estaba terminando derecho en Nanterre. Loic me comentó que todas las chicas iban a París con el pretexto de

convertirse en diseñadoras de moda, modelos, chefs o diplomáticas cuando en realidad iban a buscar marido. Eso fue antes de que supiera que yo también planeaba seguir estudios diplomáticos, pero no me tomé a mal el comentario, ya estaba acostumbrada: mi hermano Santi opinaba que los diplomáticos no eran más que invitados profesionales a la cena.

Loic me señaló que Camila y yo éramos compatriotas, pero cuando aclaré que yo había nacido en Estados Unidos, ella frunció la nariz y dijo:

—Entonces no puedes decir que eres una colombiana auténtica, ¿no? Como mucho, una colombogringa.

Pude haber rebatido que Queens, donde nací, es un satélite de Colombia, pero sentí alivio al ver que, poniendo una barrera entre ambas, me ahorra el tener que conocerla mejor. Pero Loic añadió que yo era heredera de la fortuna de Compa' Foods, y de inmediato a la chica le entraron unas ganas locas de ser mi amiga.

—Lo enterrarán en su país —le contestó Maribel a Camila—. Tuvo el buen tino de dejar pagado el entierro y una cantidad de dinero para el trámite de aduanas y el envío de su cadáver.

—Qué morboso —comentó Naomi, desmontando las capas de su cruasán.

Su habitación también estaba en el tercer piso; me había enterado de que hacía años que tenía novio en su país, además del otro de París al que ya había visto vagando por la casa, un boxeador egipcio llamado Rachid, que los fines de semana trabajaba en el mercadillo de Les Puces.

—No es morboso. Todos nos vamos a morir —dijo Maribel—. A mí me parece romántico que eligiera el lugar de su muerte. Cuando me muera, quiero que sea igual, en el momento que yo elija.

—No seas idiota —dijo Tarentina lanzándole el *brioche* que tenía en el plato—. Estás hablando de tu vida, no de una maldita película.

Tarentina era la mayor y la que llevaba más tiempo allí; después de cinco años había conseguido la habitación más espaciosa, al final del pasillo, en mi misma planta, con baño privado. Se había cambiado de escuela casi todos los semestres de su estancia, aunque rara vez iba a clase. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a dos hombres y, a intervalos, cuando tenía un hueco, a unos cuantos más. Sus amantes preferidos eran un famoso músico inglés y un anciano marchante de arte francés que vivía en la rue Bonaparte, y que siempre se ofrecía a adoptar a Tarentina porque así tendría a alguien a quien dejar su herencia. Los padres de Tarentina habían muerto cuando ella era muy pequeña, sus abuelos también habían fallecido, y, aunque contaba veintitrés años, como no tenía familia, era técnicamente factible.

Me había enterado de que era huérfana el día anterior, cuando pasó por mi habitación. Yo estaba sentada a mi escritorio, escribiéndole una carta a Beto, mi hermano menor. Llevábamos años carteándonos a pesar de vivir en la misma casa. Empezamos cuando nos lo sugirió un terapeuta al que le pareció una buena manera de sacar a Beto de su ensimismamiento, pero yo le dije que lo hacíamos porque no

teníamos antepasados, y que dependía de nosotros dejar testimonio escrito de nuestra existencia.

Levanté la vista de la carta cuando Tarentina anunció:

—Me han dicho que eres huérfana.

—Pues no —repuse negando con la cabeza.

—Entonces ¿por qué la condesa dice que lo eres?

—Mis padres son huérfanos. Quizá sea eso lo que quiso decir.

—No tienes por qué sentirte incómoda. No se lo contaré a nadie.

—Esa de ahí es mi familia. —Señalé la foto de familia que había puesto en la pared, junto a mi cama, tomada el año anterior en la fiesta de Nochebuena. Salíamos los cinco delante del árbol de Navidad.

Tarentina la miró con un suspiro descontento.

—Lástima. Los mejores personajes históricos son huérfanos. Es algo mágico.

Cuando le referí a Loic este encuentro, me puso al corriente sobre la historia no tan secreta de Tarentina; el padre había matado a la madre y luego se había suicidado, un «crimen pasional», según lo calificaron, y pese a que le encantaba ir por la vida mencionando con orgullo su exótico apellido colonial, Loic me contó que el verdadero apellido de Tarentina era alemán, pues su abuelo paterno no era un auténtico hacendado brasileño de sexta generación como sostenía ella, sino un fugitivo nazi.

Acepté la cafetera que me pasaba Saira y me serví en la taza puesta sobre un platito desportillado que tenía frente a mí. Tomé un sorbo. Amargo y aguado en comparación con el café tan aromático que en casa preparaba a diario mi padre. Las chicas siguieron hablando de las virtudes del suicidio frente a la muerte accidental o por enfermedad mientras que yo mantuve la boca cerrada. Criada en una casa donde la mesa estaba siempre llena de gente, había aprendido que a veces es mejor no competir por pedir la palabra y esperar tu turno.

Giada me miró desde el otro lado de la mesa.

—Te pareces un poco a Tania. Vagamente, claro. Podríais ser primas o algo así.

Desde nuestro primer encuentro, se había ablandado un poco conmigo en nuestros altercados en el cuarto de baño, mientras nos turnábamos para cepillarnos los dientes frente al lavamanos. Me contó que el padre de Tania ocupaba un cargo político menor en Roma, y que después de librarse de un internado inglés, la enviaron a París para que estudiara repostería y, de paso, alejarla de la opinión pública italiana, aunque ella se enorgullecía de ser una admiradora semiprofesional de un pinchadiscos, que no se perdía casi ninguna de las actuaciones de Laurent Garnier en los superclubes de los Campos Elíseos y de la zona de la Bastilla.

—Todavía no la he conocido —dije.

—Es porque ya se ha ido —aclaró Tarentina—. Tania ocupó tu habitación antes que tú. Estuvo tres años, pero como no aprobaba en ninguno de los colegios a los que iba sus padres la obligaron a regresar a Estambul.

—Me he enterado de que se ha prometido y que va a casarse pronto. — Dominique las puso al día.

Esta se había encontrado en Porto Cervo con una amiga de una amiga que, a su vez, se había enterado por no sé quién. La noticia fue recibida con rotundos gritos de sorpresa.

—Nos lo podía haber contado, la muy bruja —dijo Tarentina—. A ver si nos invita a la boda.

—Si es que hay boda —añadió Camila porque, al parecer, Tania había dejado en París a un novio que estaba loco por ella.

—En mi vida había visto a un tipo que quisiera a una chica como él quería a Tania, salvo —Giada se volvió hacia Saira—, salvo la forma en que tu Stef te quiere a ti.

Saira se había criado en Ginebra, y su familia tenía un apartamento con personal de servicio en la rue Royale, pero ella prefería vivir en la casa para poder seguir viendo a su novio, su Stef, como Giada había dicho, un belga, corredor de coches, que recientemente había dejado la Fórmula 1 por problemas en la vista. A la familia de Saira no le caía bien y permitía a su hija que viviese en casa de Séraphine por su política de no admitir chicos, aunque no tardé en darme cuenta de que esa norma, como muchas otras, era puramente decorativa, y Stef pasaba casi todos los fines de semana en la habitación de Saira.

—Stef es el único hombre del mundo que se muere por casarse —me comentó Dominique, pero me distraje observando su pesado maquillaje y más o menos el kilo de diamantes que le adornaban las orejas y las muñecas, y el colgante en forma de corazón que llevaba al cuello—. Se lo propone día sí día no.

—Eso es porque sabe que nunca le diré que sí —dijo Saira riéndose—. Mi padre se moriría, y si no se muere, me mataría.

—¿Y tú qué, Lita? ¿Has dejado un novio en tu país? —preguntó Maribel, que había terminado de desayunar y se estaba liando un cigarrillo encima del mantel.

—No...

—¿Segura? —Tarentina se mostró escéptica.

—No. Quiero decir que no hay nadie.

Pero lo hubo. Hacía mucho tiempo. Pero no estaba en mi país, sino muy, muy lejos. Daniel. Era el sobrino de Abel, nuestro vecino jordano, y una especie de hijo postizo, pues Abel nunca se casó ni tuvo hijos, y vivía solo en su casa enorme y monstruosa, en nuestro barrio de viviendas estilo colonial holandés y Tudor, y se pasaba la vida redecorándola, menos los veranos cuando Daniel iba de visita hasta que al final Abel acabó pagándole el traslado a la universidad en Nueva York. Daniel quería casarse joven, tal como habían hecho nuestros padres, aunque a los diecinueve yo le dije que quería esperar, conocerme mejor, construirme una vida propia antes de unir la a la de otra persona. Pero él insistía en que no había nada de lo que quisiera hacer por mi cuenta que no pudiéramos hacer juntos, y en que ya éramos

prácticamente de la familia; unidos por el exilio, Abel y mis padres habían hecho buenas migas y pasábamos las vacaciones juntos. Él creía que con eso bastaba. Con el tiempo, los padres de Daniel empezaron a presionarlo para que regresase a Amman y me dejara.

Ignoraba que el hecho de que se casara conmigo no estaría exento de polémica. Mis padres toleraban nuestro noviazgo prematuro porque conocían a Daniel desde que era niño. Entendían y confiaban en la influencia de Abel; los tres podían vigilarnos y alejarlo en caso de que llegara a ser demasiado problemático. Pero Santi, mi hermano mayor, me advirtió que si llegaba a casarme con Daniel, entonces o en el futuro, la cultura que habíamos heredado y que pendía del hilo de una segunda generación se perdería para dar paso a otra más práctica, la inglesa. Dominaría la herencia paterna, porque Santi decía que el patriarcado siempre gana, y yo, como hija, debía casarme con un colombiano de pura cepa como nuestro padre o al menos con un hijo de la Gran América, como nosotros, con un pie en ambos países, producto del gran experimento migratorio de nuestros padres.

Santi tenía una visión práctica del amor y no salía con una chica con la que no estuviera dispuesto a contraer matrimonio si llegaba a quedarse embarazada. A veces deseaba ser como él. Sobre todo cuando Abel me dijo que Daniel estaba prometido con una kuwaití que sus padres le habían elegido porque provenía de una respetable familia maronita. A continuación recibí una carta de Daniel en la que me decía que no quería casarse con ella a pesar de que la chica no tenía ambiciones problemáticas como yo. Juró amarme incluso en la otra vida. Juró que éramos eternos. Le contesté con un «A la mierda con la eternidad», porque cuando me lo propongo puedo ser muy mala, sobre todo con la gente que quiero.

Maribel acercó la llama del encendedor a lo que quedaba del cigarrillo liado a mano que tenía entre los labios.

—No te preocupes, Lita. Al cabo de unas semanas en esta ciudad cunde una amnesia colectiva. Si hay alguien, no tardarás en olvidarte de él junto con todo lo que hubo antes. Por cierto, ¿cuánto vas a quedarte?

—Un año.

—¿Un año nada más? —preguntó Naomi incrédula—. ¿Qué sentido tiene venir para quedarse solo un año?

—Siempre puede cambiar de idea —insistió Dominique—. Es lo que hice yo. Ya voy por el tercer año y no tengo intención de irme.

—Tengo que volver en junio —dije.

—Es fácil conseguir la renovación del visado. Mi padre tiene un buen amigo en la embajada americana. Recuérdame que te dé su número —se ofreció Camila, como si ese fuera el problema.

—Es el acuerdo al que llegué con mi familia —dije, y todas me miraron—. Tengo que volver.

Sentí alivio cuando Saira anunció:

—Esta tarde voy a ir de compras a la avenue Montaigne. ¿Alguien quiere acompañarme?

Giada y Dominique se ofrecieron a ir con ella. Tarentina tomó la palabra y se puso a contar que en su último viaje a Marrakech con el Músico, en medio de la plaza Jemaa el Fna se había encontrado con una chica sueca que hacía unos años había vivido en la Casa de las Estrellas; su charla se convirtió en una ristra de anécdotas sobre sus escapadas, bosquejos de las formas en que habían descubierto París juntas, con la que me dejó claro que yo seguía siendo tan invisible como ellas querían que fuese, y que en aquella casa había un código que seguía fuera de mi alcance.

Mis clases en el instituto de idiomas estaban llenas de mujeres de expatriados que se marchaban temprano porque quedaban para almorzar, de diletantes que gozaban de visados de estudios indefinidos, y de hombres de negocios distraídos que a ratos se dedicaban a burlarse de la joven profesora y a ratos a coquetear con ella. Pronto empecé a faltar a clase para dedicar las tardes a irme de excursión con Loic, siempre dispuesto a enseñarme cosas como que el Louvre no era solo un gran museo sino que también era un lugar popular, donde la gente iba a besuquearse y a echar un polvo rápido en público, algo que tanto él como sus amigos habían hecho en la adolescencia. Me contó que bebían de las petacas que llevaban cosidas en el interior de las chaquetas tejanas, se emborrachaban delante de los cuadros de Poussin o en la sala de las cariátides, se acariciaban entre las esculturas de Canova, liaban porros y se los fumaban al lado de *Hermafrodita durmiendo*, y se las arreglaban para que nunca los sorprendieran.

No era la primera vez que yo iba al Louvre. Había recorrido las galerías en una excursión con un grupo de adolescentes un verano, tras ganar una beca para un programa de idiomas: dos semanas de italiano en Alberobello, dos semanas de francés en Fontainebleau y dos semanas de español en Valencia; regresé a casa con acento español y mi madre amenazó con quitarme el ceceo de los conquistadores a bofetadas. Loic me enseñó a esperar el éxodo de turistas que se produce a última hora de la tarde; cuando salen en tropel del museo y se dirigen hacia la grava polvorienta de las Tullerías, exhaustos pero llenos de arrobo, y hacen cola para comprar miniaturas de la torre Eiffel a los africanos que bordean el paseo, el personal del museo está tan cansado tras la invasión de las masas que, desde el puesto de seguridad, te indican por señas que pases, sin más, incluso sin pagar.

—Entra siempre por las alas de Richelieu o Sully, donde los guardas casi nunca piden la entrada —me aconsejó Loic, mientras cruzábamos el gran vestíbulo bajo la pirámide de cristal—, y si llegaran a pararte, finge que es la primera vez que vienes y di que no tenías ni idea de que había que pagar.

Y tenía razón. Entramos sin problema, fuimos a los salones de Sully del frente, donde a través del Carrousel del Louvre se ven los laberintos, más allá el Grand

Palais, y en el horizonte, La Défense.

Después, cuando salimos del museo y entramos en el crepúsculo ámbar, Loic se detuvo debajo del arco del Carrousel para encender un cigarrillo. Vi a Gaspard a poca distancia, lo reconocí de haberme cruzado con él en el patio sin que se dignara saludarme más que con una inclinación de la cabeza, siempre con los mismos pantalones mustios de pana color chocolate y los clásicos zapatos ingleses blancos y negros. Era de complexión menuda como Loic, con las mismas facciones blandas y sin brío, y, aunque tenía tres años menos, se lo veía muy avejentado e iba siempre ceñudo como un anciano.

—Mira, ahí está tu hermano.

Pero a Loic le estaba costando acertarle a la llama del encendedor y, cuando levantó la vista, Gaspard y sus zapatos ingleses habían desaparecido entre los setos del laberinto.

Consiguió por fin encender el cigarrillo y cuando pasamos por el corredor de la Puerta de los Leones, me preguntó:

—¿Qué tal te llevas con tus hermanos, Lita?

—Me llevo bien con los dos, pero la relación entre ellos no es muy buena.

—Es lo que tienen los hermanos. —Aspiró una bocanada de humo.

Asentí, aunque en mi caso se debía a que entre mis hermanos había diez años de diferencia y yo estaba justo en medio; era cinco años menor que Santiago y cinco mayor que Beto.

—¿Y tu madre dónde está? —pregunté. Me intrigaba.

—En Los Ángeles. —Lo dijo en tono de burla, pronunciando «Loss Ángeles».

—¿Y qué hace ahí?

—Ni idea. Habrá un hombre, seguro. Antes de Los Ángeles estuvo en Buenos Aires, y antes en Hong Kong. Siempre va persiguiendo hombres por todo el mundo, hasta que ellos se cansan y ella se busca a otro. Al morir mi padre tuvo una crisis nerviosa. Cuando le dieron el alta en el hospital, mi abuela sugirió que para recuperarse se fuese a ver a una antigua amiga de Roma, pero allí conoció a un hombre y no regresó hasta que enterraron a Théophile, seis años más tarde.

—¿Os veis alguna vez?

—La última vez fue hace cuatro años. Llevaba una semana en París cuando pasó por casa. La llamo de vez en cuando. Dice siempre que tiene muchos problemas, muchas presiones. «Ay, Loic, mi vida es tan complicada», eso sí, nunca me pregunta qué tal me va. Nunca. Espera a que mi abuela se muera para reclamar la herencia.

Llegamos al Quai Voltaire y Loic tiró la colilla del cigarrillo a la calle.

—Lo siento más por mi abuela que por mí o mi hermano.

—¿Y por qué?

—Nadie merece que sus hijos lo abandonen.

—O sus padres —dije pensando en los míos, pero por la forma en que me miró y asintió me di cuenta de que Loic pensó que me refería a él.

No volvimos a hablar durante el resto del trayecto hasta casa, y no me importó. Siempre he pensado que compartiendo el silencio es como se conoce de veras a las personas.

Casi todas las chicas tenían novio, pero, entre aventura y aventura, tenían a Romain. Las criadas lo llamaban «Le Coq du Village». Las chicas le decían «el Corso», para diferenciarlo de los otros camareros del Far Niente, el restaurante italiano de la esquina de la rue de Sèvres, que al finalizar la jornada solían pasar por nuestra casa a tomarse una copa. Romain era un amante muy recomendable, bien conocido tanto por llevar hachís como por sus pestañas estilo Bambi, la corona de rulos castaños peinados con gel, la tez de un bronceado intenso y el lunar en la mejilla izquierda, como el que Séraphine decía que se pintaba en los años cuarenta.

Empecé a ir a cenar allí con las chicas, y en las noches de poco trabajo Romain se acercaba a nuestra mesa y me contaba cosas de su vida: que llegó a París desde Calvi, pasando por Marsella, que ahorra parte del sueldo para irse a Nueva York. Quería ser actor. Aspiraba a ser «el Daniel Day-Lewis francés», según decía él.

—Quiero estudiar en el Lee Strasberg como Newman y Pacino. Quiero interpretar todo tipo de personajes. Españoles, rusos, árabes. Por mi aspecto puedo ser todo eso —dijo tocándose la barbilla—. No quiero limitarme a ser un actor francés. Quiero ser un actor del mundo.

Cuando se alejó para atender a otros clientes, Tarentina se inclinó hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—Hace tres años que lo conozco y nunca lo había oído hablar tanto, ni siquiera en la cama, que es donde los tíos suelen animarse a contar sus sueños.

—Me crié con hermanos —dije encogiéndome de hombros—. Estoy acostumbrada a escuchar a los chicos parlotear sobre sí mismos.

—Yo no diría que te mira con ojos fraternales —apuntó Naomi.

—Pero si no coqueteaba con él.

Debí de dar la impresión de ponerme a la defensiva porque las chicas se echaron a reír.

—Al contrario. Eres una coqueta de campeonato —dijo Tarentina, siendo muy clara.

—Sin ninguna presencia —añadió Camila, poniendo los ojos bizcos y apretando los labios en una sonrisa sarcástica, como si me estuviese juzgando en un concurso de belleza.

Tarentina cogió el vino del centro de la mesa y me llenó el vaso con lo que quedaba en la botella.

—Justamente por eso es tan fantástico, mi querida Lita. Tu encanto está en que no tienes encanto.

A las demás chicas el comentario les pareció desternillante y traté de reírme con

ellas. Quería que pensarán que sabía reírme de mí misma.

—Romain fue el primer tío con el que me acosté en París —dijo Naomi, súbitamente nostálgica, y Maribel y Giada confesaron a coro que para ellas también había sido el primero en París, aunque solo Naomi había estado en el apartamento de Gobelins que Romain compartía con un pintor de brocha gorda polaco.

Lo observé mientras iba de aquí para allá por el restaurante y las chicas intercambiaban sus cotilleos de alcoba sobre Romain y los demás camareros. Los clientes ya se habían marchado y la música sonaba a más volumen. En la puerta del restaurante vi a un hombre sin techo, que renqueaba, ponía cuidado en no entrar y esperó hasta que Romain se dio cuenta de su presencia. Romain le sonrió, lo saludó con la mano, se metió en la cocina, salió con un plato de comida envuelto, se lo entregó al hombre, que lo recibió agradecido, pero sin decir palabra, y luego se marchó. No era la primera vez que presenciaba aquel ritual, aunque las demás chicas no parecían notarlo, pero esa noche se lo comenté a Dominique. Lanzó una rápida mirada y dijo: «Ah, es el mudo que mendiga en la estación del metro de Babylone», antes de seguir hablando de los camareros como amantes: Giancarlo, el fornido y moreno del arito en la oreja encabezaba la clasificación por su resistencia, pero en cierta ocasión Maribel le había revisado la cartera y había encontrado la foto de un niño; más tarde él había confesado que era el hijo que había dejado en Bonifacio, junto con su esposa. Franco, el rubito de Verona, era el preferido de Dominique, rubio y frágil como Loic. Lorenzo de Palermo era un amante tierno y generoso, pero todas coincidieron en que Romain se llevaba la palma.

Donde yo me crié, las madres enseñan a sus hijos que los niños son angelitos recién horneados caídos del cielo y que el sexo es algo íntimo y personal como las plegarias. Pero Tarentina, sobre todo, hablaba de sexo sin tapujos, como de deporte o de filosofía, y hacía declaraciones como que el mejor momento del acto no es el orgasmo sino los cinco segundos que lo preceden, y que quería vivir toda su vida así, al borde de sentirse satisfecha.

Aquella noche los camareros del Far Niente terminaron su turno y se reunieron con las chicas en la habitación de Giada a fumar y a beber. Bajaron a invitarme, pero no pasé de la puerta; vi a Maribel rodando por el suelo, desternillándose de risa con Dominique, esperando a que le tocara el turno en la pipa de agua que Naomi tenía en sus manitas. Tarentina estaba asomada a la ventana, gesticulaba en uno de los animados monólogos que le soltaba a Giuseppe, el veneciano larguirucho. Él fingía prestarle atención, entretanto iba deslizándose la mano despacio en el bolsillo trasero de los tejanos de Tarentina, arrimando la pelvis a la de ella, y pensé que si las chicas los habían comparado como amantes, probablemente ellos habían hecho lo mismo con ellas.

Romain estaba tumbado en el suelo, con los ojos brillantes, soltando volutas de humo hacia el techo. Me hizo señas para que entrara, pero negué con la cabeza y me fui para mi habitación a escribirle a mi hermano pequeño.

Poco después Romain llamó a mi puerta.

—Tienes la habitación de Tania —dijo en inglés, echando un vistazo y mirando la cama, como si hubiese estado allí muchas veces.

—Ya lo sé.

—Ella era más desordenada que tú. Y no tan simpática. —Me dedicó una amplia sonrisa como dándome a entender que el cumplido era mucho mejor de lo que sonaba.

—Por si te interesa, me han comentado que se va a casar.

—La verdad es que no.

—De acuerdo. —Seguí escribiendo la carta.

—Ay, Lita. Qué frustración. Te oigo hablar inglés tan bien con tanta facilidad que me siento frustrado. Quiero hablar como tú. Dime la verdad. ¿Crees que hablo inglés fatal?

—Claro que no. —Tenía el tic francés de añadir «uh» a todas las palabras—. Deberías practicar más.

—Toda la gente que conozco lo habla peor que yo.

—Lee en inglés en voz alta —le sugerí. Así era como mi madre y yo ayudábamos a los recién llegados y a sus hijos a perder el acento—. Te ayudará a soltar la lengua y notarás los sonidos en los labios.

—Haces que parezca sexy. —Se frotó el cuello contra el marco de la puerta con aire gatuno.

Le dije que no con la cabeza, por si se estaba haciendo ilusiones.

—¿Por qué dices que no cuando todavía no te he pedido nada?

—Que no, que no hablas fatal el inglés, Romain.

—Quiero pedirte que me ayudes a leer como me sugieres. Practicar contigo delante. Me equivoco, tú me corriges. Me enseñas palabras que no entiendo.

Se acercó hasta tomarme de la mano como si fuera a sacarme a bailar.

—Te pago, claro. No mucho, pero te pago algo.

Pensé en toda la gente a la que en mi país había ayudado a pronunciar las letras hasta que las palabras fluían de sus labios, en cómo mis padres se habían esforzado con aquellos sonidos extranjeros.

—Te ayudaré, Romain. Y no te cobraré nada.

Se hizo con un ejemplar de *Martin Eden* que encontró en la mesa de objetos perdidos de la Iglesia Americana y, unos días más tarde, sentados frente a frente en el suelo de mi habitación, él leía despacio, pero con la precisión de un actor, las cejas apuntando como flechas, las facciones tersas y cinceladas. Me gustaba observarlo. Los muslos fornidos se tensaban a través de los tejanos, las rodillas abultadas, los hombros cuadrados, la postura perfectamente recta bajo el jersey de canalé. Había jugado en la liga de fútbol de Córcega, incluso había tratado de entrar en los clubes profesionales de París, pero no tenía calidad suficiente. Había ido a París con su hermano mayor, pero su hermano se pasó tres meses llorando hasta que al final se

volvió a su casa para trabajar en la carnicería familiar junto con el padre.

—Así que ibas para carnicero —dije.

—En mi otra vida, tal vez. Era el negocio de mi familia. Supongo que burlé al destino al irme de casa.

—¿Cómo fue que te quedaste cuando tu hermano se volvió?

Inspiró hondo como si fuese una pregunta de la que llevaba huyendo mucho tiempo y se puso a hablar otra vez en francés; supe entonces que le faltaban las palabras.

—Éramos una familia feliz de Córcega. No había necesidad de soñar con otra cosa distinta. Antes de venir a París había visto apenas diez películas en mi vida, pero nada más llegar conocí a una chica que trabajaba en el Gaumont, y me dejaba ver todas las películas gratis. Entonces me di cuenta de que quería ser actor. Antes de marcharme de casa nunca había tenido grandes sueños. Me di cuenta de que con el tiempo y la distancia mis sueños se hacían más grandes.

—¿Echas de menos a tu familia?

—Por supuesto. El amor no merma cuando crece la ambición. Es lo que les digo a mis padres cuando me echan en cara que los he abandonado. Cuando los llamaba, no paraban de preguntarme cuándo iba a regresar, así que un buen día les dije que dejaran de esperarme, que no volvería nunca a casa en los términos que ellos querían.

Pensé en mi padre. Se oponía a que yo viniese a París. Muchas noches, cuando se suponía que yo estaba durmiendo, lo había oído quejarse a mi madre en el piso de abajo.

—Con todo lo que hemos luchado para salir adelante en este país, ¿ahora no piensa más que en marcharse?

Mi madre, mi aliada, se pasó seis meses presionando a mi favor. ¿Acaso no habían trabajado y se habían sacrificado con ese objetivo, para darle a sus hijos las oportunidades que ellos nunca habían tenido? ¿Acaso no quería que yo tuviese una educación internacional y que fuera ciudadana del mundo? A pesar de que, en apariencia, ya aceptaba mi deseo incurable de una vida con más horizontes, cada vez que lo llamaba por teléfono notaba en su tono de voz un deje de duda, un dilema silencioso que solo yo percibía, se preguntaba por qué me empeñaba en estar en otro sitio, por qué no me conformaba con mi tierra.

—¿Y tú qué, Lita? ¿Cómo es que has venido tú y no uno de tus hermanos?

—No lo sé.

Era un triunfo conseguir que Beto saliera de casa, y a Santi le gustaba tanto su vida, trabajar con nuestro padre, salir con chicas con las que se había criado que, salvo los viajes de negocios obligatorios, en sus recorridos en coche rara vez se alejaba demasiado de casa.

—Pasa en todas las familias —dijo Romain—. Está el hijo que se queda y el que se marcha.

Estuvimos en silencio durante un rato. A través de las delgadas paredes oíamos el

estéreo de Tarentina, a las criadas llamándose en la planta de abajo, y la sirena de un coche de bomberos en la distancia. Se inclinó hacia atrás y hurgó en el bolsillo en busca de los cigarrillos; sacó uno para él y otro para mí. Me lo llevé a los labios y él me dio fuego con su Zippo plateado, y me apartó el pelo cuando este estuvo a punto de tocar la llama.

SérAPHINE decía que las mujeres jóvenes están más hermosas entre las siete y las nueve de la noche, recién maquilladas, perfumadas, llenas de esperanza, con la velada por delante. Le encantaba cuando las chicas pasaban a verla antes de asistir a una fiesta; decía que le recordaba su juventud; nos pedía que sacáramos de sus armarios álbumes de fotos y se jactaba de los exquisitos trajes a medida que lucía en la época de Vichy y que la hacían irresistible a todos los hombres menos a su marido.

Aquella noche todas las chicas íbamos a ir a la fiesta que daba Florian Minos, un pintor grecoalemán que, además, era maestro de Maribel y su último amante. No estaba casado, pero llevaba veinte años conviviendo con una bailarina catalana que tenía su propio espectáculo de flamenco en Pigalle. Florian era uno de los personajes famosos de la ciudad y sus fiestas para despedir el verano eran legendarias. Todo el mundo lo conocía, incluida SérAPHINE; habían coincidido por primera vez en los años sesenta cuando él era un estudiante de arte flacucho, con gorra de pescador, que intentaba colarse en los cócteles que ella y Théophile organizaban. Por aquel entonces, Florian se ganaba la vida pintando por encargo desnudos de las damas de la sociedad que estas regalaban a sus maridos o amantes; era la moda. Aparte de eso, con frecuencia se llevaba a la cama a sus clientas; según SérAPHINE, aquella era una manera sencilla de ganar favores en la ciudad.

Las otras chicas estaban terminando de emperifollarse, desfilaban por el pasillo de nuestras habitaciones para enseñarse los posibles atuendos, vestidos cortos, transparentes y tacones brillantes como si todavía estuviesen de veraneo en la Riviera; yo aproveché para bajar a ver a SérAPHINE. Hay quien teme a los mayores o simplemente los evita porque nos recuerdan la muerte; a mí me encantaban, quizá porque nunca tuve abuelos. De niña, nuestro vecino Abel se trajo de Amman a su madre a vivir con él; yo iba a su casa y tomábamos el té juntas, porque me fascinaban sus historias, incluso las que me contaba sobre su familia durante los bombardeos y las matanzas, aunque nunca conseguí saberme bien las invasiones. Oía a pistachos y mi madre solía enviarle comida colombiana, que le producía gases, pero a mí me daba igual. Perla murió una noche mientras dormía, y Abel despachó su cuerpo en avión para que lo enterraran en Ramala, en la tumba de sus padres, porque era lo que ella siempre había querido.

Perla solía llevar vestidos, chales y pañuelos para la cabeza que parecían manteles; SérAPHINE era distinta, iba siempre de punta en blanco, enjoyada, con una de sus batas primorosas; a diario las criadas cambiaban las sábanas y el edredón de su cama imperio como si formara parte de su vestuario.

—*Chérie*. —SérAPHINE dejó el libro que leía nada más verme entrar por la puerta—. Más vale que te des prisa y te arregles o llegarás tarde a la fiesta.

—Ya estoy lista.

Llevaba mis tejanos azules favoritos y un suéter fino de color gris.

—¿No tienes nada más alegre que ponerte?

—Toda mi ropa es así.

—Es imposible.

Me había dado cuenta de que a los franceses les encantaba decir «impossible».

Me señaló el armario y me pidió que buscara un paquete envuelto en papel de seda en el estante superior. Se lo llevé, ella quitó el envoltorio y apareció una blusa kimono color fucsia con un dragón negro pintado en la espalda. La levantó sujetándola con la punta de los dedos.

—¿Qué te parece?

Pasé el dedo por la seda delicada, ligera como el papel en que estaba envuelta.

—Es preciosa.

—Me la hicieron especialmente para mí en Saigón. Es única, pero no debería ser una reliquia. Pruébatela a ver qué tal te queda.

Me la entregó y me indicó por señas el biombo que había en un rincón.

La blusa me quedaba holgada por más que ajustase el cinturón y tenía un escote bastante pronunciado. Salí de detrás del biombo para que Séraphine me viera.

—Apártate el pelo de la cara, *chérie*.

Obedecí; parecía contenta, batió palmas con las manos huesudas, y me pidió que diera una vuelta varias veces.

—Te sienta bien. La llevarás esta noche. No debes contarles a las demás chicas de dónde la has sacado, sobre todo a Tarentina. Se pone muy celosa con estas cosas.

—Gracias. Prometo cuidarla.

Sacó la pitillera de la mesita de noche y una boquilla para ella, y me ofreció un cigarrillo a pesar de que a nuestros padres les había vendido que allí se prohibía fumar. Durante décadas había padecido lo que ella denominaba «corazón de mariposa», por la frecuente sensación de aleteo que notaba en el pecho, un corazón que, tras una leve pausa, volvía a arrancar solo. A su avanzada edad, los saltos eran cada vez más pronunciados y, ocasionalmente, le provocaban algún que otro síncope, pero ella insistía en que fumar le regulaba más el corazón que las pastillas.

Loic entró en la habitación, venía con el pelo húmedo peinado hacia atrás, sin raya, y lucía otro de sus conjuntos de pantalón con camisa de algodón a cuadros. Después apareció Gaspard y a Séraphine se le iluminó la cara como si el muchacho acabara de caer del cielo. La diferencia con que recibió a sus dos nietos fue tan evidente que sentí lástima por Loic, y eso que no me gusta tenerle lástima a nadie.

Hasta ese momento había visto a Gaspard de refilón por la finca o lo había oído tocar el piano en el ala de la familia sin que tuviera en cuenta la hora. Por eso, como estábamos en la misma habitación y Loic nos había presentado oficialmente, no se me ocurrió más tema de conversación que el piano. Le dije a Gaspard que creía que interpretaba a Chopin de maravilla. Y ahí debí haberme callado la boca, pero seguí farfullando que me encantaba Chopin y que aunque mi padre nunca había escuchado música clásica hasta que emigró, decía que Chopin formaba parte del aliento humano,

que era prueba de la existencia de Dios, otra de esas expresiones que mi padre usa en español y que suenan mucho mejor que mi traducción al francés. A mi padre le costaba mucho no mencionar a Dios cada dos por tres, siempre decía que Él era el jefe de su consejo de administración, dudo mucho que a sus contables les hiciera demasiada gracia, pero mi padre era un hombre humilde con una fe inmensa, y mi madre no le iba a la zaga, había puesto santos en toda la casa, uno en cada mesita de noche, y había colgado crucifijos en la cabecera de cada cama, y nos había cosido escapularios en la ropa, una costumbre que adquirió en el convento, porque no está de más saber que estás protegido en caso de que la muerte te sorprenda haciendo otra cosa.

Gaspard no sonrió. Por lo que veía no le gustaba la gente, así que me llevé una sorpresa cuando me enteré de que vendría a la fiesta de Florian. Cuando por fin conseguí cerrar la boca, Séraphine se disculpó y nos pidió a Loic y a mí que la dejáramos con Gaspard, que debía hablar con él; aquello me extrañó, y cuando nos quedamos solos en el vestíbulo Loic se limitó a comentar:

—¿Qué quieres que te diga, Lita? Siempre hay un preferido.

Seis años antes, una residente sudafricana de la Casa de las Estrellas había desaparecido durante una fiesta a la que acudió en grupo con las demás chicas, y apareció en la Croisette de Cannes, descalza, sin cartera, sin medias y sin la menor idea de cómo había ido a parar allí. Loic tuvo que ir en tren a recogerla, y luego, a petición de los padres de la chica, la subió a un avión de vuelta a Durban. Desde aquel episodio, Loic se tomaba muy en serio su vigilancia de nuestras salidas. Salimos en bloque para la fiesta de Florian, pasando de a dos o de a tres por los molinetes del metro, mientras Loic nos iba contando. Cuando nos acercábamos al sitio de la fiesta, se detuvo para mostrarnos la antorcha dorada en una isla de cemento en medio del tráfico de la avenue de New York.

—Ese de ahí es el punto de encuentro si alguien pierde de vista al grupo. No debéis iros de la fiesta sin avisarme a mí o a una de las otras —nos advirtió Loic, mirándonos una por una a los ojos.

Le pregunté a Maribel por la antorcha, porque parecía importante, una llama bien gorda como la que sostenía en un puño la estatua de la Libertad, rodeada de un montón de turistas que tomaban fotos o posaban junto al montículo de flores al pie del monumento.

Me señaló el túnel que discurría debajo de la base de cemento de la antorcha.

—Ahí es donde murió la princesa.

Bajamos los escalones que desde la acera llevaban a una barcaza remodelada y anclada en la orilla del Sena entre un par de Bateaux-Mouches fuera de servicio; un caleidoscopio de farolitos de papel amarillo y guirnaldas de luces, una banda que tocaba en la cubierta superior mientras unas señoras con trajes flamencos llenos de

volantes zapateaban, cantaban y tocaban las castañuelas. Maribel ya iba medio borracha; en la casa había dado cuenta de la cachaça Leblon reserva acompañada de Giada y de Naomi. Se había cambiado el traje siete veces antes de decidirse por una especie de funda violeta que le marcaba los pechos sin sujetador y el cuerpo esbelto, resultado de su doble adicción a los Marlboro, cajetilla roja, y a una especie de sopa de tomate espesa y sabrosa llamada «gazpacho», de la que sus padres le enviaban cajas enteras desde Madrid. Ya se había acostado con Florian más o menos una docena de veces, y Tarentina le dijo que debían de ser suficientes para quitarle todo el misterio, pero Maribel seguía poniéndose nerviosa, incluso le daba miedo verlo. Me agarró de la mano cuando cruzamos el puente levadizo y subimos al barco. A juzgar por el pánico que sentía, me había imaginado un auténtico semental, pero el tipo que se abrió paso entre la multitud para darnos la bienvenida era mayor que mi padre, tenía la cabeza cuadrada y una especie de parche de hierba plateada en lugar de pelo, muchas arrugas y la piel grisácea. Llevaba un sarong de batik y una camisa de seda que le colgaba como una cortina sobre el vientre prominente. Cuando vio a Maribel, tímida pero con ojos ávidos, tiró de ella apartándola de mi lado y la rodeó con los brazos y gritó por encima de su hombro:

—Bienvenida a mi reino.

Jamás entenderé por qué las personalidades exuberantes gustan a la gente, cuando a mí son las que menos confianza me inspiran; las demás chicas, que también se sentían cautivadas por la imagen de sultán de Florian, no tardaron en perderse en el tumulto de la fiesta.

En el barco de Florian surgieron otras reglas, las leyes del mar, supongo. Hasta ese momento apenas había visto a Dominique y a Loic hablarse, pero allí iban de la mano, muy juntos; a ella se le pusieron los ojos como platos al mirar algo que Loic le señalaba al otro lado del río. Giada decía que la de ellos era una larga historia de atracción, pero Loic siempre ponía el freno antes de que llegara demasiado lejos, de modo que más bien se trataba de una larga historia de rechazos en la que Dominique ofrecía amor como unas vacaciones pagadas y Loic contestaba que prefería no salir de casa.

Deambulé sola entre la gente, espiando a mis compañeras. Algunas me veían navegar por los afluentes de la risa y la conversación, pero ninguna me hizo señas para que me uniera a ellas. Tarentina encontró su sitio cerca del bar, entre un grupo de admiradores; vagaba de un extremo al otro del barco para contemplar el panorama y los chicos la seguían fielmente como gansos. Giada se subió la falda y se sumó a las bailarinas de la cubierta superior. Naomi, sin Rachid, que esa noche entrenaba para un próximo combate de boxeo, se unió por descarte a un grupito de pijos americanos de su colegio, y Camila se juntó con su pandilla de sudamericanos encumbrados que no se mezclaban con nadie que no se hubiera criado con guardaespaldas y hubiera ido al colegio en coche blindado conducido por un chófer.

Saira y Stef encontraron refugio en un rincón tranquilo del barco, donde se

hablaban con miradas. Eran los que más curiosidad me despertaban. Según la BBC, el padre de Saira iba a ser acusado de crímenes de guerra, de manera que era de esperar que el tipo supiera unas cuantas cosas sobre intimidación, pero eso no había disuadido a Stef de seguir saliendo con Saira. Ella era alta, elegante, de huesos largos, ojos grandes y rasgados y piel morena. Nacido en Brujas, él era bajo, grueso, pelirrojo, de piel de melocotón, y alrededor del cuello tenía una mancha color oporto que parecía la huella de una mano. Me gustaba verlos juntos y ser testigo de cómo alimentaban día a día su amor, de cómo pasaban las tardes viendo programas tontos como *Starmania* o *Nulle Part Ailleurs*, y preparándose la comida en nuestra cocina deprimente; ese estado como de oasis en el que se tiene la certidumbre de que la persona que amas te corresponde.

Maribel me vio sola junto a la barandilla. Pensé que venía a hacerme compañía, pero se me acercó para avisarme de que se iba con Florian al dormitorio de la cubierta inferior, a pesar de que Eliza, la compañera de él, estaba en la otra cubierta, moviendo los brazos al ritmo de las guitarras de los músicos que, vestidos con chalecos de cuero, tenían pinta de Rasputines.

—Guárdame el secreto —me pidió sonriendo—. Te lo digo por si llegan a asesinarme.

Un comentario de lo más extraño si se tenía en cuenta que la multitud abigarrada y las aguas oscuras que nos rodeaban hacían de la fiesta en la barcaza el lugar ideal para deshacerse de alguien sin ser descubierto.

Fui una de las primeras en bajar del barco cuando la policía llegó más tarde a poner fin a la fiesta, y me quedé esperando a los demás junto a una pila de flores marchitas y flácidos ositos de peluche al pie de la antorcha dorada.

Un tipo de piernas largas vestido como un ninja y armado de un rotulador negro hacía una pintada en el muro de piedra detrás de la antorcha.

—¿Te has perdido? —oí que me preguntaban.

Creí que era el ninja, pero cuando me di la vuelta comprobé que quien me lo preguntaba estaba al otro lado de la llama. Las sombras me impedían verle la cara.

—Espero a unos amigos —contesté mirando de reojo la marea de gente que había ido a la fiesta y que del muelle se echaba a la calle.

Loic y Dominique estaban entre ellos, seguidos de Tarentina, que resultó ser una vieja amiga del vándalo, y salió corriendo para echarse en sus brazos gritando:

—¡Mi querido Sharif Zaoui! ¡Como siempre pintarrajeando París!

Siguieron charlando mientras llegaba el resto del grupo. Después de presentarse ante Loic, algunas de las chicas, que habían hecho planes para seguir de marcha, se fueron por su cuenta, y las cinco que quedábamos iniciamos la larga caminata de regreso acompañadas de Loic. El metro ya no funcionaba porque eran más de las dos de la mañana, el Noctambus que cubría la zona de grandes discotecas no pasaba por

allí, en las paradas de taxis ya había largas colas, y Saira le había dado la noche libre a su chófer personal justamente cuando nos habrían venido bien sus servicios.

Estábamos en mitad del puente Alejandro III cuando me di cuenta de que Sharif y su compañero, el que me había preguntado si estaba perdida, iban detrás de mí con Tarentina. Cuando vio que me volvía, su amigo apuró el paso y, al llegar al final del puente, se puso a mi lado.

—¿Por qué me sigues? —Una pregunta tonta, que ya no pude retirar.

—Yo no te sigo —dijo sonriendo—. Vamos en la misma dirección.

No era guapo. La gente dejaba caer esa palabra como un rumor, pero yo no. Aquel término me resultaba más ajeno que cualquier otro. Mis padres nunca calificaban a nadie de guapísimo. Cuando mis compañeros del colegio me decían fea, mi madre me explicaba que la belleza era una invención, algo vacío, pero yo sabía que algún valor debía de tener porque Jesús y su ejército de santos siempre tenían pinta de actores de cine. Jamás entendí la alquimia del encanto ni cómo consiguen algunos hacerse famosos por ser guapos. Mi hermano Santiago decía que las mujeres increíblemente hermosas nunca parecen tan guapas la segunda vez que las ves, y que con el tiempo una chica moderadamente guapa tiene más números para volverse hermosa. Logré comprender la belleza en la escuela, a través de los principios artísticos dictados por científicos y maestros como Da Vinci; la simetría, los contornos que captan la luz, el equilibrio y la forma, como la propia ciudad de París, una espiral perfecta de numerosos distritos, con sus parques, sus arbustos y sus árboles alineados y enmarcados.

El chico que caminaba a mi lado aquella noche no tenía nada de eso a su favor. Podía decirse que, pese a su punto de desaliño, encajaba en el grupo de los apuestos, con una tez marfileña como la niebla parisina, un ojo verde algo más grande que el otro, una patilla algo más larga que la otra, y el cabello castaño con un corte que parecía haberse hecho él mismo. Nada de malo hay en eso, claro. Mi madre se cortaba ella misma el pelo, y nos lo cortaba a nosotros, pero el que llevaba él tenía toda la pinta de habérselo hecho mientras conducía o freía un huevo al mismo tiempo. Vestía unos tejanos y una sudadera que le quedaban muy holgados, y como iba con las manos hundidas en los bolsillos era como si llevase un arma. Era tan alto como yo, tal vez me sacaba unos centímetros, pero no se notaba porque iba encorvado. Su sonrisa era sesgada. Noté que no se había arreglado la dentadura y pensé en la mía, desastrosa, torcida y cóncava hasta que a los once me pusieron aparatos. Santi y yo los llevamos durante años, y nuestros padres, que se habían pasado gran parte de la vida sin ver un dentista, orgullosos de poder permitirselo, también decidieron hacerse arreglar la boca.

Por la zona de Los Inválidos, paramos en un hotelito con jardineras de flores para que Naomi pudiera pedirle al portero que la dejase ir al baño. Mientras la esperábamos en la acera, Tarentina anunció que seguiría la fiesta en la Casa de las Estrellas e invitó a Sharif y a su amigo. Sharif aceptó en nombre de ambos.

Era tarde. Pasaban pocos coches. No dije palabra, tampoco el amigo de Sharif mientras seguimos por el boulevard Saint-Germain hacia la casa, a veces en fila india, a veces en parejas y al mismo ritmo. Yo los seguí.

En la Casa de las Estrellas las conversaciones eran una mezcla de dialectos y de colisiones lingüísticas, de piruetas entre el francés, el italiano y el español, para saltar de nuevo al inglés y neutralizar las confusiones, todo ello a veces en la misma oración. Cualquiera diría que con la variedad de idiomas que hablábamos se producirían huecos en la comunicación; no era así, aquello no hacía más que alimentar las bromas. Aquella noche, en el trayecto de vuelta desde la fiesta, Maribel nos contó que Florian había dicho que con ella había sentido un flechazo, palabra que no tenía una traducción exacta al francés, la alternativa más evocadora y cercana que se nos ocurrió fue *coup de foudre*, porque «amor a primera vista» era demasiado prolijo y cursi, y Tarentina conjeturó que, por lo tanto, quienes solo hablaban inglés resultaban prolijos y cursis a causa de su limitación verbal porque las personas solo pueden experimentar emociones para las que su lengua tiene un nombre.

Nos reunimos en su dormitorio, donde tenía una especie de saloncito lleno de cojines marroquíes comprados en sus frecuentes viajes a Marrakech con el Músico, y divanes dispuestos alrededor de una mesa baja llena de botellas de bebidas alcohólicas y de ceniceros. Sharif y Tarentina compartieron un diván y un porro; yo me senté en el borde de un sofá color morado, lleno de grumos, con Maribel y Naomi. Las parejas —Loic y Dominique, Saira y Stef— se tumbaron en el suelo.

El amigo de Sharif resultó ser su primo Cato; Loic aclaró enseguida que «no es un nombre francés».

—Mi verdadero nombre es Felix.

—Los apodos son una farsa —sentenció Tarentina mirándome—. Una vez un tipo danés me llamó Tina y por poco no le estampo el móvil en la entrepierna por tomarse tantas confianzas.

Eché la cabeza hacia atrás soltando una sonora carcajada, uno de sus recursos para coquetear con todos los presentes; los demás también rieron. Noté que Cato me lanzaba una mirada.

Sharif comentó que su padre era marroquí, por eso llevaba un nombre árabe, pero que en público y cuando estaban en ciertos círculos su madre lo llamaba Serge. En función de la compañía, hacía el papel de chico francés o de hijo magrebí.

—¿Y cómo te llama ahora? —preguntó Naomi.

—De ninguna manera. Ha muerto.

Todos se quedaron callados, y Sharif aprovechó para contarnos cómo se habían conocido sus padres «al estilo francés por excelencia, en un centro turístico de playa en Agadir». Era una estudiante universitaria de veintidós años, de vacaciones con sus amigas, y él era el guitarrista del personal de animación. Algunas de las chicas

intercambiaron miradas y soltaron risitas nerviosas y reveladoras.

—Ya lo veis —añadió Sharif burlón—, es una historia corriente.

Eché un vistazo a Cato para ver su reacción y comprobé que me miraba buscando mis ojos.

La velada terminó a eso de las cuatro. Las que quedábamos nos fuimos a nuestras habitaciones; Sharif se pegó a Tarentina, ya en la puerta, pero ella le puso el índice en el pecho y lo empujó hacia fuera.

Cato esperó a Sharif en lo alto de la escalera, frente a mi cuarto.

—Ha sido un gusto conocerte —dije, abrí mi puerta con la llave y entré.

—Lo mismo digo.

Tuve la corazonada de que la ocasión permitía ir más allá y me obligué a añadir:

—¿Vives cerca de aquí?

—No, vivo en la costa, a unas horas de aquí en dirección al norte, pero de momento estoy en la rue Vaneau.

Eso quedaba a dos o tres manzanas de la casa de Séraphine.

—¿Estás de vacaciones?

Negó con la cabeza y dijo:

—He venido a un entierro. Esta mañana.

—Lo siento mucho. —Me sentí muy idiota por haber preguntado.

—No pasa nada. Era mi abuelo. Tenía ciento dos años. Siempre se quejaba de que estaba aburrido de vivir. Nadie estaba más sorprendido que él por haber llegado a esa edad.

Sharif se acercó desde el otro extremo del pasillo, echándole un último vistazo a Tarentina, pero ella ya tenía a los chicos a los que se había rendido; a los demás prefería mantenerlos hirviendo a fuego lento. Cato no dejó de mirarme cuando Sharif empezó a bajar la escalera antes que él. Lo saludé con la mano y cerré la puerta despacio, pero no me aparté de ella hasta que dejé de oír el ruido de sus pasos en el vestíbulo de entrada y las puertas chirriantes de la casa se abrieron y se cerraron detrás de ellos.

Seríamos todas de sangre verde, pero mi relación con el dinero era muy distinta de la que tenían las otras chicas, que a diario se iban a gastar a lo loco a Saint-Honoré, o a la rue Cambon, donde algunas *boutiques* llegaban incluso a cerrar para que Saira y Dominique pudieran hacer sus compras en privado. Las chicas siempre arrancaban las etiquetas antes de llegar a casa porque, según me advirtió Tarentina, las criadas tenían la costumbre de robarles a todas menos a Saira, porque temían a su padre. Cuando yo entraba sola en alguna tienda, algo bastante raro, los dependientes no me hacían ni caso o me seguían, y no precisamente porque trataran de venderme algo. Mis compañeras de piso se burlaban de mí, decían que era una tacaña de mucho cuidado, pero yo consideraba que esa manera tan desenfrenada de gastar se aprende en casa, junto con la fe fantasiosa en que un traje nuevo tiene el poder de cambiar la vida.

Casi ninguna de las otras chicas había trabajado ni tenía planeada más carrera que un buen matrimonio; yo siempre había tenido distintas ocupaciones: hacer cajas o contestar al teléfono en la fábrica de mi padre, llevar la contabilidad de Raúl, el panadero, y de Juanita, la costurera, u organizar el archivo en el bufete de Héctor. Nuestros padres jamás comprendieron la costumbre de los chicos americanos que en verano se iban de campamento o se pasaban el día holgazaneando a la espera de meterse en líos, y lo que más temían era que nuestras vidas regaladas nos convirtieran en unos inútiles para la sociedad. Papi insistía en que no éramos hijos del privilegio sino del sacrificio. Sostenía que el trabajo nos hacía honrados, que el trabajo nos hacía humanos, y que prestar un servicio era el peaje que pagábamos por el espacio que ocupamos en este planeta.

Mi padre tenía por norma que nuestra casa era el único lugar donde se ofrecían cama y comida gratis. Cuando decidí venir a París, aceptó pagarme el alquiler, los estudios y la comida, pero si quería algún extra, debía ganármelo con mi trabajo. Me figuré que en París sería más sencillo encontrar trabajo, pero no tardé en enterarme de que las limitaciones de mi visado de estudiante y el freno impuesto por el gobierno a los trabajadores extranjeros impedían que consiguiera otro empleo remunerado que no fuese cuidar niños cobrando en negro, o limpiar casas, o posar desnuda, como hacía Giada, que ganaba mil francos la hora. Tarentina me consiguió una entrevista para trabajar de vendedora de cigarrillos y de golosinas en un club propiedad de Gaétan, un antiguo tenista profesional convertido en empresario de la noche, con el que ella había salido el primer año en París. Debía pasearme por el local con una bandeja colgada al cuello provista de tabaco y de piruletas, no ganaría más que las propinas pero, en el último momento, Gaétan decidió ponerme de encargada del guardarropa. Debía quedarme hasta las cinco de la mañana, la hora de cierre, pero el jefe me sorprendió dormitando en un rincón, sentada en el taburete de madera, poco después de las tres, y me dijo que la vida nocturna no estaba hecha para mí.

Le pedí a Romain si me podía conseguir algo en el Far Niente, pero dijo que para trabajar en el restaurante debía ser corsa o como mínimo italiana de pura cepa, pues el dueño era un fanático de lo auténtico. Al final de una de nuestras tardes con *Martin Eden*, me acompañó para que viera las ofertas de trabajo del tablón de anuncios de la Iglesia Americana; juntos repasamos a fondo la revista *FUSAC*, y señalamos los anuncios que buscaban profesores de inglés. Hice unas cuantas llamadas, pero todo el mundo, al oír que era americana, decía que buscaban un profesor británico porque preferían ese acento. El único tipo que accedió a entrevistarme pidió que nos viéramos en Porte de Montreuil. Romain y Loic se ofrecieron a acompañarme, pero quise ir sola, algo que resultó una mala idea porque el tipo, un checo canoso con la bragueta medio desabrochada, que parecía hablar muy bien inglés, no paró de tocarme el muslo debajo de la mesa del café y de soltarme unas zalamerías que me dio apuro repetir cuando le conté el episodio a Romain.

Hasta ese momento en París solo conseguí ganar los quinientos francos que Dominique me había pagado por escribirle un trabajo sobre los fauvistas para su clase de arte contemporáneo, una ganga porque el doctor por la Sorbona al que solía encargarle esos trabajos le cobraba dos mil por cada uno.

Rachid, el novio de Naomi, me aseguró que me encontraría algo en el mercadillo de Les Puces, donde trabajaba los fines de semana. Las otras chicas comentaron que a ellas ni muertas las pescarían trabajando en un sitio así, salvo Naomi, que se consideraba más abierta y democrática —la aspirante a fotoperiodista que desafiaba a sus padres israelíes manteniendo abiertamente una relación con un árabe, y que, antes de que Rachid se la ligara enfrente del Pompidou, tuvo una fugaz aventura con un joven senegalés que vendía fruta en la puerta del metro de la rue du Bac y otra con uno de los desertores cubanos que cobraba para bailar por canciones en una discoteca latina del boulevard Saint-Michel—. Según Naomi, no tenía sentido que viajara hasta Francia para limitarse a salir con otro carca mudo como el novio que la esperaba en su país, o algo peor, que perdiera el tiempo siéndole fiel cuando tenía la oportunidad de probar otras vidas saliendo con los hombres que conocía en París.

Al día siguiente de la fiesta de Florian por la mañana, Naomi y yo recorrimos las calles adormecidas de Saint-Germain y tomamos el metro para reunirnos con Rachid en el mercadillo. Después del trasbordo en la estación de Saint-Lazare, me acomodé en mi asiento de plástico, y por la ventanilla de plexiglás vi una cara familiar.

Era Cato, que esperaba en el otro andén; llevaba la misma ropa de la noche anterior.

No había hecho otra cosa que pensar en él desde que me había despertado al amanecer; lo veía con la mano en la barandilla, en el mismo sitio donde había estado la noche anterior cuando bajé al comedor, donde me tomé un café a solas mientras el resto de la casa iba despertando poco a poco.

Pensé en él mientras recorría con Naomi el empedrado de nuestra calle desierta, reluciente tras haberla regado los barrenderos, me lo imaginé horas antes, de camino

a su casa después de haber compartido la velada. No sabía muy bien por qué, puesto que apenas habíamos intercambiado unas cuantas frases, pero se me había metido así en la cabeza.

Y ahí estaba.

—Mira —le indiqué a Naomi señalando hacia fuera—. Ahí está Cato, al que conocimos anoche.

—¿Dónde?

Intentó mirar, pero la distrajo la anciana que había subido al tren en Concorde y se le había sentado al lado, y me susurró en inglés que le llegaba el olor de todo el apartamento de la vieja, incluidas las sardinas y los pepinillos que seguramente se había dejado sobre la encimera de la cocina.

—Ahí está —dije.

Lo saludé con la mano justo cuando el tren avanzó con una vibración, y me llevé una sorpresa cuando me saludó a su vez antes de que desapareciéramos por los negros túneles.

Naomi iba al mercadillo de Les Puces de Saint-Ouen todos los sábados; los vendedores veteranos se acostumbraron a la americana vagabunda con la inmensa cámara colgada del cuello, que chapurreaba francés, y andaba siempre con los chicos egipcios. Ella se abrió paso entre el laberinto de quioscos, de almacenes, de tiendecitas desmontables, entre la fortaleza formada por las tiendas de alfombras, los vendedores de zapatos y de marroquinería, mientras ríos de compradores fluían por los improvisados pasillos como subidos a una lenta cinta transportadora, y al doblar cada esquina comenzaba una nueva calle serpenteante del mercado. Naomi me habló del novio que había dejado en Nueva York, con el que llevaba desde que se conocieron en un campamento de tenis, y que esperaba casarse con ella en cuanto se graduara. Traté de imaginármela como novia en ciernes, pero solo veía a la Naomi que ahora estaba con Rachid, y que se pasaba las tardes vagando por Les Halles, fumándole los Gitanes, y tratando de comunicarse como podían en una mezcla de inglés y de francés.

Me condujo hasta la caseta donde Rachid y sus amigos vendían CD de música rai, sombreros y camisetas con eslóganes como FREE PALESTINE, GAZA RESISTANCE, e ILLEGAL OCCUPATIONS, estampados en rojo, verde y blanco, con el techo lleno de banderas negras que ondeaban al viento. Llevaba haciendo fotos a Rachid desde que lo conocía; en su cuarto tenía una pared entera dedicada a su obra *Rachid dans Paris*; fotos de Rachid y sus amigos trabajando en Les Puces; Rachid interpretando sus poemas jergales a ritmo de hip hop en clubes y cafés llenos de humo en Saint-Denis y Aubervilliers; Rachid en el club de boxeo entrenándose para las peleas nocturnas del circuito de aficionados, tras las cuales Naomi documentaba las narices rotas, el hueco dejado por los dientes arrancados y los tajos en las cejas.

—¡Lita! —exclamó Rachid al vernos—. Tengo una buena noticia para ti, te he encontrado trabajo. Una amiga necesita una vendedora para su puesto de antigüedades y dice que está dispuesta a hacerte una prueba.

Lo seguimos por el pasillo hasta los almacenes; nos contó que se trataba de una ucraniana mayor, que necesitaba a alguien de confianza y yo tenía cara de persona honrada, pero la señora, tras conversar un momento conmigo, empezó a pedirle disculpas a Rachid y a decirle que no había acuerdo posible.

—Ya veo que no tiene personalidad suficiente para vender nada —le dijo. Se volvió hacia mí y añadió—: Lo siento. No puedo permitirme el lujo de perder dinero contigo.

—Pero al menos podría darme una oportunidad —dije—. Soy muy trabajadora.

—¿Has vendido algo en tu vida? —preguntó escéptica—. ¿Cara a cara?

Pensé mentirle, pero mi vacilación fue prueba suficiente y la mujer negó enérgicamente con la cabeza al oírme balbucear:

—Puedo aprender. Puedo aprender lo que haga falta.

—Rachid —se sentía más cómoda tratando con él que conmigo—, necesito a alguien con experiencia. Sé que lo entenderá. Explícaselo, ¿sí?

—Habla cinco idiomas. —Naomi acudió en mi auxilio—. Eso debe contar para algo.

La mujer ya les había echado el ojo a unos clientes potenciales que tocaban una estatuilla de bronce de una dama acariciando a un oso y, agitando la palma de la mano en mi dirección, me indicó que la reunión había terminado.

Rachid nos encontró mesa en un salón de té improvisado en una carpa entre los puestos de muebles. Nuestra camarera no tendría más de dieciséis años.

—Fíjate —dije—. ¿Por qué no puedo conseguir un trabajo para hacer lo mismo que ella?

—Amiga mía —dijo Rachid y le dio una calada al cigarrillo—, no te lo tomes tan a pecho. Les Pucos, como París, se mueve por contactos.

—No es fácil, sobre todo cuando te critican por tu personalidad.

—Es una pena que no seas árabe. Te contrataría yo mismo, pero nadie va a comprarle una camiseta FREE GAZA a una colombiana.

—No hace falta que hable árabe para cobrarle a la gente y darle el cambio —apuntó Naomi—. Al fin y al cabo, por aquí solo vienen turistas.

—Mirad a vuestro alrededor, chicas.

Señaló la multitud que se amontonaba en los senderos del mercadillo, una mezcla de viajeros eufóricos armados de mapas, de grupos de adolescentes con prendas vaqueras y de coleccionistas aficionados al regateo.

—La gente no viene a Les Pucos por la mercancía. En estos puestos no hay nada que necesiten. La gente viene por la experiencia de que les vendan algo. Quieren conversación. Quieren sonrisas y encanto. Quieren sentirse como si hubiesen encontrado un tesoro, y como parte del espectáculo, quieren la aventura del regateo,

para poder llevarse a casa su premio y cuando los amigos pregunten: «¿Dónde lo has conseguido?», puedan soltarles un relato apasionado. Nadie viene a Les Puces por los cachivaches que vendemos. La gente viene por la seducción. Viene a buscar una historia.

—Mira que viajar tanto por una historia —comentó Naomi.

Rachid se rió de ella.

—Fijaos en vosotras dos. Habéis viajado mucho para venir a París, ¿para qué?

—Para huir de casa —respondió Naomi sin dudar—. Y tomarme unas largas vacaciones.

—Yo vine a estudiar —dije, aunque ni yo misma me lo creía.

—Mentirosas —soltó, negando con la cabeza—. Si quieres unas vacaciones, te vas a Club Med. Y para estudiar podías haberte quedado en tu país. Las dos habéis venido a París por lo mismo que toda esta gente viene a Les Puces. Habéis venido a buscar una historia.

Mi madre apenas viajaba salvo cuando regresaba a Colombia en sus misiones benéficas para entregar medicamentos y ropa recogidos a lo largo del año. Ni ella ni mi padre eran de los que veranean. De haber ido a algún sitio por puro placer, mi madre no habría elegido París sino Lourdes, se habría apuntado a uno de esos peregrinajes religiosos con todo incluido. A pesar de haber desertado de su grupo de monjas, seguía siendo aficionada a lo divino y me hizo prometer que visitaría al menos una vez la iglesia que había en la misma calle que la Casa de las Estrellas. Había oído decir que se trataba de una auténtica fábrica de milagros y quiso que me uniera a la cadena de plegarias por mi hermano Beto.

No me gustaba hablar de él. No es que me mostrara hermética al respecto, pero había leído muchos libros sobre su enfermedad, estudios sobre casos similares, incluso me había matriculado en alguna asignatura de psicología con la esperanza de llegar a comprenderlo, aunque nunca había conocido a ningún otro chico como mi hermano menor, pesimista desde que estaba en el vientre de mi madre; jamás había pateado, como si eso de nacer lo trajera sin cuidado. No exagero. Detesto las exageraciones. La vida, tal cual, ya es bastante increíble.

Mi madre nunca hablará del tema; lo sé porque cuando ocurrió tenía cinco años y, por desgracia, he venido al mundo con una memoria privilegiada: nuestra madre casi estuvo a punto de morir cuando nació Beto. De pequeño jamás sonreía, jamás reía, apenas jugaba. Mami pensó que quizá sufriese algún tipo de minusvalía, pero caminaba bien y empleaba sus energías en soltarse de nuestros abrazos y huir de nosotros. Para colmo, nació en huelga de hambre, y ahora, con quince años, Beto es delgadito como una chica antes de tener la regla, de músculos debiluchos y columna torcida, ojos oscuros y venas abultadas en las sienes. Mi padre decía que no hay que juzgar, que en cierto modo todos somos contrahechos, y yo quería a mi hermanito,

pero en ningún idioma el amor es una palabra lo bastante amplia para describir lo que se siente por un hermano incapaz de soportar la vida que lo rodea, un chico que a los siete años se puso azul y se desmayó durante la comida porque antes de sentarse a la mesa había bebido detergente para lavar la ropa. Un año más tarde intentó ahogarse en la bañera, y mi padre mandó quitar las bañeras de toda la casa, vaciar la piscina, y poner cerrojo en todas las ventanas, por temor a que toda la existencia de Beto fuese una misión suicida.

Mi madre decía que la de Beto era una enfermedad como la que padecían los niños del orfanato que fundó en Leticia. Niños que nacían sin algún miembro a causa de la contaminación, niños abandonados con enfermedades tropicales, niños no deseados, y según ella esa era la enfermedad más difícil de curar. Papi decía que cuando era niño tenía razones suficientes para hacerse un ovillo y dejarse morir, pero que por las noches oía a la luna susurrarle que a la mañana siguiente debía despertar.

No comprendían el monstruo que devoraba a su hijo, por eso pagaban todos los tratamientos habidos y por haber. Terapeutas, pastillas, arteterapia, musicoterapia, estancias en un rancho para niños depresivos, le compraban todo lo que pedía. Beto tenía debilidad por los conejos, igual que Théophile, el marido de Séraphine, la tenía por los gatos. Nuestra casa estaba llena de animales, cinco perros y siete gatos, todos ellos ex vagabundos, un loro ciego y siete caballos rescatados que se paseaban por el corral montado en donde antes estaba la cancha de fútbol, pero lo único que animaba a Beto eran los conejitos que criaba en el patio interior, donde antes había estado el invernadero de plantas tropicales de mami, hasta que Beto lo transformó en granja refugio para conejos, porque no creía en las jaulas. Nuestros padres se lo consentían todo, porque es lo que suele hacerse cuando quieres hacer feliz a alguien a fuerza de cariño.

No me costó encontrar la iglesia, la acera estaba llena de mendigos. Aunque no celebraban misa, los bancos estaban abarrotados, las cabezas gachas rezaban; ante el altar con la virgen de manto azul había una hilera de fieles arrodillados. En la cúpula sobre el altar, en una larga leyenda pintada se decía que todo lo que pidieras allí se hacía realidad, quizá por eso la concurrencia era tan nutrida. Me hincué de rodillas en nombre de mi madre porque sabía que ella habría hecho lo que fuera por estar allí, y qué clase de escéptica sería yo si no mantenía la mente abierta al rezo. Como dice mi padre, lo más cercano a la fe es la duda.

«Por favor, protege a mis padres, que no se caigan muertos antes de que yo pueda conseguir que se sientan orgullosos de mí. Bendice a Santi para que no deje embarazada a ninguna chica y no beba cuando conduce. Bendice a Beto para que no se mate y lo haga pasar por un accidente.»

No sabía por qué más rezar. Toda mi vida había sido afortunada. Así que recé para ser mejor persona. Productiva. Útil. Y no el tipo de chica que se limita a hacer de florero.

Después, de puro egoísta, recé para pedir amor; en mi opinión, podía ser una

búsqueda honrada, pero me salió una plegaria amorfa, como si no encontrara las palabras para formular mi deseo.

Ocupaba un lugar en primera fila de los reclinatorios, detrás de mí había gente esperando su turno, y tenía las piernas entumecidas. Me levanté y fui a la tienda de regalos a comprarle a mi madre una medalla de plata de la virgen, que seguramente ella cosería en la almohada de Beto o algo por el estilo. Era así de traicionera; hubo un tiempo en que me cosía santos en las braguitas para protegerme y que no me las quitara en compañía de algún chico.

El sol de las tres de la tarde seguía alto en el cielo, así que aproveché y me metí en un parquecito vallado, con una zona de juegos infantiles en un extremo donde unos niños se columpiaban, pero no eran ruidosos, de modo que me senté en uno de los bancos vacíos de los laterales. Desde mi llegada iba por París con un montón de postales a cuestas. Pensaba franquearlas primero, escribir algo cuando tuviera un momento de inspiración, y echarlas al buzón para que Beto recibiera correspondencia de forma constante, y ahora pensaba en él, porque cada vez que llamaba a casa se negaba a ponerse al teléfono.

Cuando nació, decidí que Beto sería mi niño. Lo vigilaba en la cuna, le tocaba las mejillas regordetas, le hacía cosquillas en los pies y elegía su ropita. Mi madre lo llevaba a la altura del pecho como una bufanda; yo envidiaba su maternidad, la forma intuitiva con que le daba el pecho cuando tenía hambre, se ocupaba de sus eructos y de cambiarlo. Yo lo paseaba en el cochecito y lo agarraba de la mano cuando estaba aprendiendo a caminar por la casa. En los años en que se negó a comer nada sólido, a veces solo aceptaba que yo lo alimentara a cuchara, y cuando empezó a bajarse de la cama por la noche, iba a verme a mí y no a mis padres, se acurrucaba a mi lado hasta la mañana, dormía con cara ceñuda los puños apretados contra el pecho. Cuando la negrura lo vencía, yo era la única que podía acercarme a él, se echaba a temblar con ese miedo con el que había nacido y me miraba fijamente a los ojos como un animal apaleado.

Beto no quería que yo viniera a París y lo dejara. Por él no viví en una residencia de estudiantes cuando fui a la universidad y por él elegí una cerca de casa. Los médicos decían que no debíamos dejarnos manipular por sus amenazas, pero yo no sabía decir que no. Me pasé años reuniendo valor para irme a París. Beto vino a mi habitación cuando estaba haciendo la maleta, y me dijo quejumbroso que yo era la única que lo entendía, la única que lo miraba sin lástima, que no lo juzgaba ni pensaba que su vida era un fracaso por el simple hecho de que no sabía cómo poner fin al dolor de vivir.

—Si de veras me quieres, no me dejarás.

Lo abracé. Yo era la única a quien se lo permitía.

—Tienes que aprender a vivir sin que yo te esté vigilando.

—Lo dices como si no fueras a regresar.

—Voy a regresar, que no se te olvide.

Pero no bastó. Se quedó llorando y, para castigarme, no fue con el resto de la familia a despedirme al aeropuerto.

A poca distancia, sobre un pedestal se erguía el busto de piedra de un hombre. Me acerqué para verlo mejor y la placa indicaba que era Chateaubriand, una coincidencia útil, porque uno de los conejos de Beto se llamaba Chateaubriand, por lo que decidí que sería el tema de mi postal. Beto siempre ponía nombres históricos a sus conejos. Suspendía casi todas las asignaturas, pero era un gran lector, siempre me robaba los libros y al terminarlos garabateaba «Beto ha estado aquí» en la portada. Le escribí que el conejo Chateaubriand tenía en París un parque que llevaba su nombre, le describí la valla de hierro, los arbustos podados en perfecta simetría, el suave parloteo de los niños franceses que jugaban en los columpios sonaba como los mellizos de la serie de dibujos animados Chapi Chapo. Le escribí que lo echaba de menos. Que lo quería. Le prometí que le llevaría regalos cuando fuera por Navidad. Cuídate, hermanito.

Entonces oí que me llamaban.

La cara de Cato se hizo más nítida al otro lado del sendero de grava. No sé cómo había cruzado la verja de hierro sin percatarme de que estaba sentado en el banco de enfrente. Qué gracia, pensé, y luego me acordé de que debía expresar en voz alta mis pensamientos.

—Qué gracia. Ayer también te vi.

—Fue anteayer. —Se levantó y vino hacia mí.

—No, ayer. En la estación del metro Saint-Lazare. En el andén.

Se mostró confundido.

—Te vi —repetí—. Me saludaste con la mano.

—Ayer no salí del Distrito VII.

—Entonces sería alguien que se te parecía mucho.

—A lo mejor lo soñaste.

—O a lo mejor es que tienes un aspecto corriente.

Se aproximó. Su sombra me cubrió.

—¿Qué escribes?

—Una postal para mi hermano.

Le enseñé la imagen de una gárgola de Notre Dame.

—¿Puedo sentarme contigo?

Asentí, se sentó a mi lado, entre los dos solo estaba mi bolso. Nunca se me ha dado bien charlar de cualquier cosa, un obstáculo para mi supuesto objetivo de hacer la carrera diplomática; hablar con extraños era para mí una tortura, incluso con extraño a medias como Cato. Traté de pensar algo que decir. Algo inteligente y amable con que llenar el vacío ya que él había hecho el esfuerzo de sentarse a mi lado.

—Qué poco hablas, Lita. ¿Eres tímida?

—Sí. —No perdía nada siendo sincera.

—A la mayoría de las personas les encanta oírse a sí mismas.

Nos miramos. Resultaba raro verlo a plena luz del día. La cara muy angulosa, los ojos de tonos pálidos como la espuma de mar con manchas color bronce.

—Mi madre me decía que los callados son los que más cosas tienen que decir.

—¿Era tímida?

—No, lo decía para darme ánimos. De niño era muy tímido. Sigo siéndolo.

Señaló el edificio de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, al otro lado del muro de ladrillo, al final del parque.

—De joven mi madre trabajó allí. Cuando veníamos a París, me llevaba a visitar a sus antiguos amigos y luego veníamos a jugar a este parque. Me hacía mucha ilusión venir.

—¿Venías mucho a París?

—No demasiado. Unas pocas veces al año. Mi madre y yo vivíamos en la costa, pero mi padre siempre ha vivido aquí.

—¿Están divorciados?

—No. Preferían vivir separados.

Guardó silencio. Se me humedecieron las palmas de las manos y metí la postal en el bolso antes de que la tinta se corriera con el sudor; él lo interpretó como que me iba a marchar y se ofreció a acompañarme a casa. Lamenté enseguida haberme movido.

No era mi intención irme, pero de pronto sentía que debía hacerlo. Me abrió la verja y salimos a la rue du Bac. La casa estaba a menos de cinco minutos a pie, pero caminé despacio. Quería preguntarle qué iba a hacer el resto de la tarde, por qué no volvíamos al banco a sentarnos, aunque fuera para quedarnos callados mirando a los niños columpiarse más y más alto.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? —Fue lo máximo que me atreví a decir.

—No mucho.

Llegamos a la entrada para coches. Pensé en invitarlo a un café o a fumarse un cigarrillo, como habría hecho cualquiera de las otras chicas, pero me quedé ahí parada, mirándome los pies y luego mirándolo, y él hizo lo mismo. Podía haberle preguntado por su primo. Lo que fuera con tal de tener un pretexto para quedarme un poco más, pero él se apartó —ni una sola *bise* para mí aunque la gente de allí tenía la costumbre promiscua de estampar un par de besos en las mejillas— y me saludó con la mano como el tipo en el andén del metro, ese que según Cato no era él.

Se alejó por el centro de la calle, caminando de espaldas, mirándome.

—A lo mejor volvemos a encontrarnos.

—A lo mejor.

Verlo así, mientras crecía la distancia entre nosotros, me dolió más de lo razonable. El deseo de estar con él, el impulso de saltar al vacío. Eso tiene un nombre en español, la palabra «corazonada», un presentimiento, un despertar del corazón. Una presión. Un puño ciñéndolo.

Fue idea de Séraphine organizar una fiesta la primera luna llena de octubre. Tan solo permitía una *grande fête* por temporada. Según ella, organizar más de una era una manera de llamar la atención. Guardaba bajo llave una caja con tarjetas de visita impresas en letras negras en relieve con la frase «Les Filles de rue du Bac», y la sacaba expresamente para estas ocasiones; nos entregaba una veintena a cada una para nuestros invitados preferidos. La idea era que nadie sin tarjeta pudiera colarse en la fiesta.

Loic nos reunió alrededor de la mesa del comedor y nos pidió que hiciéramos listas de los posibles invitados para evitar repeticiones. Tarentina era la reina de los VIP en los clubes nocturnos poblados por los ricos y sus séquitos, mientras que en la red de Giada había chicos *hippies*, tecnoadictos y estudiantes de arte desde Oberkampf hasta la Bastilla. Dominique se juntaba con los fenicios, los persas y los de sangre petrolera. Camila iba con el grupo latino de hijos de papá, culos de oro y fresas, como los llamaban en Colombia, jóvenes de familias de magnates y de políticos —en ejercicio, en pleno golpe, derrocados— exiliados y secuestrados, que se movían principalmente en las fiestas privadas. En el ambiente de Saira, aparte de Stef, estaban los ex alumnos de los internados suizos, los jóvenes de la realeza africana, los herederos de las empresas de importación y de exportación junto con los cuales faltaba a clases para asistir a comidas de cuatro horas. La pandilla de Naomi estaba formada por americanos, australianos y británicos que daban sus propias fiestas para conocer a gente en *pubs*, y así llevaban una ilusoria vida parisina sin aprender ni media palabra de francés, aunque ya casi había dejado de verse con la mayoría para dedicarse a su grupo único: Rachid.

Todas tenían sus círculos, menos Maribel que, como yo, no contábamos con amigos fuera de la Casa de las Estrellas. Rara vez se relacionaba con los demás alumnos de Bellas Artes que, según ella, le tenían celos por haber nacido entre artistas de fama. Su mundo era el espacio de trabajo que le habían dado en el estudio de Florian, unas puertas más abajo de la antigua casa de Delacroix. A veces, después de clase, yo iba a verla allí y la encontraba en aquel edificio sin calefacción, sudorosa y descalza, en los días más fríos de otoño. En ocasiones, Maribel pasaba allí toda la noche, trabajando, según decía, parando para dormir en el colchón que Florian había puesto en un rincón de su estudio para «recuperarse del dolor de espalda».

Cuando Loic me preguntó a quién quería invitar, en la lista había ya como cien personas.

—No lo sé —dije. Era la verdad—. No se me ocurre nadie. —Era mentira.

Había abrigado la esperanza de que en la lista de Tarentina apareciera el nombre de Sharif, puesto que se había cruzado con él unas noches antes en la actuación de Stomy Bugsy en Le Bataclan. Se había abierto paso entre la maraña de cuerpos

sudorosos para saludar a Tarentina. En su cara veía rasgos de la de Cato, la misma mandíbula pronunciada, ojos que en las comisuras remataban en una leve red de arrugas. Pero del Cato auténtico ni noticias, y pensé en él, incluso tras salir del local con un grupo de surfistas con trenzas rastafaris de Lacanau que iban a surfear olas grandes a las islas Mentawai; un grupo atractivo pero maltrecho, todo sonrisas y dispuesto a compartir su hachís de Cachemira con las chicas en el hotel donde se alojaban por la zona de République. Naomi y Rachid se habían marchado a casa en el mismo taxi con Saira, Stef y Loic. Yo me había ido con los rezagados y los surfistas, con la idea de que era mejor estar con ellos que quedarme sola.

Si Tarentina invitaba a Sharif, me figuré que este traería a su primo, pero ella no lo había mencionado, de modo que lo hice yo cuando terminaron de hacer la lista, como si se me acabara de ocurrir, pero Tarentina desechó la idea de inmediato.

Todas las tardes de la semana desde nuestro encuentro del domingo, pasé por el parque Chateaubriand con la esperanza de ver a Cato en el mismo banco. Recorrí de arriba abajo la rue du Bac esperando cruzarme con él haciendo lo mismo. El único que me pescó acechando fue Romain que, tras verme pasar varias veces delante del Far Niente la misma tarde, salió a la acera a preguntarme si había perdido algo, tal vez la cabeza. Me inventé como excusa que había perdido la tarjeta del metro, se sumó a mi farsa y buscó de esquina a esquina durante un rato antes de entrar otra vez en el restaurante a poner las mesas.

Amplíé la búsqueda a la rue Vaneau con la esperanza de ver a Cato salir de algún portal. Pensaba sonreír y decir que me había bajado en la estación de Los Inválidos y que iba para casa, algo no tan rebuscado, y si era crédulo pensaría que era cosa del destino, un *coup du destin*, pero no ocurrió.

Quiero decir lo siguiente sin parecer tonta: las noches que siguieron a nuestro primer encuentro junto a la antorcha, sentí por él un deseo tan intenso que me sorprendió. Echaba de menos los momentos que nunca habíamos pasado juntos, los recuerdos que no teníamos, las conversaciones que no habíamos mantenido, los besos que no nos habíamos dado. Una extraña nostalgia del futuro.

Mi educación resultó ser bastante aceptable en el mercado paralelo de los estudios internacionales. Con el trabajo que le hice, Dominique sacó un sobresaliente, se corrió la voz, y al cabo de unos días me llegó una lista de encargos académicos de las otras chicas de la casa y de sus amigos. Me dio un breve ataque de culpa, porque hacer trampas es inmoral, lo mires por donde lo mires, a pesar de que Francia me ponía prácticamente imposible poder ganar un solo franco de forma legal y ni siquiera era una *sans papiers*. Loic insistía en que de mi engaño podía aprender algo; redactar todas esas páginas no era prostitución intelectual, sino mi propio *atelier* personal en el que aprender la asignatura dedicada a la gente.

Para tratar de escribir como lo harían ellas, escuchaba las historias con sus

propias voces, dejaba atrás mis primeras impresiones y los datos biográficos básicos que habíamos intercambiado, las escuchaba tratando de franquear las estructuras de sus conversaciones. La forma en que Giada jamás aportaba una sola idea original, sino que se limitaba a comentar las de los demás. La forma en que Dominique, que seguía a Loic con la mirada maltrecha de un elefante de circo, era incapaz de ver un cuadro sin pensar antes en su valor crematístico. Tarentina se veía a sí misma en todo. Le enseñé el mismo cuadro que a Dominique y se lanzó a hablar de su niñez, de la primera vez que notó la lengua de un chico en la boca cuando la empujó detrás de una hilera de árboles en el club de tenis.

Pensé que tras escribir unos cuantos trabajos y ahorrar algo de dinero me compraría un vestido nuevo, pero la noche de la fiesta me puse el mejor vestido que tenía, uno recto de algodón negro y mangas cortas que había llevado una única vez: en la ceremonia de mi graduación en la universidad. Se adaptaba bien al cuerpo sin comprometer la modestia, largo apenas por debajo de las rodillas. Me lo había hecho mi madre cuando comprobó que después de ir de tienda en tienda no encontraba nada que me gustara. Le fallaba la vista, pero se negaba a ponerse gafas; la observé noche tras noche cuando el resto de la familia dormía, encorvada sobre la máquina de coser, tirando de la tela, mientras la aguja iba formando las costuras torcidas que ella no veía, y luego las deshacía arrancando el hilo con los dientes, y vuelta a empezar. Completé mi atuendo con las botas militares que había heredado a los catorce años de mi hermano Santi, que las había comprado de una partida sobrante del ejército. Me las quitaba únicamente cuando me obligaban a llevar tacones o bien, ya avanzado el verano, cuando las cambiaba por unas sandalias, a pesar de que mi madre se quejaba de que me hacían parecer miembro de las FARC.

Al igual que mi madre, nunca me maquillaba ni me secaba el pelo con secador a menos que hiciera mucho frío, de modo que estuve lista antes que las demás chicas, apiñadas delante de los espejos de los cuartos de baño, turnándose para usar el único enchufe de la casa que no hacía saltar los fusibles al conectar el secador de pelo.

Romain y los muchachos del Far Niente estaban en el gran salón enrollando alfombras, arrimando los muebles a las paredes, preparando el bar, mientras uno de los amigos pinchadiscos de Giada preparaba los platos y los altavoces. Con tanto alboroto fui la única que oyó sonar el timbre.

Abrí la puerta a una pelirroja en minifalda y con una chaqueta azul afelpada, con pinta de haber caminado mucho para llegar a la casa.

—Vengo por Loic —dijo, pero si él la hubiese estado esperando, le habría dicho que utilizara la entrada lateral por la que se accedía al ala de la familia.

No quiso decirme su nombre, así que la dejé en el vestíbulo, me metí por el estrecho pasillo debajo de la escalera y golpeé la pared hasta que Loic abrió la puerta con la camisa desabrochada y el pelo húmedo y revuelto.

Más tarde me diría que la chica se llamaba Élodie. Era una de sus amigas prostitutas de la avenue Foch, que había ido a pedirle dinero para pagar a la canguro

que retenía a su hijita como garantía. Pero en el vestíbulo la chica recibió a Loic con cara de niña pillada en falta y se limitó a mirarme sin soltar una sola palabra hasta que me fui.

—Lita, tenía que ir a la farmacia a buscar unos medicamentos para mi abuela antes de que cierre. ¿Puedes ir tú por mí?

—Claro —contesté, porque Loic no era de pedir favores. Era de los que suelen hacerlos sin recibir siquiera las gracias.

La noche era cálida, el último coletazo del veranillo de San Martín antes de que los días azules del invierno llegaran para aplastarnos. En nuestro tramo de la rue du Bac había tres farmacias, pero Loic me dijo que fuera a la de la esquina de Varenne, que tenía un anuncio de pastillas adelgazantes en el escaparate. Unas cuantas personas esperaban en la cola serpenteante arrimada a la pared. Gente mayor en su mayoría y un tipo joven que iba delante de mí y que quería comprar condones. Pensé en Ajax, mi enciclopedia favorita de conocimientos inútiles, que durante una clase de educación sexual de la secundaria le contó a la profesora que los condones se habían inventado en Condom, Francia.

El chico que iba delante de mí no terminaba de decidir qué marca quería, de modo que la farmacéutica le describió las ventajas de cada preservativo, mientras yo intentaba contener la risa.

Alguien me tocó el brazo con la mano helada. Me volví y vi a Cato, la luz de los fluorescentes de la farmacia se reflejó en sus ojos verdes.

—Me has dado un susto —dije, aunque estaba encantada, y sus manos, pese a estar heladas, me habían producido un calor inesperado.

—Lo siento. —Metió las manos en los bolsillos de los tejanos—. Solo quería saludarte.

Llegó mi turno, le entregué a la dependienta la receta de Séraphine y esperé mientras iba a buscar los medicamentos.

—Pensaba que ya no estabas en París.

—Me iré pronto.

Lo tenía a mi lado, con la boca entreabierta como si fuera a decir algo, pero no lo hizo.

—Esta noche damos una fiesta en la casa —comenté tratando de sonar espontánea—. Puedes venir si quieres. Trae a tu primo y a quien te parezca.

Saqué del bolso una de las tarjetas que me habían dado para repartir, aunque hasta ese momento no había entregado ni una.

—Tendrás que enseñar esta tarjeta para entrar.

Sostuvo la tarjeta entre los dedos, la miró y sonrió.

—Gracias. La verdad es que no me gustan las fiestas.

—Ya.

Procuré no mostrarme afectada por su negativa, como si él fuese un tonto cualquiera del barrio al que acababa de invitar por pura cortesía o lástima. Era sábado

por la noche. Seguramente tendría otros planes. Quizá había ido a la farmacia a comprar condones como el chico al que acababan de despachar. Eché un vistazo para comprobar si fuera lo esperaba alguna chica, pero él no llevaba nada en la mano, y fuera no vi a nadie.

—Gracias por invitarme —dijo, y se metió la tarjeta en el bolsillo.

—De nada.

Mi pena se convirtió en fastidio. Al menos podría haberse inventado una excusa mejor que eso de que no le gustaban las fiestas.

La farmacéutica hizo la cuenta y pagué con el dinero que me había dado Loic. Mascullé un adiós e iba a marcharme cuando Cato me tocó otra vez el brazo con sus dedos helados.

—Lita, espera... Iré a vuestra fiesta. Te veré allí.

SérAPHINE no iba a salir de su habitación ni a recibir invitados; no obstante, se había tomado la molestia de maquillarse para la ocasión, de ponerse joyas para la velada, un chal bordado sobre los hombros y unos broches brillantes en el pelo blanco.

Estaba preciosa, y se lo dije cuando fui a dejarle los medicamentos. Me clavó la vista durante un buen rato, y empecé a preguntarme si no le habría dicho algo inconveniente.

—¿Qué te ha pasado, *chérie*?

—¿A qué se refiere?

—Estás muy cambiada desde la última vez que te vi. ¿Cómo explicarlo? Es como si tu cuerpo estuviese aquí, pero tú... tú, querida mía, estuvieses en otra parte.

Le conté que en la farmacia me había encontrado con un chico que me gustaba y que le había dado una de esas estúpidas tarjetas para la fiesta.

Enseguida puso cara soñadora y empezó a hablarme con todo detalle sobre un tal Guillaume al que había conocido en una farmacia de la rue de La Boétie hacía como mil años, pero él se había marchado a Indochina, de donde no regresó jamás.

—¡Ay! Pero ahora tenemos entre manos un asunto más serio —anunció y volvió a fijarse en mí—. Ese vestido que llevas ya no te servirá porque ese chico te lo ha visto. Ahora es un vestido que te pones para ir a recoger recetas. Un traje para los recados, no para fiestas. Tienes que ponerte otra cosa. Al menos un vestido de otro color.

—Es el único que tengo.

—¿El único? ¿Cómo es posible?

—No tengo otro.

—Muy bien. Habrá que arreglarse con lo que hay. ¿Te importa que le hagamos unos retoques?

Pensé que se refería a ponerle una faja o un broche, pero agitó la campanilla para llamar a Violeta, su criada predilecta, y, cuando esta apareció, SérAPHINE me señaló como si yo fuese un problema de fontanería.

—Violeta, llévate ese vestido y súbele el dobladillo al menos medio metro. Como mínimo. Y quítale las mangas. Date prisa, por favor.

Me metí detrás del biombo de Séraphine y me quité el vestido. Se lo lancé a Violeta y vi mis iniciales donde mi madre las había cosido con hilo turquesa en el lugar de la etiqueta. Me invadió una ola de nostalgia al recordar cómo me había subido al bloque de madera del cuarto de costura de mi madre para que me tomara las medidas, mientras ella tarareaba canciones antiguas de su tierra.

Séraphine me pidió que me pusiera una de sus batas de seda que colgaban de un perchero detrás del biombo mientras esperaba que me arreglasen el vestido. La obedecí y me senté en el diván junto a su cama. Me pasó su pitillera de plata para que me sirviera un Dunhill. Encendió su cigarrillo con mano sorprendentemente firme y gesto veloz, al mismo tiempo que me miraba entrecerrando los ojos.

—¿Por qué llevas esas botas horrendas, *chérie*?

Me las había dejado puestas cuando me quité el vestido.

—Me gustan.

—¿No te preocupa que la gente piense que no tienes para comprarte unos zapatos mejores?

—¿Es eso lo que piensan? —pregunté encogiéndome de hombros.

—El otro día una de las chicas, no me preguntes quién fue porque no te lo diré, me comentó: «Admiro la falta de vanidad de Lita. No le importa lo que la gente piense de ella», y yo le dije: «Al contrario. Nuestra Lita ni se ha enterado. Esa es la diferencia entre la valentía y la inconsciencia».

—¿Está diciendo que soy una inconsciente?

—Claro que no. Eres una chica muy lista. Lo sabemos todos. Pero si alguien te pregunta, dirás que esas botas son de Saint Laurent, ¿de acuerdo?

Asentí para tranquilizarla, y solté una bocanada de humo que cruzó la habitación. Cada día fumaba mejor. Séraphine me dijo incluso que parecía que llevaba años haciéndolo.

—Fíjate, y yo que pensaba que entre tú y el corso había algo.

—¿Romain?

—Me comentan que te visita a diario.

—Leemos juntos. Le ayudo a mejorar en inglés.

—¿Y ese otro chico? ¿Dónde lo conociste?

—En la fiesta de Florian.

No mencioné que nos habíamos conocido en la calle mientras su primo hacía una pintada en el puente del Alma.

—¿Es francés?

—Eso parece. No sé mucho sobre él.

—Solo que te gusta.

Asentí.

—Muy bien, *chérie*. En otoño es cuando las chicas listas hacen como las ardillas

que almacenan nueces, y se buscan un amante para que las ayude a pasar el invierno.

Me reí; Séraphine esperó a que recuperara la compostura antes de seguir.

—Ríete, *chérie*, pero hazle caso a esta anciana. Si una chica no tiene un amante en invierno, corre el riesgo de caer en la melancolía, y si una chica pasa muchos inviernos melancólicos, pierde práctica en el amor, y después es casi imposible que la recupere. Recuerda que no se puede hacer una tortilla sin cascar los huevos.

Cuando le daba por filosofar, yo me limitaba a asentir con la cabeza. A veces la gente solo quiere que la escuchen, y es fantástico ver a alguien pasar de una conversación banal a revelar una parte de su vida interior. Séraphine se ponía muy contenta cuando la dejaban repartir consejos gratis o le daban un motivo para hablar de 1932, su año cumbre del siglo, cuando todo era aún espléndido y glorioso, y todos los hombres deseaban casarse con ella. Al menos así era como vendía su pasado. Durante los primeros veinte años de su matrimonio tuvo montones de amantes antes de que ella y Théophile lo dejaran y empezaran a ser fieles el uno al otro. Un elenco de hombres y unas cuantas mujeres —era la moda—, pero Philippe y Jean-Michel pusieron el broche de oro a sus memorias. Jean-Michel, el encargado de la casa de Biarritz, que la familia tuvo que vender en los años setenta, y Philippe, su amante favorito de todos los tiempos, un banquero canadiense al que había conocido en el Harry's Bar, en un momento en que su mujer había ido al tocador de señoras. Durante doce años Séraphine y Philippe les habían dicho a sus respectivos cónyuges que se iban a un balneario del Mont Blanc a pasar tres semanas, lo cual en cierto modo era cierto, si eres de esas personas que piensan en el sexo como medicina.

—Ahora que soy vieja puedo decir la verdad. —Así iniciaba sus confesiones íntimas—. La mayor parte de la gente no consigue casarse con la persona a la que realmente ama. Lo que más lamento es no haber tenido el valor de quedarme con mi Philippe, pese a que todos y todo en mi vida me decían que lo dejara.

Suspiró como si el recuerdo la hubiese dejado exhausta.

—Pero al final, *chérie*, no había nada que hacer. A las mujeres de mi generación nos educaron para traicionarnos a nosotras mismas de un modo que las de la vuestra jamás llegarán a conocer.

Violeta regresó con mi vestido deconstruido. Me puse lo que quedaba de él y salí de detrás del biombo para enseñárselo a Séraphine con cierta timidez, porque Violeta estaba presente y tanto ella como las otras criadas, cuando creían que nadie las oía, se referían a nosotras, las chicas, como «esas zorras». Pese a todo, siempre dejaban una bandeja con café y *brioche*s para dos frente a la puerta de Tarentina las mañanas en que alguien se quedaba a dormir con ella.

Le di las gracias a Violeta por arreglarme el vestido, ella masculló algo incomprensible y me entregó la tela sobrante, en retales de distintos tamaños. Fui al espejo de cuerpo entero en un rincón del cuarto y me miré los brazos y las piernas desnudos, tratando de no pensar en lo que diría mi madre si llegaba a enterarse de lo que había permitido que hicieran con su regalo, un vestido que jamás recuperaría.

—Es demasiado cor...

SérAPHINE levantó la mano para pedirme silencio.

—Es perfecto. Hay que romper la cáscara para llegar a la almendra.

—No me siento cómoda.

—*Chérie*, debes recordar que para ser hermosa o audaz, solo debes creértelo y los demás también lo creerán.

—Nunca he querido ser hermosa.

—Todos queremos serlo —afirmó echándose a reír, pero calló cuando se dio cuenta de que yo no bromeaba—. *Chérie*, estás empezando a saber quién eres. Disfruta esta noche con tu nuevo vestido. Mañana ya podrás volver a ser la chica que crees que eres.

A las diez de la noche, la terraza, el vestíbulo y el salón estaban llenos de invitados con una copa arrimada al pecho. Las demás chicas estaban divirtiéndose en la fiesta mientras yo esperaba en lo alto de la escalera para ver aparecer a Cato por la puerta. A medianoche seguía sola en el rellano del primer piso. Tarentina subió a buscar un paquete de cigarrillos, unos mentolados de diseño que traía en cartones de sus viajes.

—¿Qué haces aquí arriba? Tienes cara de destierro.

Se sentó a mi lado, me ofreció un cigarrillo y su encendedor de oro preferido, aunque tenía un cajón lleno, la mayoría grabados, regalo de hombres.

Lo encendí con calma para no tener que contestarle.

—Lita, insisto en que me cuentes a qué viene esa cara triste y por qué estás aquí sentada, arrugando tu diminuto vestido.

Le conté lo de Cato, que nos habíamos visto en el parque y hacía un rato en la farmacia.

—¡Por eso querías que invitara a Sharif! ¿Por qué no me lo pediste? Tengo por norma no invitar a nuestras fiestas a los chicos con los que me he acostado. Empiezan a actuar como novios y no lo soporto. Pero habría hecho una excepción con tal de conseguirte a Cato.

—Ya no importa. Yo misma lo he invitado.

—Has hecho muy mal. No deberías haberlo hecho. Deberías haberle hablado de la fiesta sin invitarlo. A los hombres les gusta que los torturen.

Me puso el brazo sobre los hombros.

—No puedes ser tan sincera. Ese tipo de energía repele a los hombres. Francamente, no sé quién ha corrido la voz de que eres lista. Te queda mucho por aprender. Menos mal que aquí estoy yo para completar tu educación.

—¿Qué tal el ambiente allá abajo? —Estaba cansada de hablar de mí misma.

—No está mal. Giada ha acorralado a gran parte de los borrachos revoltosos en el jardín. Allí pueden mear y vomitar en los arbustos, que nadie se dará cuenta. Me ha dicho Camila que Maribel y Florian se han ido juntos.

—No —dije señalando la puerta cerrada del cuarto de Maribel. Poco antes habían pasado delante de mí tras subir la escalera.

—Ah, claro.

—¿Qué tal Loic?

—Como siempre. Dominique y él son los felices anfitriones de la fiesta; se comportan como un matrimonio. Por la mañana no se hablarán y Dominique caerá en otra depresión hasta que en la próxima ocasión todo vuelva a empezar. Ya sabes que las relaciones castas suelen ser las más retorcidas.

Con Tarentina no hacía falta responder para que ella sola llevara toda la conversación.

—Hace años, cuando vine a vivir a esta casa, estaba colada por Loic. Porque fue muy amable conmigo, ya sabes, me enseñó París como hace ahora contigo. Nunca se me insinuó y yo supuse que era de los tímidos, así que decidí facilitarle un poco las cosas, me desnudé y lo llamé para que viniera a mi habitación. ¿Sabes lo que hizo cuando me vio en la cama esperándolo? Se tapó los ojos, me pidió que me vistiera y me dejó ahí tirada en la cama desnuda. ¡Desnuda! Así que le pregunté qué problema tenía y me puso esos ojitos abatidos y tristes que pone él siempre y me dijo: «Eres demasiado buena para mí, Tarentina». Yo le contesté: «No me vengas con esas estupideces, Loic. Tú y yo sabemos que no soy demasiado buena para nadie». Pero no hubo manera, salió de mi cuarto. Aquel día aprendí una cosa, Lita. Que los hombres se odian un poco. Hay casos más graves que otros, pero no hay hombre que no sienta un odio discreto por sí mismo, y cuando una chica entiende eso, resulta mucho más fácil tratarlos. Fíjate en mi padre, por ejemplo. Ya sabes que mató a mi madre, ¿no? Estoy segura de que alguien te lo habrá contado.

Asentí.

—Creía que mi madre estaba enamorada de otro, a lo mejor lo estaba, ¿y qué si era así? Le disparó al corazón y la sostuvo en brazos mientras ella agonizaba, llorando como un desesperado, y después escribió una estúpida nota en la que decía que nunca se perdonaría, y por eso se pegó un tiro en la cabeza. Una mujer nunca haría nada semejante. Una mujer se lavaría las manos manchadas de sangre, pensaría un modo de negarlo, y seguiría adelante con su vida. Lo que ocurre es que los hombres nacen culpables. Las mujeres estamos hechas para perdonar, amar y volver a perdonar. Los hombres están hechos para la guerra y, como vivimos casi siempre en tiempos pacíficos, vuelven esa violencia contra sí mismos. Lo que quiero decir es que debes aprender a salir adelante en la vida sin ponerte sentimental con los hombres porque nunca se merecen el esfuerzo.

—Entiendo.

—Seamos sinceras, Lita. Cato se mostró un pelín raro, ¿verdad? No abrió la boca en toda la noche, estuvo como acoquinado en un rincón. Tenía un puntito primitivo, como ese niño salvaje que encontraron hace unos años corriendo a cuatro patas por el bosque. Un científico se lo llevó a su casa y trató de domesticarlo, pero el chico no

soportaba la cautividad, así que tuvieron que soltarlo.

—¿En serio?

—No, acabo de inventármelo. No sé cómo acabó la historia porque a nadie le interesó seguirla hasta el final. Cuando te acostumbras a ellos hasta los engendros resultan aburridos.

Me hizo reír tanto que no oí el timbre de la puerta cuando sonó ni la primera vez que Loic gritó mi nombre desde el vestíbulo. Tarentina y yo nos asomamos y seguimos con la mirada la curva de la barandilla hasta abajo. Al pie de la escalera, al lado de Loic, estaba Cato; miró las caras buscándome en todas partes sin que le diera por levantar la vista.

Me besó en ambas mejillas. Era la primera vez.

—Me gusta tu vestido —me dijo.

Intenté no sentirme como una farsante. Lo llevé al salón donde estaba el bar. La estancia atestada de gente, la música atronadora. Romain nos observó desde detrás de la barra. Nos sirvió dos copas del ponche que esa tarde yo había contribuido a preparar. Llevaba cuatro o cinco marcas baratas de ron compradas en el supermercado Monoprix, zumos variados y un paquete de azúcar. Romain nos había advertido de que no bebiéramos demasiado —las bebidas de calidad estaban detrás de la barra, reservadas para los residentes y nuestros invitados especiales—, pero Cato aceptó la copa que le sirvieron y yo también, aunque cuando nos arrimamos a la pared mientras charlábamos con Saira y Stef, luego con Naomi y Rachid, me di cuenta de que no había probado ni un sorbo. Yo no fui tan moderada, la bebida me quemó la garganta, pero estaba demasiado absorta tratando de digerir el asombro que me producía Cato. No hablamos, pero noté una conversación entre los dos, y me invadió el vibrato de la música, una sinfonía electropoptecno, y la presión de los cuerpos que nos rodeaban en el salón, hasta que aquello nos superó. Los dos nos volvimos hacia las puertas de cristal que daban al jardín y nos miramos. Cato me cogió del brazo, se abrió paso entre la gente, como si él fuera el residente y yo la invitada, y me llevó a la terraza, cruzamos el jardín y nos acercamos al banco de piedra que había al fondo.

Nos sentamos, tal vez demasiado pegados, porque se apartó un poco, y me inquieté, quizá Tarentina tenía razón y yo lo estaba ahuyentando con mi actitud, pero enseguida me rozó la mano con la punta de los dedos, un toque suave y rápido; me quedé mirándome la palma y esperando que volviera a hacerlo. Mis padres, criados sin afecto físico, se habían volcado en sus hijos sin medida, nos colmaban de achuchones, nos acercaban siempre a su pecho para besarnos en la cabeza, nos humedecían las mejillas con sus besos. La caricia de Cato me resultó incitante, cargada de secretos que quería para mí sola.

—No puedo quedarme mucho rato.

Lo que faltaba, estaba planificando la huida.

—No hablas mucho, Lita.

—Casi nunca sé qué decir.

—Pues di algo. Dime lo que estás pensando.

—¿Por qué tienes que irte?

—Ya te lo he dicho. No me gustan las fiestas.

Miró hacia la casa. Era tal como Théophile la había descrito: luces que brillaban como estrellas, esas que, ocultas tras el cielo encapotado, no se veían.

—¿Cuál es tu habitación?

Le señalé la ventana que estaba encima de las cortinas cerradas de encaje del cuarto de Séraphine. Había dejado la luz de mi escritorio encendida y mi diario abierto en una página en blanco.

—Tengo que irme, Lita.

—Ya lo sé. Ya me lo has dicho.

—Tengo que irme, pero esta noche he venido para preguntarte si podemos vernos unas horas antes de que vuelva a casa. Tal vez mañana, si no estás ocupada.

—¿Cuándo te marchas de París?

—Debería haberme ido ya.

—¿En casa te espera algo? —Dije «algo», aunque en realidad quería decir «alguien».

—No, solo tengo que volver. —Se levantó—. ¿Puedo pasar a buscarte mañana alrededor de mediodía?

Me encantó su manera de mirarme mientras esperaba una respuesta y el modo en que le brillaron los ojos cuando asentí.

—¿Me acompañas a la puerta?

Me tendió la mano y yo le di la mía, me sujetó los dedos con suavidad, fuimos hacia la casa y nos abrimos paso entre el gentío. Fui con él hasta el pie de la escalera de entrada, tratando de frenar el impulso de seguirlo cuando lo vi alejarse en la niebla.

6

Caminamos hasta Saint-Germain, atravesamos los jardines de Luxemburgo, bajamos por la rue Mouffetard y cruzamos el muelle hasta la isla de San Luis. Nuestros hombros se rozaron al abrimos paso entre los grupos de peatones; por lo demás, no nos tocamos.

Hablamos únicamente de las cosas que nos rodeaban; la gente de la calle, como el violinista en Étienne Marcel con la pitón enroscada a la cintura, el tipo que sacaba algo de dinero tocando el acordeón delante de los almacenes Printemps, acompañado de un gato y un perro drogados y metidos en un carrito, para simular que dormían juntos, o los bailarines de break vestidos de payasos cerca del Pompidou. Nos tomamos un café en el Trésor y escuchamos disimuladamente a una pareja que discutía. Se tomaban de la mano por encima de la mesita hasta que él apartó la suya. Le dijo que quería dejarla, pero ella se negaba a aceptarlo. Escuchamos cómo le suplicaba que le explicara por qué, hasta que al final él reconoció que había otra, Ophélie, una conocida de ambos. Pensé que la chica se echaría a llorar, pero lo llamó «connard», se levantó y se fue. Me enorgulleció su reacción. Creo que a Cato también.

Caminamos sin rumbo, y sentí que algo arraigaba dentro de mí.

Comprendí que iba a quererlo.

Quien nos observara seguramente pensaría que éramos más callados que un muerto, y que nos conocíamos desde hacía poco, pero esa idea, esa percepción, era para mí tan real como el dolor de pies cuando paramos para que pudiera sentarme en el alféizar de una tienda y aflojarme los cordones de las botas.

Seguimos en dirección a la plaza de la Concordia. Al pasar por delante del antiguo teatro de la ópera, pregunté por qué no tomábamos el metro. Era más práctico.

—Allá abajo no se ve nada.

—Ves a gente.

—No me gusta la sensación de estar bajo tierra. —Cato insistió en su negativa.

Cogimos el autobús. Sentada al otro lado del pasillo viajaba una joven pareja que no paraba de besuquearse. Traté de mantener los ojos clavados en la ventanilla, en las hordas de turistas que llenaban la parte alta de la rue de Rivoli hasta el final arbolado de los Campos Elíseos y los típicos grupos de parejas asiáticas haciéndose fotos, que viajaban gracias a uno de esos paquetes llamados «Cásate en París». Cato quería cruzar el puente Alejandro III, su preferido, y cuando íbamos por la mitad, me tocó el brazo.

—Aquí es donde nos conocimos.

—No, nos conocimos en la antorcha.

—No, en el puente. Primero estaba detrás de ti, y después a tu lado. Fue la primera vez que me miraste.

Sacó del bolsillo un rotulador negro muy gordo, como el que Sharif había usado la primera noche para escribir en la pared de piedra del puente del Alma. Se inclinó sobre el parapeto del puente, se estiró hasta alcanzar el carro dorado que colgaba sobre el río y con la manga limpió una zona del bronce libre de pintadas. Y en la estatua escribió «Lita et Cato» y me miró con una sonrisa leve.

—Así, cuando cruces este puente te acordarás de que estuviste aquí conmigo.

Pensé que era un momento estupendo para un beso, pero nada. Nos sonreímos, en el cielo retumbaron los truenos, y echamos a andar otra vez.

Íbamos a paso lento y la lluvia caía torrencial. No tardamos en quedar calados hasta los huesos, la ropa empapada, la lluvia nos goteaba de los labios y de la nariz. Nos cobijamos en los portales que había en el muelle, y al fin llegamos a la Casa de las Estrellas justo cuando el viento comenzó a arreciar. Me senté en el suelo del vestíbulo, me quité las botas y los calcetines que chorreaban agua mientras Cato se quitaba la sudadera y se quedaba en camiseta, flaco y tembloroso, los hombros puntiagudos y la columna marcada. No había esperado que me acompañara hasta casa, pero ahí estaba, y yo aún no había pensado qué hacer con él. Era una casa grande, perfecta para fiestas, pero cuando tenías un solo invitado el único sitio donde llevarlo era tu dormitorio.

Séraphine nos oyó entrar y me pidió que fuera a su habitación. Dejé a Cato en el vestíbulo y me la encontré en la cama, con una manta tejida al ganchillo encima de los hombros, las gafas bifocales en la punta de la nariz, y un libro antiguo y polvoriento sobre el regazo.

—¿Te has caído al Sena, *chérie*?

—Nos ha pillado la lluvia.

Me aparté el cabello del cuello y lo retorcí hasta formar un moño.

—¿El chico y tú?

—Está en el vestíbulo.

—Dile que venga.

Me demoré un momento en la penumbra del pasillo para espiarlo mientras miraba el patio y veía la lluvia golpear las ventanas. Era hermoso. Lo comprendí al verlo allí, en ese momento, capturado en el fulgor blanco y azul de la tarde lluviosa.

—Séraphine quiere conocerte.

Le había hablado de ella, aunque no lo suficiente para prepararlo para el encuentro con aquella Séraphine de alabastro rodeada de antigüedades, reclinada como una esfinge. Se la presenté del modo formal, como condesa, algo que ella pareció agradecer. Nos ofreció cigarrillos de su pitillera de plata grabada, un detalle especialmente amable por su parte, porque guardaba aparte una caja de Dunhill para los invitados y ofrecía cigarrillos de su reserva personal únicamente a sus preferidos.

Acepté uno, pero Cato lo rechazó.

—¿No fumas?

—No, señora. Nunca.

Séraphine enseguida se mostró desconfiada.

—¿Qué clase de nombre es Cato?

—Un apodo que me puso mi madre. Así me han llamado toda mi vida, señora.

—¿Y tu nombre de pila?

—Felix.

—¿Felix y nada más?

—Felix Paul.

—¿Felix Paul qué más?

—Felix Paul de Manou, señora.

Con disimulo guardé el cigarrillo en la pitillera de Séraphine, me aparté de su cama y me arrimé a la pared, preguntándome si no era extraño que no se nos hubiese ocurrido preguntarnos cómo nos apellidábamos.

Séraphine notó mi retirada, miró a Cato, luego a mí y otra vez a Cato.

—De Manou no es un apellido corriente.

—No, señora. No lo es.

—De hecho es poco común, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Tienes algo que ver con...? —Hizo una pausa, carraspeó y volvió a empezar

—: ¿Tienes algo que ver con... con Antoine de Manou?

—Sí, señora.

—Es tu...

Esperó pero él no dijo nada.

—¿Es tu... tu tío abuelo?

—No, señora.

—¿No?

—No.

—¿Y qué es respecto a ti, entonces?

Me enfadé. Nunca se tomaba tantas molestias con ninguno de los demás chicos que venían por la casa.

—Es mi padre.

Séraphine abrió tanto los ojos que parecieron embalsamados.

—¿Tu padre? Imposible.

Creo que esperaba que él intentara convencerla de lo contrario, pero siguió allí de pie, esperando tranquilamente lo que viniera.

—¿Cuántos años tienes, Felix?

—Veintidós.

—¿Eres su hijo?

—Sí, señora.

—¿Sabías que se rumorea que estás muerto?

Me pareció una grosería por su parte, por más que se rumoreara, pero no dije nada.

—Como puede ver, señora, no es verdad.

—¿Y tu madre?

—Mi madre sí está muerta.

—Pero no por la bomba.

—No. Un accidente de coche.

—Ah, sí, ya me acuerdo. —Le estaba viniendo todo a la memoria—. Te llevó de aquí...

—Me llevó a Normandía, señora. París nunca le gustó. Era lo mejor para nosotros.

—¿Tu padre sigue en la casa de Vaneau?

—Sí, señora.

—¿Y nunca volviste a vivir con él?

—Prefiero el campo, señora.

Le echó una mirada y dijo:

—En el campo debe de haber mucha tranquilidad. Mi médico me dice siempre que si me fuera a la costa le haría un bien a mi salud. El aire es de mejor calidad, bueno para los pulmones. ¿Tú qué opinas?

—Es una recomendación sensata, señora, aunque aquí tiene una casa muy bonita.

En un par de minutos Séraphine se había enterado de más cosas sobre Cato que yo en seis horas deambulando por las calles de París. Soy de las que piensa que hay que dejar que las personas te cuenten lo que quieran. A la que empiezas a hacer preguntas, les das derecho a que te las hagan a ti, y no me gustaba nada que la gente me preguntara cosas sobre mí, me quedaba siempre con la sensación de que, dijera lo que dijese, era mucho o demasiado poco. Por ello decidí poner fin al interrogatorio en ese mismo instante y le comenté a Séraphine que la dejábamos para que siguiera leyendo.

Cato le dijo que le había encantado conocerla. Fui hacia la puerta y le hice señas a Cato para que me siguiera, pero Séraphine dijo antes de que saliéramos:

—Felix, por favor, dile a tu padre que Séraphine de la Roque le envía recuerdos.

En el vestíbulo Cato recuperó la sudadera del perchero y metió los brazos en las mangas húmedas. No quería que se fuera, pero no estaba preparada para que se quedase. Así, descalza, él me sacaba cinco centímetros. Nos detuvimos en la puerta y quedamos en encontrarnos a la tarde siguiente. No me besó, ni siquiera una *bise* de despedida, así que no logré pensar en otra cosa al verlo cruzar el patio bajo la lluvia, y esperé que volviera la vista atrás, hacia la Casa de las Estrellas, pero no lo hizo.

En cuanto Cato se marchó, me resultó imposible evitar que Séraphine se pusiera a contármelo todo: cómo había conocido a Antoine de Manou en los años cincuenta, cuando él acababa de regresar de Suez. Más tarde, él se marchó a Argelia y pasaron muchos años sin que se vieran. Siempre había sido un chacal, me contó Séraphine,

pero ahora era un chacal viejo con dinero, con experiencia y con influencias, la combinación más peligrosa de la vida. Fue diputado hasta que se cansaron de sus bufonadas radicales. Ahora formaba parte de la Asamblea Nacional con su propio partido político, cuyo objetivo principal era encerrar el país detrás de un muro para impedir la entrada a la gente como yo. Pensé que Séraphine se refería a los americanos, pero me aclaró chillando:

—¿Lo ves, *chérie*? Es parte de tu problema. Ni siquiera sabes lo que eres. No importa de qué país vengas, si eres barrendera o de sangre verde y el dinero corre por tus venas, porque Antoine de Manou odia a todos los extranjeros sin distinción. Es lo peor de Francia, *chérie*. Lo peor. Con razón el chico nunca te ha hablado de él.

Me contó que habían puesto una bomba en el apartamento de Antoine cuando Felix era aún un bebé. Tal vez fueran los vascos, los argelinos o los corsos. Nunca llegó a saberse; lo odiaba mucha gente. Excepto sus seguidores, un núcleo reducido pero devoto. Hasta el diablo, dijo Séraphine, tiene sus fans.

—Aunque no lleve más que unas gotas de la sangre de su padre, debes ir con mucho cuidado, Leticia.

Le dije a Séraphine que Cato era diferente. Lo único que tenía de francés era el idioma.

—Aun así, es mucho.

—Tal vez en tu generación. En la mía, no.

—*Chérie*, un sabio dijo que los racistas, los avaros y los santos son siempre los últimos en darse cuenta de que lo son.

—¿Qué sabio lo dijo?

—Mi Théophile. A veces sabía ser muy sabio.

—No creo que tenga importancia quién es su padre.

—Por supuesto que no lo crees. Tu padre es el Oliver Twist colombiano. —Soltó una carcajada; tuve la impresión de que no era la primera vez que se refería a mi familia en esos términos—. No entiendes lo que son los linajes y la genealogía ni por qué estas cosas tienen su importancia. Empiezo a pensar que, en tu caso, quizá sea demasiado tarde, Leticia. Es posible que nunca llegues a entenderlo.

—No podemos elegir a nuestros padres, al igual que no podemos elegir a nuestros hijos.

Aunque me había ofendido, me arrepentí enseguida de mis palabras.

—Lo siento —dije, pero en cierto modo mi disculpa no surtió efecto y Séraphine me miró fijamente mientras negaba despacio con la cabeza.

—Eres muy joven, Leticia. La vida se encarga de poner en su sitio a los arrogantes. Me recuerdas que soy una mujer muy, muy vieja cuando te miro a la cara y sé que no harás ni caso de nada de lo que te diga.

Pensé en mis padres, me acordé de mi madre cuando me contó que supo que pasaría toda su vida al lado de mi padre. Lo había visto desde la ventana del convento. Fue en Bogotá, el cielo estaba encapotado, y él había trabajado durante

horas colocando la verja antes de ponerse a comer debajo de un árbol, al borde del jardín del convento. Mi madre no le vio bien la cara, pero decía que podía haber llevado una venda en los ojos, porque aquella mañana había tenido un presentimiento; incluso antes de que él llegara, había sabido que él era la persona a la que llevaba esperando desde siempre. Hablaron semanas más tarde, cuando el trabajo de la verja estaba casi terminado y ella salió al jardín a llevarle un trozo de pastel que había sobrado del cumpleaños de una de las monjas. Oír la versión de mi padre era como estar oyendo una receta, un poema que le recitaba al cielo todas las noches que durmió en la cama improvisada con los asientos de coches viejos en un rincón del taller de su jefe. En su ruego pedía una mujer sin raigambre como él, una mujer con la que formar una familia y construir un sueño, una mujer con la que pudiera tener una meta y encontrarse a sí mismo.

Mi hermano y yo nos reíamos de la anticuada historia de amor de nuestros padres. Comprendíamos que habían hallado refugio el uno en el otro, pero pensábamos que aquello no iba con nosotros, de modo que no confiaríamos cándidamente en la divina providencia. Nuestros privilegios americanos llevaban consigo cierta dosis de esterilidad y de cinismo de la que ahora, por extraño que pudiera parecer, me alegraba despojarme. Era como si mi sangre hubiese estado fluyendo despacio en mí durante años y, al alterar Cato mi pulso, había cambiado de curso. Daba igual lo que me contasen sobre el apellido que llevaba; estaba segura de que había encontrado un nuevo trozo de mi vida en Cato, que se interponía en mi destino como queriendo reclamar parte de mi herencia.

Ya había estado en el museo Rodin con Loic. Cato no quería entrar, sino ir a la parte de atrás, al jardín, por los senderos de grava que bordeaban el recinto flanqueado de árboles, más allá de la fuente, hacia la esfera de bancos ocupados por viajeros cansados y enamorados parisinos que apoyaban la cabeza sobre el regazo de su pareja. Compró un sándwich en el café junto al seto y nos sentamos en un banco vacío al final de los jardines del museo.

Me ofreció la mitad del sándwich y lo acepté.

—Me voy mañana, Lita. Tengo que regresar a casa.

—¿Tienes trabajo?

—Sí, pero no es por eso que tengo que volver.

—¿Es por tu novia?

—No.

—¿Por qué entonces?

—Me encanta estar contigo.

El comentario me produjo vértigo.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—No soporto París. —De pronto se le ensombreció la cara—. Esta ciudad me pone enfermo.

—¿Qué quieres decir?

—Cada día que estoy aquí busco el horizonte y con tanto edificio no lo encuentro. Busco la tierra y solo hay cemento. No puedo quitarme el ruido de la cabeza. Y el aire. ¿No notas qué pesado es?

Inhalé profundamente. Aire fresco, seco, fragancia otoñal de hojas y ceniza.

—Es aire, nada más.

—Es agobiante. Aquí me falta el aire de verdad, me siento como un zombi rodeado de millones de caras de sufrimiento.

Me miró muy serio, casi como si yo fuera la culpable.

—No estoy hecho para vivir en la ciudad. Necesito el aire del mar. El cielo abierto. Necesito caras amigas. Me gustaría que vieras el lugar donde vivo, entonces entenderías lo que te digo.

El sol de octubre nos calentaba la cara. El ruido era el canto de una ciudad consciente, palpitante. Había días en que nos enterábamos de que los niveles de contaminación habían subido, entonces solo circulaba la mitad de los coches, y el gobierno recomendaba no salir de casa; en cuanto al sufrimiento, en el mes que llevaba en Francia había presenciado tres o cuatro huelgas: de los vascos, de estudiantes universitarios y de taxistas. Pero son cosas que ocurren en la vida, en una sociedad, en una civilización.

—Todos los sitios tienen sus inconvenientes —dije—. A mí me encanta París por

lo que es, no por lo que no es.

—Intento decirte que no puedo quedarme un solo día más.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana en el tren de las siete.

—¿Ya has comprado el billete?

Asintió y nos miramos, pero no dijimos nada más.

Me preocupo demasiado. No puedo evitarlo. Es algo congénito. Me preocupo demasiado por la vida, en especial, por las personas. Santi decía que se debía a los genes de inmigrante; los inmigrantes están genéticamente predispuestos a preocuparse demasiado por la vida, por eso se meten en toda suerte de situaciones enrevesadas con la esperanza de un mañana mejor. Ese tipo de esperanza es una enfermedad. Si llevas el cromosoma de la fe, serás incorregible por partida doble porque siempre pensarás que tu desgracia es el preludio de algo mejor.

De manera que se marchaba.

Mastiqué el último bocado del sándwich con mi mejor cara de «je m'en fous». Cato me observaba, pero yo observaba la fuente, los sitios donde las monedas de los deseos plateaban el agua. Formulé un deseo en silencio, sin lanzar un centavo, para que Cato cambiara de parecer y llegué a pensar que lo había hecho cuando me tocó el brazo suavemente, pero solo fue para decirme:

—Te acompañaré a casa.

—No hace falta.

Se quedó perplejo y me alegré. Que se sintiera confuso, se lo tenía merecido.

—Pareces disgustada, Lita.

—¿Por qué debería estarlo?

—Porque me marchó.

—Tienes que seguir con tu vida. Además, casi no nos conocemos.

Loic, el actor que no ejercía, se habría quedado impresionado con mi actuación.

Me levanté y caminé un trecho hacia la fuente antes de darme la vuelta para verlo, aspirando como si no me bastara el aire supuestamente asqueroso que nos rodeaba.

—Gracias por esta tarde tan agradable.

Ya me había hecho la película, esperaba que se levantara y me siguiera. Cuando crucé la rue Barbet de Jouy las mejillas encendidas, comprendí que Cato no tenía intención de seguirme.

Mis padres siempre se enorgullecieron de sus modales, lo cual no deja de tener su gracia porque los dos se criaron como florecillas del campo. Las monjas enseñaron a mi madre a ser callada, modosita y prudente, pero esas cualidades son distintas de los modales necesarios para comportarse en la mesa o en una fiesta. Mi madre los aprendió de una señora de Park Avenue, en cuyo apartamento hacía la limpieza poco después de haber llegado con papi. La señora era una gruñona, pero se encariñó con mi madre porque mami malcriaba a Byron, su estrafalario gato persa, y le preparaba solomillos tal como la señora quería. Después de enseñarle a servir el almuerzo, la

anciana señora invitaba a mi madre a sentarse con ella a la mesa y le daba lecciones sobre postura y cómo manejar los cubiertos. Santiago y Beto detestaban oír a mi madre hablar sobre sus días de portera y de criada, por más que nuestros padres insistieran en que el trabajo honrado no es ninguna vergüenza. Años más tarde, cuando la señora de Park Avenue murió, un abogado nos localizó en New Jersey y le comunicó a mi madre que en su testamento la señora le había dejado a Byron. Creímos que el animal estaba en las últimas, pero Byron logró recobrar fuerzas y vivió con nosotros diez años más, aunque Santiago le cambió el nombre y le puso Boyacá.

Casi siempre yo pasaba por ser una señorita, lo cual complacía a mis padres, pero nuestro padre también nos enseñó a defendernos en caso de que nos asaltaran, como le había ocurrido a él en los años en que vivió en la calle. Se tomó muy a pecho que aprendiera a protegerme porque mis padres tenían la idea de que muchos hombres son violadores en potencia. En el gimnasio de casa nos obligaba a practicar a dar puñetazos y a neutralizarlos, tomaba mis manos en las suyas y decía:

—Estas manos parecen delicadas, mi amor, pero no lo son. Estas manos son machetes.

Y después mandaba llamar a uno de los jardineros o de los empleados o a quien tuviera a mano, les pedía que trataran de atacarme para comprobar si yo era capaz de detenerlos. Uno tras otro intentaba acogotarme y yo me agachaba, le asestaba un puñetazo en el pecho con todo el peso de mi cuerpo, y así fue como Isidro, el electricista, acabó con una costilla rota.

No era intención de papi adiestrarnos para convertirnos en paramilitares ni nada por el estilo. Éramos pacifistas, y jamás tuve ocasión de usar la violencia hasta los catorce años, cuando gané el premio estatal de redacción y unas chicas que iban a clase de recuperación empezaron a llamarme «sucias putas espaldas mojadas», a amenazarme con hacer que deportaran a mi familia, a tirarme del pelo y a escupirme cuando me encontraban en los pasillos del colegio. Un día me siguieron hasta el aparcamiento. Me golpearon en el cuerpo, pero bloqueé los puñetazos que me lanzaron a la cara para que no me quedaran marcas y así no tener que contarles a mis padres lo ocurrido, pues ellos creían que sus hijos estarían a salvo viviendo en los suburbios. No quise cargar con la responsabilidad de que perdieran su visión inocente de mi mundo.

Aquel día, cuando dejé a Cato en los jardines del museo Rodin, me vino a la cabeza el recuerdo de los años que pasé aprendiendo a pelear aporreando el saco de arena para terminar golpeada y derrotada, lamiéndome yo solita las heridas.

Cuando regresé a la casa, Loic estaba encaramado en los escalones de la entrada, como era su costumbre, esperando a que alguien apareciera.

—¿Por qué lloras?

—No lloro. —Me restregué los ojos—. Es la contaminación.

Me senté a su lado prendiéndome al cigarrillo como si fuera un chupete —los

últimos rayos del sol de la tarde huían dando paso al frío vespertino—, y se lo confesé todo.

—Olvídalo —me aconsejó Loic—. Ya encontrarás a otro. Un chico de ciudad, no uno del campo.

Más tarde Tarentina trató de consolarme diciendo que probablemente Cato se había fijado en mí solo porque los chicos franceses creen que las morenas hacen unas mamadas espectaculares, y como no se lo demostré, decidió seguir su camino. Unas cuantas chicas nos instalamos por la tarde en su habitación, esperamos a que dejara de llover fumando y tomando el café que las criadas nos habían subido con galletas en una fuente de plata. Tarentina estaba tumbada boca abajo en su cama, diciendo que podía escribir un libro sobre los gustos sexuales de los hombres europeos, no unas memorias sino un manual con las anécdotas de sus años de trabajo de campo.

—¿Y por qué no lo escribes? —le pregunté.

—¿Para qué? Si ya nadie lee libros.

Naomi rebatió que Rachid y sus amigos decían que cuanto más blanca es la chica, más suelta de bragas.

—Eso es porque todo el mundo sabe que las gringas son fáciles —dijo Camila burlona.

—No hay chica que se vaya más fácilmente a la cama con cualquier tipo que una italiana de clase alta —comentó Dominique, y pensé que Giada se ofendería, pero se limitó a aclarar que era de todos sabido que las chicas más liberales con su cuerpo eran las de los regímenes comunistas, anteriores o actuales.

—Ya ves, Lita —explicó Tarentina, como si yo fuese la última en enterarme—, en París hay dos tipos de amantes: las románticas incurables en busca del amor y las que van detrás de un buen polvo exótico. El problema surge cuando estos dos objetivos chocan, como parece que ha ocurrido en tu caso. ¿Es así, chicas?

Buscó la aprobación de las otras, que asintieron con la cabeza y luego me miraron.

—Todo ese escarceo intercultural está bien para una relación ocasional. Pero, en las cosas del amor, las sensatas saben que lo mejor es quedarte con los de tu clase.

—Suenan a mentalidad un pelín cerrada.

—Tal vez, pero es la verdad. Da las gracias, querida, de que no se haya quedado por aquí lo suficiente para que llegaras a encariñarte en serio.

Noté todas sus miradas concentradas en mí.

—¡Por el amor de Dios —gritó Tarentina—, solo lo has visto tres veces!

—Cuatro —la corregí.

—Con todos los chicos guapos que hay en París —gimió poniendo los ojos en blanco—, tuviste que poner la mira en De Manou hijo. Qué increíble mala suerte.

No tenía idea de que ya se habían enterado de lo del padre de Cato, pero comprendí que en aquella casa no había modo de impedir los cotilleos.

—No sé de qué me hablas —dije, pero por la forma en que Tarentina me miró,

estaba claro que Séraphine debió de haberle contado nuestra conversación con todo lujo de detalles.

—Lita, te diré lo que todas las aquí presentes ya sabemos. Ese chico nunca podría ir en serio contigo, y es evidente que tú o vas en serio o no vas.

—Serías el hazmerreír de toda Francia —añadió Camila no sin cierto placer—. Además, seguro que ya tiene novia. Una del estilo de La Rochefoucauld.

—Estoy segura de que estaba dispuesto a tener una aventura —dijo Giada tratando de darme ánimos—. Pero que sepas que es como comprar un par de zapatos, llevártelos a casa y descubrir que no son para ti.

—¿Y se supone que soy un par de zapatos?

—El problema no eres tú, Lita. —Tarentina trató de exponerlo con menos crudeza—. No podías haber encontrado a nadie más auténticamente francés que el hijo de Antoine de Manou, y tú no podías haber sido más extranjera. Ahora lo que te hace falta es un amante provisional para mantenerte flexible hasta que encuentres a otro candidato. ¿Por qué no pruebas con Romain? Siempre está pululando a tu alrededor con toda esa tontería de la lectura. Y viene con las mejores recomendaciones.

Las otras chicas y ella intercambiaron sonrisas de complicidad.

—¿Se te ha insinuado alguna vez? —me preguntó Camila.

Reconocí que no. Aunque disfrutaba con la presencia de Romain y de sus atractivas piernas cruzadas sobre mi alfombra, mientras recitaba a Jack London, no había conquistado mi imaginación. El que persistía en mi subconsciente antes de dormirme por las noches era Cato, la imagen de su silueta alejándose en la oscuridad, bajo la lluvia, mirándome desde el otro lado de una calle desierta.

—Ay, chicas —suspiró Tarentina—, está claro que a esta ya la hemos perdido.

Fue un alivio cuando dejaron de intimidarme con sus conocimientos, pero Tarentina lanzó un último pensamiento.

—A la entrada de esta casa deberían poner un cartel para que todas las chicas lo vieran al llegar.

—¿Y qué pondría en el cartel?

—No es amor, es solo París.

Maribel se deprimía con frecuencia porque Florian no estaba dispuesto a dejar a Eliza. Dormía varias noches seguidas en el estudio y luego se pasaba una semana tirada en la cama mientras escuchaba una y otra vez «Savoir aimer» de Florent Pagny en su reproductor de CD, hasta que aparecía Florian por la Casa de las Estrellas, se plantaba delante de su puerta cerrada y le suplicaba hasta que al final ella accedía a dejarlo entrar. Los oía a través de la delgada pared que separaba nuestros dormitorios, el chirrido rítmico del somier metálico de su cama, el cabecero golpeando contra la pared de yeso, el murmullo de las promesas cuando él le decía que la amaba y las preguntas desesperadas de ella cada vez más audibles: «Entonces ¿por qué no la

dejas?».

Esa semana él adoptó la táctica de no responder. Tarentina decía que era para que ella no perdiera la esperanza, y para que la esperanza se mantenga no hace falta alimentarla mucho. Y añadía que Maribel era una idiota por plantearle exigencias. Sostenía que solo las mujeres más estúpidas se creen que las aventuras pueden tener vida fuera de la alcoba. Ella ya llevaba años con el Músico y su mujer aún no se había enterado. Y no era el único tipo casado de su lista, pero Tarentina era callada como una tumba, y sus hombres lo sabían, por eso seguían volviendo.

—Para tener éxito como amante —aconsejaba—, una chica no debe olvidar que la relación viene sin título de propiedad. El amor y los celos son síntomas de que la aventura ha terminado, de que es hora de recoger los bártulos y largarse.

Comparaba las aventuras con una de las pinturas de Maribel. Decía que por más obsesionada que estuviese con una obra, siempre llegaba el día en que al contemplarla sabría que estaba terminada; ni una sola pincelada más podía mejorarla.

Maribel se medicaba para combatir los cambios constantes y profundos de su estado de ánimo y, por recomendación de su médico, daba largos paseos por el Barrio Latino con el fin de despejarse. Últimamente yo era la única dispuesta a acompañarla. Ese día empezamos en el café Mabillon, donde unos turistas suecos, que ocupaban la mesa de al lado, nos dieron conversación. Se creyeron que éramos francesas y exageramos la afectación y el acento parisinos, entusiasmadas de que no notaran la diferencia. Estaban de luna de miel, y me dio envidia cómo se miraban a los ojos al terminar cada frase y el uso constante del «nosotros». Se parecían y podían tomarlos por hermanos, nos comentaron que eran contables y que se habían conocido trabajando en la misma empresa. Hicieron una pausa para mirarse, y en ese momento me los imaginé en la cama, el cabello rubio pajizo del hombre sobre la almohada, las trenzas ligeras de la mujer sobre el pecho de él.

Los dejamos y nos fuimos a curiosear en los puestos de los *bouquinistes*, y mientras Maribel revolvía en los contenedores de libros en busca de cubiertas ilustradas interesantes, yo me dediqué a escuchar a un expatriado americano de barba castaña, con un suéter azul de pescador, que desde el puesto contiguo, en un francés trufado de expresiones inglesas, le contaba a dos mochileros mexicanos cómo había llegado a París veinticinco años antes para estudiar filosofía y se había enamorado de una mujer y de la ciudad y ya no se había marchado. Tenía un puesto de venta de postales de la Belle Époque y reproducciones de pinturas, pero en realidad era un *raconteur*, un contador de historias, amante de las palabras y del lenguaje del alma.

Pensé en mi padre. Una vez, antes de graduarme, le hablé de la posibilidad de no estudiar diplomacia, como había planeado. Papi creyó que me iría a trabajar con él y con Santi en el negocio familiar, pero cuando le dije que estaba pensando en dedicarme a algo creativo, negó con la cabeza como si yo estuviese terriblemente equivocada y me dijo que no había necesidad; que llevaba lo artístico en la sangre; todos los inmigrantes son artistas porque crean una vida y un futuro partiendo

únicamente de un sueño. La vida del inmigrante es arte en su forma más pura. Por eso Dios siente debilidad por los inmigrantes, porque Diosito fue el primer artista, y Jesús, un pobre desplazado.

—No es lo mismo, papi —intenté convencerlo, pero él negó con la cabeza.

—Claro que sí, *mijita*. Toda tu vida es una obra de arte. Una pintura no es una pintura sino la forma en que vives cada día. Una canción no es una canción, sino la letra que compartes con tus seres queridos. Un libro no es un libro, sino las decisiones que tomaste a diario en el intento por ser alguien decente.

Cuando seguimos andando, Maribel miró al americano y suspiró:

—Todos los días llegan a París miles de idiotas que se creen artistas, pero casi ninguno tiene lo que hay que tener. Mírame. He nacido y me han educado para esta mierda, y tampoco tengo lo que hay que tener.

—Vamos, Maribel, no digas eso. Todos saben que tienes talento —dije, y era cierto, pero todo el mundo también sabía que Maribel pertenecía a la tercera generación de pintores de una saga comercialmente viable, con muchas más posibilidades de ganar dinero pintando que la mayoría de sus coetáneos.

—Basta, Lita. Sé lo que soy. Soy una gran imitadora. Erudita, no original. Pero la gente no reconoce la diferencia.

Mientras cruzábamos por Saint-Germain y quemábamos un cigarrillo tras otro, Maribel siguió divagando y diciendo que quería desaparecer, disolverse como saliva en la tierra. Cuando llegamos a la rue du Cherche-Midi, estaba frenética, se apoyó en la pared de un edificio a recobrar fuerzas para el resto del trayecto a casa.

Un BMW verde se detuvo en el bordillo delante de nosotras. Bajaron la ventanilla y un hombre que vestía una de esas camisas de cuadros con las iniciales bordadas en el bolsillo, de las que Loic tenía por docenas, se inclinó sobre el asiento del pasajero y por señas nos pidió que nos acercáramos. Creí que iba a preguntarme cómo llegar a algún sitio y me acerqué un poco más.

—Busco algo tropical —dijo.

Imaginé que «Tropicale» era el nombre de algún bar o restaurante de la zona, y le dije que no tenía ni idea, pero se rió y señaló a Maribel, reclinada contra la pared, a mis espaldas.

—¿Cuánto por las dos?

Podía haber sido un padre de familia, un médico o un ejecutivo; tenía la chaqueta del traje dobladita encima del asiento del pasajero. Por la forma en que brillaba la alianza de oro en la ventanilla, también era un marido.

—¿Cuánto? —repitió frotándose los dedos para asegurarse de que entendía que me hablaba de dinero.

Fui hasta el coche despacio, con paso sensual, como imaginaba que hacían las chicas de la avenue Foch cuando se disponían a subirse a un coche. Me incliné sobre la ventanilla con una sonrisa que no era mía, sino de otra chica con un par de cojones de oro.

—Depende de lo que quieras.

—¿Cuánto por el culo? —Prácticamente se le caía la baba.

Le di una calada al cigarrillo y me volví con un giro de caderas.

—¿Este culo?

Asintió esbozando una amplia sonrisa simétrica que debía de haberle costado un dineral.

Metí la cabeza por la ventanilla.

—Por este culo tendrás que pagar extra.

Lo agarré de la muñeca, con una mano se la sujeté firmemente contra el marco de la ventanilla mientras con la otra que me quedaba libre le aplasté el cigarrillo en la palma hasta que gritó de dolor y trató de retirar el brazo, pero yo tenía la fuerza que da la furia y lo sujeté con más firmeza, quemándole la piel rosada con el cigarrillo. Me llamó «putain, salope, pétasse, conasse» y muchas cosas más que no entendí mientras la colilla se iba apagando. Maribel se me acercó, me agarró del brazo y desde el cruce de Cherche-Midi corrimos todo el trayecto hasta la rue du Bac antes de que los gendarmes del puesto de Varenne nos pararan para preguntarnos qué hacían dos muchachas corriendo de ese modo en un barrio donde la velocidad era algo inusual.

—Vamos a casa —les dije.

Nos encontrábamos a pocos metros de nuestras puertas verdes.

—¿Y ese acento? —preguntó el segundo gendarme.

Supe que era el que llevaba la voz cantante. Siempre hay uno que lleva la voz cantante.

—No es ningún acento. Es mi forma de hablar.

—¿Por qué corrían?

Miré a Maribel, que jadeaba y no me sirvió de mucha ayuda; a ninguna de las dos nos pareció oportuno decir la verdad.

—Vamos casa —insistí señalando el final de la calle—. Vivimos en la Casa de las Estrellas.

—Enséñeme la documentación.

—Hemos salido a dar un paseo —empecé a decir, dispuesta a negociar, pero el tipo negó con la cabeza y levantó un dedo en el aire como si midiera la fuerza del viento.

—La documentación.

Me habían avisado de que debía llevar siempre los papeles encima, aunque en el barrio todo el mundo conocía la casa de Séraphine y sabía que estaba llena de chicas venidas de todas partes del mundo. Las dos solo llevábamos las tarjetas del banco y del metro, no eran pruebas suficientes de nuestra legitimidad, así que nos pusieron una multa de quinientos francos a cada una, en metálico, y nos dijeron que podíamos sacar el dinero del cajero automático de la esquina.

—Qué organizados están —le dije al agente que nos siguió para asegurarse de

que no escapásemos.

—Dé gracias de que no la haya detenido. Los extranjeros deberían llevar siempre la documentación encima.

Después de entregarles el dinero, el gendarme más mandón dijo:

—Si es cierto que viven en la Casa de las Estrellas, quiero verlas entrar.

Fuimos para allá y nos siguieron, murmurando cosas sobre nuestros culos; no dejaron de vigilarnos cuando tecleé el código de seguridad y abrí la puerta que daba al patio de entrada. Se quedaron mirándonos desde la acera cuando cruzamos el patio, sacamos la llave, abrimos la puerta y nos metimos en la casa. Una vez en el vestíbulo, nos volvimos para ver a los agentes y nos despedimos de ellos: yo, a la americana, haciendo la peineta, y Maribel, a la española, haciendo un corte de mangas. Los gendarmes respondieron sacándonos la lengua, agarrándose la entrepierna y arremetiendo en nuestra dirección, todo lo cual no requiere explicación porque, estoy segura, es de sobra conocido.

La cosa fue así: él me esperaba junto a una columna de piedra en el andén de la estación Deauville. Se accionaron los frenos del tren, los pasajeros recogieron su equipaje y salieron en fila india, pero yo esperé, quería ser la última en bajarme. Y ahí estaba el cambio, yo caminando hacia él, él envolviéndome en sus brazos, apretándome contra su pecho, los brazos entrelazándose, inevitablemente, y cuando me aparté de él, su cara volvió a ser nueva. Los ojos grisáceos se tornaron de un verde radiante, las mejillas, sonrojadas y húmedas. Cogió mi bolsa en una mano, me tendió la otra y nos fuimos caminando juntos como si aquello fuese para nosotros lo más normal del mundo: mi regreso al pueblo de la Côte Fleurie. Un pueblo en el que nunca había estado, y cuya existencia ignoraba hasta que esa mañana él me telefoneó y me invitó a reunirme con él allí. Y de pronto ese sitio era un cuarto más en la casa de mi vida.

—Tenía miedo de que no vinieras —dijo.

Aquella mañana, cuando me llamó para invitarme, la incertidumbre había hecho que le temblara la voz, y yo había notado cautela en la mía.

—¿Quieres que vaya hoy?

Todavía dolida por su súbita partida, quise que se sintiera incómodo.

Me dijo que podía viajar en el tren de la tarde. Séraphine estaba a mi lado cuando hablé con él. Yo era la única de la casa que no tenía móvil, la única manera de localizarme era llamando al fijo —había conseguido el número a través de la secretaria de su padre— y había llamado tres veces antes de dar conmigo. Respondí la llamada en el dormitorio de Séraphine, que me observó hasta que por fin dije que sí, que iría a verlo.

Fuimos desde Deauville hasta Blonville-sur-Mer en coche. Las avenidas se convirtieron en caminos de tierra que cruzaban los campos de hierba alta. Bajo la luz crepuscular aquello me pareció como el país de Playmobil, casas de ladrillo con vigas oscuras de madera, paredes de piedra, ovejas, vacas como malvaviscos tostados esparcidas por praderas verdes y extensas. El anochecer envolvió el campo; en un momento que no supe precisar, había salido de mi mundo para entrar en el suyo.

La casa estaba en las afueras del pueblo, al final de un sendero olvidado, flanqueado de parcelas desiertas abandonadas a los pájaros y a otros animales sin rumbo, al sur de una playa accidentada frente a la costa de Inglaterra. Por la ventana abierta, del otro lado del jardín, una vez superada la tapia que rodeaba la finca, llegaba el rumor de las olas.

—Espero que te sientas a gusto aquí —dijo, pero en la casa reinaban un silencio y una quietud como en el convento de mi madre, y daba la sensación de que hacía años que nadie pisaba aquellas habitaciones.

Me acompañó al cuarto de invitados de la planta baja; las paredes eran blancas, de yeso, adornadas con reproducciones de flores desteñidas por el sol. Por todo

mobiliario había una gran cama de hierro, con mantas bordadas a mano, y junto a la puerta, una cómoda de madera con los cajones vacíos.

Mientras él salía al jardín a llenar un saco de lona con la leña apilada en un rincón del patio, recorrí las habitaciones del frente; al caer la noche se habían enfriado, todo estaba cubierto con sábanas: la mecedora, el sofá azul claro y la butaca con un tapizado a cuadros. Una habitación muerta sin fotos.

Tuve la sensación de que aquella casa se hubiese perdido y confiara en volver a recuperarse.

Busqué pruebas de quién era antes de conocernos. Esperaba encontrar pistas de sus orígenes, del padre del que había oído hablar. De la madre que había perdido. La buscaba porque tenía la certeza de que una madre nunca llega a perderse del todo. Había una cruz de cerámica azul clavada en la pared de la cocina, una superficie de estuco, por lo demás desnuda, entre un armario y una ventana. Imaginé a su madre colocándola allí. Como protección. Como adorno. Ahora la casa era de Cato, pero conservaba la cruz donde ella la había dejado.

La cocina, sin embargo, estaba llena de vida, en el centro destacaba una mesa de madera con un bol de fruta y una bandeja de verduras. Me lo imaginé de pie, delante de los fogones, dejando correr el agua del grifo. Lo vi sacando cuchillos del bloque de madera, picando perejil sobre la tabla.

Junto a la cocina, un estudio con chimenea, las paredes empapeladas con dibujos *toile de jouty*, repletas de estantes abarrotados de libros que habrían ardidido con facilidad si alguna vez las llamas llegaban a desmandarse. En una mesa arrimada a la pared había un viejo tocadiscos. Sobre el suelo entarimado, un poco más allá de la raída alfombra gris, un pequeño equipo estéreo. No había visto en la casa ni teléfono ni televisor, y me pregunté desde dónde me habría llamado para invitarme. Aquella estancia no olía a abandono. Los libros no tenían polvo y en el tocadiscos estaba puesto *December's Children* de los Rolling Stones.

Se abrió la puerta, lo oí arrastrar los pies bajo el peso de la leña. Me llamó.

—Aquí estoy. Con tus libros.

Apareció con los ojos brillantes. Pasó a mi lado y apartó la pantalla de la chimenea, dispuso los troncos sobre el morillo de hierro, sacó unas páginas de la pila de diarios al lado de la repisa. Encendió un fósforo largo en la caja que estaba junto a sus rodillas y dejó que la llama prendiera bien antes de acercarla a un extremo del papel. Tosió. Al principio despacio, después con fuerza, y fue a la ventana, abrió las cortinas, subió el cristal y sacó la cabeza, sediento de aire fresco. Me pareció delicado de salud. Me pregunté si sería la naturaleza de los niños solitarios. Respiró hondo hasta que se le pasó la tos y miró hacia donde yo estaba sentada en el suelo, con las rodillas flexionadas contra el pecho.

—Se te ve pequeña, así sentada.

Le pedí que se sentara a mi lado; sacó unos cuantos cojines de la pila de un rincón y los dispuso para que pudiéramos acostarnos mirando el fuego.

—Ahora ya has visto donde vivo —dijo.

—Qué silencio hay aquí.

Era algo más que el silencio; era soledad.

—¿Y tu casa cómo es?

—Un barullo. —Sonreí. ¿Cómo explicarle que el lugar donde me crié más que una casa parecía un barrio entero?—. Está llena de gente y de animales.

Para contarle cómo era ahora, tuve que hablarle de mis padres, huérfanos que habían formado su propia tribu, y al mencionarlos me sentí muy lejos de ellos.

—Cuando mi madre murió, yo le decía a la gente que era huérfano. No estaba bien que dijese eso, pero así me sentía aunque aún tuviera a mi padre.

Me contó que tenía doce años cuando murió su madre. Su primo Sharif y su madre pasaban los veranos con Cato y su madre en aquella casa. Ellas eran hermanas y se llevaban un año. Un día dejaron a los niños en la playa y fueron al mercado a comprar algo para la cena, y su coche fue embestido por otro que venía a toda velocidad de los casinos de Deauville.

—La policía dijo que murieron al instante, pero los médicos tardaron media hora en llegar al fondo del barranco. —Sacudió la cabeza y añadió—: Solía decirle a Sharif que no creía que nadie muriese al instante. La vida debe de tardar en abandonar el cuerpo. Sharif prefería pensar que las dos se apagaron como velas.

Tras la muerte de su madre, él se quedó en la casa al cuidado de una institutriz de Guadalupe, llamada Mireille, que ayudó a criarlo. Se había jubilado hacía poco, después de vivir treinta años en Francia, y había regresado a su casa en Le Gosier para estar con sus hijos y sus nietos.

—Quería que me fuese con ella. Decía que el aire del Caribe sería un buen cambio para mí.

—¿Por qué no fuiste?

—Siempre quise vivir aquí. Quiero morirme aquí.

—¿Y tu padre? ¿Viene a verte con frecuencia?

—Un par de veces al año. Casi siempre en verano, cuando hace mejor tiempo.

Contempló la ventana, luego me miró con una pizca de recelo y me preguntó:

—¿Te han hablado de mi padre?

—Algo me contó Séraphine.

—Mi padre es un hombre complicado. Sus pasiones siempre están en contra de algo. Es el tipo de hombre que necesita mostrar lo brillante que es cada vez que abre la boca.

Se parecía un poco a Santi, que de todo hacía un debate.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Él ya había estado casado. Su primera mujer murió de una hemorragia cerebral. No tenían hijos. Muchos años después contrató a mi madre como secretaria. Él le llevaba casi veinte años, y, después de un año juntos, se casaron, pero él siempre nos mantuvo apartados de su vida pública. Mi madre y yo vivíamos aquí, él venía los

fines de semana y nos comportábamos como una familia, pero mis padres eran muy distintos. Ella era comedida con el dinero, mientras que él gastaba como si nunca hubiese tenido que trabajar para ganarlo. Cuando venía a vernos nos llevaba a restaurantes caros de Deauville, y recuerdo que mi madre siempre tenía aspecto de ser su invitada.

Contempló el fuego y siguió hablándoles a las llamas.

—A veces creo que soy el único que la recuerda. Quizá para mi padre sea más fácil, porque no es la primera mujer que pierde. Dice que soy demasiado sentimental. Dice que la vida sigue, pero en muchos aspectos no es así.

Se levantó, subió la escalera de madera, los crujidos se oyeron altos y claros. Bajó otra vez, se sentó entre los cojines, me entregó un foto grande en un marco de plata reluciente; se notaba que le sacaban brillo a diario. La rubia cabellera remataba en una trenza suelta, llevaba un sombrero de paja, los volantes del vestido floreado dejaban al descubierto los hombros pecosos. Tenía los mismos labios regordetes que su hijo y la misma sonrisa desorganizada; parecía feliz, pero algo en su media sonrisa revelaba que aquellos momentos de dicha y de abandono eran escasos.

—Debes de echarla de menos.

—Es extraño, cuando era niño la quería con locura, como si intuyera que no la tendría mucho tiempo, y ahora que se ha ido, la quiero como si siguiera viva, solo que está tardando en volver a casa.

Nos miramos.

—Es tarde —dijo—. Deberíamos irnos a dormir.

—¿Y el fuego? —Señalé los troncos que seguían ardiendo.

—Lo dejamos así, se apagará solo.

Me acompañó al cuarto de invitados y esperó en la puerta, mientras yo me detuve en el centro de la habitación. Dijo adiós en voz tan baja que creí haberlo imaginado, cerró la puerta a sus espaldas, y me quedé sola en el cuarto de flores tenues. Sus pasos resonaron en la escalera y luego en el suelo encima de mi cabeza, hasta que se hizo el silencio y lo oí hacer lo mismo que yo, detenerse al pie de la cama, sintiéndome como yo lo sentía a él.

Por la mañana me desperté mucho antes de oírlo bajar la escalera, esperé a que la luz deslavada de la mañana llenara el cuarto, tumbada en la cama, desnuda bajo las sábanas, con la esperanza de que llamara a la puerta para despertarme, pero no lo hizo. Del pie de la escalera fue a la cocina, llenó el hervidor con agua y anduvo por el suelo de baldosas, entre el tintineo de tazas de té. Me duché, me vestí y me fui a la cocina, con el pelo mojado goteándome por la espalda. Estaba sentado a la mesa, leyendo el periódico. Llevaba gafas de montura metálica, un detalle más de él que desconocía y que me encantó.

Le pregunté qué pasaba en el mundo pero me apresuré a añadir:

—No importa. No me lo cuentes. No quiero saberlo.

Aquellos días tomamos por costumbre acostarnos juntos sin tocarnos en la franja desierta de playa a pocos metros de su casa. El sol de mediodía se hundía en el cielo azul pastel, la arena estaba fría bajo los pies. Llevábamos jerséis, gorros y bufandas y nos tumbábamos sobre una manta mientras las olas lamían la playa en la que desembarcaron los Aliados. Me dijo que iba allí todas las mañanas, y en los meses más cálidos, al caer el sol. Trabajaba en el puerto deportivo, se ocupaba del mantenimiento de embarcaciones, las lavaba, les sacaba brillo, y ese tipo de cosas. Le gustaba estar al aire libre. Pero no era un trabajo continuado, porque a veces las embarcaciones se iban a El Havre o La Rochelle, al cabo Ferret o a Mallorca, y aunque habría podido ganarse bien la vida, no tenía el título de capitán para llevarlas él mismo. Había hecho el bachillerato en historia y había estudiado lo mismo en la universidad, pero esa preparación solo servía para trabajos de despacho. También había aprobado el examen de turismo, pero me confesó que no se le daba bien tratar con la gente y por eso nunca lo contrataban cuando echaba solicitudes para las visitas guiadas del día D. Durante su infancia había tenido pocos amigos, y todos ellos ya se habían trasladado a París o a otras ciudades, por estudios o por trabajo. Sharif ya no iba a visitarlo, se veían únicamente cuando Cato iba a París.

—Aquí tienes tu propio rincón del mar —señalé, aunque más bien parecía una costa de fantasmas con los restos de tanques de guerra y las olas que lamían la playa donde abandonaban su espuma oscura—. Pero ¿no te sientes solo aquí? —preguntó entonces.

—Estoy acostumbrado a la soledad —dijo—. Pero ahora que estás tú me doy cuenta de que he estado muy solo.

Comprendí entonces que entre ambos existía el germen común del aislamiento que crecía en mi casa superpoblada y en su silenciosa casita. Éramos jóvenes, pero la soledad había echado raíces en los dos. Éramos de esos solitarios que no se avergüenzan de serlo. Solitarios sin arrepentimientos.

No hablamos del mañana cuando me fui en uno de los trenes de la tarde. No hicimos planes. Comimos juntos en la cocina y, cuando terminamos, pelé una de las naranjas del bol y le ofrecí la mitad.

Después nos tumbamos en los cojines delante del fuego crepitante que caldeaba tanto la habitación que nos quitamos los jerséis y los calcetines y nos quedamos en tejanos y camiseta. Conversamos en susurros. Sus dedos —las uñas cortas, pero no mordidas— se deslizaron por mi mano y la recorrieron, me masajearon los nudillos como si fueran cuentas de un rosario, y subieron hasta mi cara. Pronto iría a verme a París, dijo. Me dio un beso breve, luego otro que duró más. Recuerdo vernos desde arriba, como si estuviese flotando en el aire, dos cuerpos junto al fuego, dormidos de lado, las caras en el mismo cojín, los dedos de los pies rozándose, los torsos en mutua

reverencia.

Una vida sin saber de la existencia del apellido De Manou y de pronto lo oía en todas partes. Cuando abrí las puertas de mi balcón para fumarme el último cigarrillo de la noche, oí el televisor de Saira que transmitía las noticias de la noche. Las huelgas del día, las manifestaciones de la semana a lo largo del país, el nombre de Antoine de Manou seguido de una cita corta en una voz áspera y gorjeante que proclamaba que Francia ya no pertenecía a los franceses. «Nosotros», o sea los franceses, debían reclamarla, cerrar sus puertas a los extranjeros responsables de la delincuencia, del desempleo, de las drogas y de los desórdenes. De Manou era incapaz de terminar una frase sin hacer una pausa para carraspear y tragaba tanta saliva que en los guñoles lo satirizaban con un muñeco con cara de perro babeante.

Su partido de extrema derecha había sido el tercero más votado en las últimas elecciones de la primavera; los comentaristas de la oposición sostenían que De Manou representaba a la vieja Francia y que la nueva Francia debía ser progresista, buscar soluciones en lugar de alimentar antiguos resentimientos. La transmisión volvía luego al estudio donde el periodista cerraba la noticia con la pregunta: ¿volvería Antoine de Manou a presentarse para las elecciones presidenciales? Lo había hecho dos veces y no había ganado. ¿Era demasiado mayor? Con Francia en crisis, al borde del cambio del franco al euro, ¿saldría reforzado el partido de De Manou o, como decía la canción de MC Solaar, quedaría obsoleto?

El quiosco donde confluían la rue du Bac, el boulevard Saint-Germain y el boulevard Raspail tenía expuestas las primeras planas con las diatribas lanzadas por De Manou en las que arremetía contra el uso del velo islámico y las prendas tradicionales en las escuelas, aspectos culturales que se alejaban de su visión del «ideal de la Francia auténtica». Tenía ideas tales como convertir algunos suburbios en colonias cerradas, aumentar las deportaciones y prohibir que los hijos de los inmigrantes obtuvieran la nacionalidad. El año anterior incluso había llegado a declarar que Les Bleus, la selección de fútbol de Francia, en su mayoría formada por representantes de las minorías, no reflejaba la Francia auténtica. Debajo de los titulares se veía una foto de un caballero o de un loco bien trajeado, con nariz de cerdo, ojos grandes, mejillas moteadas labios gruesos, que dejaban al descubierto las encías consumidas y la dentadura postiza. Un hombre que había sido perseguido durante décadas por las acusaciones de haber torturado en Argelia, y que jamás había sido llevado a juicio por ello, porque, según decía Séraphine, los franceses tenían buena memoria para algunas cosas y muy mala para otras.

De Manou tenía la cara cubierta de arrugas, con bolsas debajo de los ojos, la cabeza reluciente y prácticamente calva, salvo por algunos mechones tenaces y unas patillas peludas sobre las orejas, que solo le servían para sujetar las gruesas gafas negras.

En los retratos de aquellos periódicos y revistas busqué rastros de su hijo; no los encontré.

Los días en que iba a un café con Loic o con alguna de las otras chicas, oía mencionar su nombre en las conversaciones de otras mesas o encontraba el periódico que alguien se había dejado en el asiento corrido; una foto de portada con la cara contraída de «le vieux De Manou», el viejo De Manou, como lo llamaban, y uno de sus eslóganes favoritos, «¡Extranjeros fuera! ¡Francia auténtica! ¡Francia pura!», estampado sobre su cabeza. Daban igual el barrio o el local, la lucha implacable de De Manou contra un país contaminado estaba en boca de todos, y deseé recuperar mi antigua ignorancia, cuando al único De Manou que conocía era el que me había preguntado si me había perdido.

Nos encontramos en la estación de metro Saint-Lazare poco después del anochecer. Estaba oscuro y hacía frío a pesar de que me había puesto la chaqueta más abrigada, un gorro de lana y una bufanda que me cubría casi toda la cara. Me decepcionó el tamaño de la bolsa que traía, apenas para dos o tres días. En el taxi nos besamos durante todo el trayecto hasta llegar al Distrito VII, cenamos en Le Perron, y fuimos andando hasta la Casa de las Estrellas; reinaba el silencio, era viernes por la noche y las chicas habían salido, del piso de arriba solo llegaba el zumbido del televisor de Saira.

Lo hice pasar a mi habitación, cerré la puerta y me apoyé en ella. Dejé caer la bolsa junto a mi mesa, curioseó las fotos pegadas en la pared y se acercó un poco para ver la de mi familia, frente al rosal donde estaba enterrada Edén, en la parte de atrás del viejo convento de mi madre.

—Me gusta tu cuarto.

Me sonó raro oírsele decir, porque tenía la sensación de que ya había estado allí.

—No dispongo de mucho espacio —dije.

Mi cama se veía muy pequeña, arrimada a un rincón, y de repente me sentí fuera de lugar.

No sabía qué hacer a continuación. ¿Caeríamos sobre la cama, arrasados por una loca pasión o nos mostraríamos titubeantes? En su casa el cuarto de invitados había servido en cierto modo de refugio; pero allí solo contaba con mi pequeña habitación y con una cama más pequeña aún.

En silencio, abochornada, me desvestí y me quedé en camiseta y bragas. Él notó mi torpe modestia y me dio la espalda sin que yo se lo pidiera. Quería ser como Tarentina que, dueña de una gran variedad de camiones glamurosos, se paseaba en ropa interior y se desnudaba sin inhibiciones. Yo me oculté metiéndome en la cama y tapándome con la manta. Mientras tanto, él se quitó la camisa y yo espí su cuerpo ágil, la piel fina casi lampiña, los músculos alargados y firmes, el pecho ligeramente hundido. Se dejó los tejanos puestos, apagó la luz de la mesita de noche y levantó la

manta lo suficiente para acostarse a mi lado.

Nos quedamos boca arriba, rígidos como tablas. Mi cuerpo se pegó a sus brazos cálidos extendidos junto a mí en la más absoluta oscuridad de la noche. Una vez acostumbrados los ojos a la penumbra, empecé a distinguir la habitación. A través de la ventana, encima de los tejados, se veían las estrellas como puntitos, y la luz azulada de la luna anidaba en los rincones del cuarto. Volví la cabeza lo justo para ver su perfil, el puente de la nariz, las curvas ascendentes y descendentes de su boca y la barbilla que bajaba hacia la llanura del pecho. Contuve el aliento, tratando de que mi deseo pasara inadvertido, pero cuando fui a respirar otra vez se puso encima de mí, y fuera camisa, tejanos y ropa interior.

Nos quedamos en la cama durante días, salíamos solo para llenar de agua la botella que teníamos a mano, y para robar de la cocina algo que hubiera sobrado, o para ir al cuarto de baño. Las criadas venían y llamaban. Las demás chicas me hablaban a través de la puerta. Les decía a todas que se fueran. Violeta gritó a través de las rendijas que tenía que limpiar, pero a mí me gustaba que nuestro olor flotara en el cuarto, todas las mañanas abría las puertas del balcón para que entrara aire fresco. Loic vino a golpear la puerta, exigía saber si estaba viva. Al final abrí apenas y vi a Tarentina y a Maribel que miraban parapetadas detrás de él.

—Sí, estoy viva.

Noté que Cato me aferraba la mano y me acercaba a él. Nunca había estado más viva.

—SérAPHINE está preocupada, lleva días sin verte. Quiere que bajes a hablar con ella en cuanto puedas.

—En cuanto pueda bajaré.

Pero ya me había realojado. Vivía en aquel cuarto con él. La cama era nuestra casa. La alfombra, nuestro jardín.

Nos contamos nuestras cosas, llenando el vacío de los años de espera. Le hablé de mi familia, de mi paso meteórico por la escuela, de mi sentimiento de culpa por la deuda contraída con mis padres, que habían pasado tantas privaciones, de mi proyecto de honrarlos por sus sacrificios, de cómo sentía que mi vida no era realmente mía sino de ellos y de cómo me contrariaba eso y me avergonzaba que así fuera. Le hablé de mis hermanos, uno con el gen guerrero, nacido para formar parte de un ejército en el que mi madre nunca le permitiría alistarse, y el otro, un alma herida, considerado tan indefenso que hubo que adiestrar especialmente a uno de nuestros perros, un pastor alemán llamado Ramsés, para que lo vigilase y evitara que se hiciera daño.

Cato me contó que de niño también había tenido un pastor alemán. Su madre le había puesto Anastasia, dormía con él y por la mañana lo despertaba lamiéndole los dedos para que fuera al colegio. Pero su padre odiaba los animales, y cuando iba de visita, obligaba a Anastasia a quedarse fuera. Cato la metía a escondidas en su cuarto. Un día, cuando su padre entró por la mañana y se encontró a la perra en la cama, la

agarró del collar, la arrastró escalera abajo, la subió al coche y se marchó. Cuando Cato preguntaba qué le había pasado a Anastasia, siempre le daban distintas respuestas, que su padre había regalado la perra a otra familia, que la había soltado en la carretera que la había llevado a un campo y le había pegado un tiro. La última posibilidad, dijo, era la más probable.

Intenté disimular el asombro cuando él se cobijó entre mis brazos.

Le conté que en la escuela nunca había tenido amigos. Me consideraban demasiado rara. El único amigo que tuve fue Ajax, que me odiaba en silencio hasta tal punto que en una ocasión, cuando me negué a darle dinero para drogas, intentó apuñalarme con una navaja que le había regalado mi padre cuando nos llevó a todos a pescar a Poconos. Y también estaba Daniel. Pero el nuestro era un afecto juvenil nacido más de la proximidad que del deseo.

Cato consideraba a Sharif un afortunado; la familia marroquí de su padre vivía en París y lo había acogido hacía quince años, cuando el padre había vuelto a Marruecos y después le habían impedido regresar a Francia. Sharif tenía un montón de tíos y de primos en Francia, así que no necesitaba a Cato tanto como este lo necesitaba a él. Sharif había descubierto su pasión por las pintadas al poco tiempo de morir la madre de ambos, motivo por el cual prefería estar en la calle que ir a su casa y recordar que su madre ya no estaba allí esperándolo.

—Yo soy exactamente al revés. Al morir mi madre me costaba salir de casa. Y me sigue costando.

—¿También te costó para venir aquí?

—Sí. Pero me alegro de haber venido. No he dejado de seguirte con el pensamiento desde la noche en que te vi.

Éramos todavía nuevos el uno para el otro, aún estábamos traduciendo el peso de la carne del otro en los propios huesos. Los ojos y las heridas y el anhelo que latía en ellos siempre sería nuevo hasta que fuéramos viejos y entonces el hecho de ser viejos sería nuevo. Con la palma de la mano recorrí su pecho, las ondulaciones de las costillas hasta el ombligo. Con el dedo acaricié una cicatriz en forma de medialuna que parecía orbitarlo. Me encantaban las cicatrices; yo las tenía a montones, producto de las infinitas caídas debidas a mi distracción a las carreras persiguiendo a Santi por el bosque cuando jugábamos a indios y a españoles.

—¿De qué es esta cicatriz?

—Fui un niño enfermizo —dijo, y los ojos se le llenaron de pronto de algo así como fatiga o pesar—. Se me cerró la garganta y me quedé en los huesos, por eso me insertaron ahí un tubo.

—¿Un tubo?

—Sí, para alimentarme.

Acompañó mi dedo con el suyo y lo pasó por la cicatriz.

—¿Qué tuviste?

—Algo en los pulmones.

—¿Como asma?

—Sí, parecido.

Lo besé en la boca. Le dije que de niños todos habíamos estado enfermos, enfermos de infancia, inválidos en un mundo de adultos sin tacto con pronósticos y tratamientos erróneos.

Hicimos el amor otra vez. Después, como si hubiese pasado mucho tiempo, dijo:

—Me acuerdo de cuando te vi aquella noche junto a la antorcha. Llevabas una blusa con un dragón estampado en la espalda.

—Me la prestaron.

—Lo sabía. Por la forma en que la llevabas supe que no era tuya. Me pregunté: ¿por qué lleva una blusa que no es suya? Por eso te hablé. Nunca hablo con extraños. Y menos con una chica que espera sola en una esquina en plena noche. En esta ciudad eso supone meterse en líos. Pero vi el dragón antes de verte la cara, y cuando caminé a tu lado en el puente y te vi los ojos, tan desconfiados, supe que me gustabas.

—Todavía desconfío de ti.

—Todavía me sigues gustando. Mucho.

Sus primeras y dulces impresiones tenían un no sé qué. Aquellas pertinaces proyecciones. Me pregunté si éramos como los demás esperaban que fuéramos. Aún no me había dicho cuándo se marcharía, de modo que fingí que se quedaría para siempre. No había mañana, solo esa hora perpetua, ese cuarto cálido con nuestro aliento y nuestro sudor, esas sábanas enrolladas en el suelo, el silencio de esos dos cuerpos desnudos.

Empezaron a asaltarme unas visiones tan sublimes que tuve miedo de mí misma. Visiones de cosas que nunca pensé que querría. Casarme. Tener una vida. Tener una casa juntos; un narcisismo con dos caras que hacía que me cohibiera la forma en que le sujetaba la mano cuando caminábamos por las calles heladas, porque no quería ser una de esas chicas agarradas al novio como un mono a una palmera, o como Maribel, arrugada como papel maché al costado de Florian, sino que quería que fuéramos una pareja que iba de la mano en pie de igualdad.

Al final emprendimos una rutina más práctica, salimos de nuestro encierro para comer con los demás en la cocina de la casa cuando Giada preparaba pasta para todos los residentes, o en el Far Niente. Poco a poco Cato fue tomando más confianza con Rachid y con Stef, que no se parecían demasiado a la mayoría de los chicos fanfarrones que pasaban por la casa, con la billetera llena de dinero y de tarjetas de crédito, con la vida resuelta gracias a multitud de contactos. Me alegré de que las demás, incluso Tarentina, lo hubieran aceptado en el grupo, y aunque a Cato no le gustaban las multitudes, comprobé que sabía tratar con la gente, era amable, encantador, sincero e ingenioso. Le tomaban el pelo porque nunca quería ir con el grupo a las discotecas o porque en cuanto se tomaba una cerveza en el Claude's se quejaba del humo, y le decían que era un chico de campo. A Cato no le importaba, y a mí me encantaba que en lugar de conocer la vida nocturna de París prefiriese quedarse en casa conmigo.

Cato logró ganarse la simpatía de Romain, y las noches en que en el Far Niente tenía poco que hacer, acercaba una silla y se sentaba con nosotros a la mesa del rincón, nuestra preferida; yo los observaba mientras comparaban lo que era criarse cerca del mar y lo odiosa que era la vida en la ciudad.

Tenía varios pedidos de trabajos académicos pendientes de las chicas y de sus amigos, y en aquellas horas Cato se dedicaba a leer tirado en mi cama mientras yo trabajaba en mi mesa o bien salía con Sharif y, de vez en cuando, iba a ver a su padre. Romain retomó las clases de lectura, cada vez pronunciaba con más fluidez y confianza, y aunque los primeros días se mostró un poco distante, no tardamos en recuperar nuestras horas de lectura.

Cuando llegamos a la parte en que Martin y Ruth se enamoran, Romain depositó el libro en su regazo.

—Lita, ayúdame a entender una cosa. Algo que llevo tiempo preguntándome.

—Dime.

—¿Exactamente qué es lo que haces tú con el hijo de Antoine de Manou?

No me sorprendió que se hubiese enterado, pero me desconcertó el desprecio de su tono.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es que... —frunció los labios en un mohín burlón—, estoy sorprendido.

—¿Sorprendido de qué? Al parecer te llevas bien con él.

—Es que pensé...

—¿Qué pensaste?

—Pensé que tendrías más integridad y que no te enamorarías del hijo de un salvaje.

—No se parece en nada a su padre.

—Todo hombre se parece a su padre.

—Tu padre es carnicero. ¿En qué te convierte eso?

—No es lo mismo. La gente tiene que comer.

—Y a tu padre le gusta comerciar con cadáveres.

Soltó un sonoro silbido y dijo:

—Increíble. Llevas dos meses en Francia y ya te has apuntado al partido de De Manou. Tus padres estarán orgullosos.

—No eres quién para juzgarlo. Apenas lo conoces.

—Igual que tú.

—Creo que lo conozco mejor que tú.

—Siento tener que decírtelo, pero hace falta algo más que pasarse unas semanas en la cama para conocer a un hombre.

Si no hubiese sido uno de mis primeros amigos de París, lo habría echado a patadas; me limité a levantarme, ir al cajón de mi mesa a buscar un viejo paquete de cigarrillos, que no tocaba desde que Cato había venido porque él no fumaba y no le gustaba el olor a tabaco.

—Romain, te aseguro que se me ocurren mejores maneras de pasarme las tardes que estar aquí leyendo a cámara lenta contigo una novela que ya he leído. ¿Y lo único que se te ocurre es insultarme?

—No te estoy insultando. Soy sincero contigo. ¿Por qué serán tan susceptibles los americanos?

Abrí las puertas del balcón y me acodé en la barandilla, manteniéndome lo más alejada posible de Romain, aunque él lo interpretó como una invitación a seguirme y se puso a mi lado, se sirvió un cigarrillo de mi paquete y lo encendió acercándose a mi cara.

—Las mujeres sois todas iguales. —El humo que exhaló me dio en la cara—. Decís que habéis venido a París para obtener educación y cultura. Decís que queréis ser mujeres de mundo pero lo único que buscáis es un novio.

—No me digas que nunca te has enamorado.

—Demasiadas veces, para que lo sepas. Pero no pienso dejar que vuelva a ocurrir. El amor es una distracción. Quita tiempo, talento, concentración y hace papilla la mente. Es un derroche.

—Hablas como si te hubiesen roto el corazón.

—¿A mí? Jamás. Aquí el rompecorazones soy yo. Aunque no te lo creas, quien deja al otro a veces también sufre.

—Me alegro de que lo tengas todo tan claro.

Aplastó la colilla en el cenicero apoyado sobre la barandilla, entre los dos, y adoptó una expresión que se notaba que había aprendido de sus clases de teatro, una cara con la que pedía perdón por haber sido malo.

—A ver —dijo sentado otra vez en el suelo—, ¿dónde anda esta tarde el principito?

—No lo llames así. Ha ido a comer con su padre.

—¿Y sabe el papá que su hijo se ha instalado aquí contigo?

Di unos golpecitos en la cubierta del libro que tenía en la mano y le dije:

—Haz el favor de leer.

—No estará avergonzado de ti, ¿eh?

Sonreía, así que traté de tomármelo a broma, lo pateé hasta que me agarró el pie con la mano y por fin decidió ponerse a leer otra vez.

La pregunta quedó en el aire.

Un par de noches después, mientras tomábamos té de jazmín y unas brochetas en el Tokyorama, cuando Cato mencionó que esa tarde había pasado por la casa de su padre, aproveché para preguntarle, como quien no quiere la cosa y como si acabara de venirme a la cabeza:

—¿Sabe que estás conmigo?

—Supone que estoy en casa de Sharif. Pero como no le cae bien, no pregunta.

—¿Me estás ocultando? —Me odié por preguntárselo.

—No.

Inspiró hondo y me suplicó con la mirada que tuviese paciencia.

—Algún día lo conocerás, Lita. Y lo entenderás todo.

A principios de noviembre Cato regresó unos días a Blonville-sur-Mer a buscar ropa de abrigo. Aun así, como por la noche hacía tanto frío que se nos helaba el aliento, casi no nos atrevíamos a salir porque le daba dolor de espalda y le empeoraba la tos leve que no lo abandonaba. En ocasiones le daban accesos de tos, se ahogaba y tenía que doblarse en dos y buscar apoyo en el capó del primer coche aparcado que encontraba. Yo creía que debía ir al médico, pero no sabía cuál recomendarle, solo conocía a los que visitaban a Séraphine o a los que acudían las otras chicas para que les recetaran píldoras anticonceptivas. No se me ocurrió pensar que su padre debía conocer a los mejores médicos del país.

Un día excesivamente templado de diciembre me dio por ir al Palais Royal. A primera hora de la tarde habíamos ido a ver la nueva película de Tony Gatlif sobre un francés que acaba viviendo en una comunidad romaní y se enamora de una guapa gitana; me pareció un argumento previsible, y Cato estuvo de acuerdo conmigo, pero me acompañó igualmente porque yo tenía los cables cruzados y él prefería ir con pies de plomo. Desde hacía semanas en la casa no se hablaba más que de las vacaciones,

de las glamurosas escapadas que planificaban las chicas, mientras que yo era la única que volvería a mi país. Cato solía pasar la Navidad con su padre y el Año Nuevo con la familia de Sharif en La Goutte d'Or, así que aquella mañana, mientras nos vestíamos, aproveché para hacerle extensiva una invitación.

—Ya sabes que puedes ir a Estados Unidos a pasar las fiestas conmigo y así te presentaría...

—No puedo ir.

—¿Por qué no?

—Para mí no es tan fácil viajar como para ti —dijo, y leyéndome el pensamiento, añadió—: Y no es por el dinero.

—Pero...

—No puedo, Lita. Es que no puedo.

El resto del día hubo entre ambos cierta frialdad, cuando fuimos andando al cine, en el viaje en autobús hasta el Palais Royal. La noche anterior, en la Casa de las Estrellas, mientras la fiesta de invierno estaba en pleno apogeo, pensé que en toda mi vida no había sido tan feliz como con Cato, pese a la reticencia con que este encaraba las vacaciones. A la fiesta acudían menos invitados, porque con el frío había que estar dentro, pero la casa se llenó de risas, de parejas abrazadas en los rincones, de chicos y chicas que se veían por primera vez, y Cato a mi lado. La noche terminó como tantas otras, todos enclaustrados en el cuarto de Tarentina, pasándonos el narguile. Rachid deshizo un cigarrillo, le quitó el filtro y un poco de tabaco y rellenó los huecos con hachís desmenuzado, al que sumó un canuto liado con una hierba turca que Giada había traído de su último fin de semana en Berlín. Los porros circularon tres o cuatro veces por el grupo. Yo pasé, no paraba de oír todo el rato la doctrina de mi padre sobre las drogas: coquetear con ellas es mojarse las manos con la sangre de muchos países. Pero a la quinta ronda de la noche, tiré la toalla y dejé de pasar. Entonces, por primera vez desde que lo conocía, Cato también fumó. Cuando Sharif hizo una pausa en la conversación que mantenía con Rachid y levantó la vista, se estiró sobre el círculo de piernas cruzadas y le quitó el porro de los labios a su primo. Todos se echaron a reír, pero, por la forma en que Sharif frunció el entrecejo, comprendí que no era ninguna broma. Masculló algo muy deprisa y no pude entenderlo, y luego siguió hablando en árabe, tal vez Rachid e incluso Dominique lo habrían entendido si hubiesen prestado atención.

Al día siguiente, en el Palais Royal, cuando íbamos por el pasillo de la galería de Valois, Cato se desplomó a mi lado.

Lo agarré antes de que tocara el suelo y, con él en brazos, me puse a pedir socorro en todos los idiomas que sabía mientras Cato se ahogaba al respirar y la cara se le ponía roja y luego blanca. Logró sacar la cartera del bolsillo de los tejanos, la abrió y me enseñó una tarjeta médica, que entregué al personal sanitario en cuanto llegó, y justo antes de que le pusieran la mascarilla de oxígeno, lo arrancaran de mis brazos y lo acostaran en una camilla anaranjada de plástico, me llamó entre jadeos.

Esperé que dijera algo más, pero me miró como si yo fuera una extraña que acabara de recogerlo en la calle y con esfuerzo pronunció las palabras:

—Llama a mi padre.

Más tarde, cuando pude comunicarme con él, Sharif me contó que le había pasado lo mismo cuatro años antes, cuando le había dado el último ataque. Cato sabía que podía pasarle, dijo. El humo de la noche anterior que nosotros aguantamos en el pecho y soltamos sin problemas, riéndonos, estaba lleno de hongos en estado latente que activaron las esporas de los pulmones quísticos de Cato. Estaba enfermo desde antes de que yo lo conociera. Sharif me contó que podía achacarse a los vientos de Chernóbil. Sharif y Cato tenían once años cuando se produjo el accidente nuclear, estaban de vacaciones con sus madres en la Bretaña cuando la nube radiactiva y las lluvias que siguieron barrieron aquella zona. Hasta pocos años antes, el padre de Cato había estado al frente de la comisión que negaba los efectos de la explosión sobre la salud de los niños franceses.

Cato era uno de tantos, dijo Sharif. Primero tuvo un cáncer. Un nódulo en el tiroides que le quitaron. Me preguntó si no había notado las marcas de los puntos y la cicatriz en la base del cuello.

—A mí el tiroides me funciona mal, pero lo controlo medicándome a diario —dijo Sharif—. A Cato lo afectó más, mucho más.

Después del cáncer, la sarcoidosis pulmonar. Hay gente que vive con la enfermedad sin mayores problemas, pero a Cato lo afectó hasta el punto de desarrollar una sensibilidad extrema al polvo y a las bacterias. En la gran mayoría de casos, los pulmones se curan y solo quedan cicatrices diminutas, pero los de Cato se volvieron fibrosos. Sharif me contó que Cato padecía artritis y que siempre tenía dolores. Me preguntó si no me había fijado en que tomaba esteroides a diario y llevaba un inhalador en el bolsillo. Sharif insistió en que París era demasiado para Cato, necesitaba el aire más puro que la naturaleza pudiera ofrecerle.

—¿Por qué crees que decidió vivir solo en esa casa en el fin del mundo? —preguntó.

Cerré los ojos como si con ello pudiera cambiar algo y solo vi a Cato. Sus comedidas excusas para no viajar en metro —claustrofobia, decía— o unirse a los demás cuando lo invitaban a discotecas o a fiestas llenas de humo. Por las mañanas se levantaba tosiendo y de color azul, él lo achacaba al polvo de la vieja Casa de las Estrellas, recuerdo que pensé que las criadas eran unas holgazanas, y también recuerdo que una vez le comenté en broma: «Cuando duermes pareces un cadáver», pero a él no le hizo gracia.

Loic me llevó todos los días en coche al Hospital Americano de Neuilly para ver si conseguía que las enfermeras, que tenían instrucciones de mantener a raya a las visitas, me dejaran verlo. Al octavo día le dieron el alta y lo pusieron al cuidado de su padre. Sharif convenció a *monsieur* De Manou para que me dejara ver a Cato; le explicó que yo era respetable, una de las muchachas que se alojaba en la Casa de las

Estrellas, y al undécimo día, después de que desde la oficina de *monsieur* De Manou telefonaran a Séraphine para comprobar ese punto, me concedieron una cita.

El apartamento de Antoine de Manou ocupaba toda la tercera planta de un elegante edificio de la rue Vaneau. Un joven mayordomo vestido con una chaqueta blanca me acompañó al salón. Las paredes estaban cubiertas con placas y retratos oficiales en las que el viejo De Manou aparecía trajeado estrechando la mano a otros hombres condecorados, se veían también fotos más antiguas de él en uniforme, con el pecho lleno de medallas, paseando la mirada meditabunda por paisajes extranjeros. Me llegó el murmullo de voces de otra habitación seguido de pisadas en el pasillo, y una mujer delgada, con un vestido entallado y una cara estrecha de pájaro, asomó por la puerta y por señas me indicó que me acercara. No se presentó, se limitó a mirar al frente y a conducirme pasillo abajo con la advertencia:

—Podrá estar con Felix media hora. No debe tocarlo, no debe hablarle en voz alta, solo en susurros. No se alarme cuando lo vea. Para que esté más relajado lo hemos sedado.

Llegamos a otro vestíbulo donde, sentada en una silla delante de una puerta, una enfermera tejía una masa gris sin forma. Al vernos, asintió con la cabeza, la mujer delgada abrió la puerta y me dejó entrar sola.

Descansaba boca arriba en una cama sin cabecero, cubierto por una manta blanca, rodeado del zumbido de los monitores, con sondas que partían de sus brazos y se perdían debajo de la sábana, el pecho magullado cubierto de conectores eléctricos fijados con esparadrapo. Una mascarilla de oxígeno le cubría la nariz y la boca, tenía los ojos cerrados, parecía dormir plácidamente a pesar de las agujas alojadas en sus venas.

Otras dos enfermeras se ocupaban de vigilarlo a él y los aparatos junto a su cama. Una de ellas se levantó para que pudiera sentarme. Era una señora mayor, eslovaca, según me dijo cuando le pregunté.

—Felix —anunció procurando suavizar el ronco vozarrón—, ha venido a verte tu amiga.

—La oye —me dijo tocándome el brazo.

No hablé. No lo toqué. No intenté que notara mi presencia buscando su mano. Me limité a contemplar el contorno de su cuerpo debajo de la sábana, los brazos y las piernas inmóviles que yo creía que habían sido creados para envolverme. Desde el día en que había tenido el ataque no había pensado en otra cosa que estar a su lado y decirle todas estas cosas, me había puesto su ropa, había dormido con las camisas sucias que Cato había dejado apiladas sobre la silla en un rincón de nuestro cuarto. Ese día llevaba puesto su suéter gris, con el dobladillo desgastado y el agujero en la axila. Me pregunté si lo sabría, si alcanzaba a olerse en mí.

En aquellos días de angustiosa espera, Tarentina me había dicho en un aparte: «La vida te está diciendo que es hora de que sigas tu camino».

Observé los párpados de Cato en busca del movimiento de los sueños; estaban

inertes.

El viejo me detuvo cuando me disponía a salir al rellano para marcharme a casa. Era más bajo y más compacto de lo que había imaginado; podía ver por encima de su cabeza calva y cuadrada, cubierta por unos cuantos mechones canosos peinados sobre el cuero cabelludo lleno de lunares. Llevaba un traje marrón, una camisa azul pervinca y una corbata anaranjada.

—Lucrecia —dijo.

—Leticia —lo corregí; no solo no se dio por aludido, sino que me miró como si acabara de insultarlo.

—¿Sabe usted quién soy?

—El padre de Cato.

—En efecto. Y dado que es mi hijo me siento en la obligación de decirle que su interés por el bienestar de Felix, aunque conmovedor, es del todo innecesario. Quédese tranquila, por ser hijo mío recibe los mejores cuidados médicos. Y aunque quizá considere usted que su presencia es reconfortante, créame, no es más que una molestia, una distracción, y, como tal, la consideramos... debilitante. Espero haber sido claro.

Habló sin dejar de balancearse, le temblaba la papada, soltó el discurso sin respirar, de modo que sus palabras fueron apenas audibles. Empleó un tono monótono, como si leyera en un teleapuntador, con la vista clavada en mí sin verme.

—No estoy segura de entenderlo, señor De Manou.

—Se lo diré de otro modo. Hasta que el primo de Felix me mencionó su nombre, jamás había oído hablar de usted. Deduzca usted misma qué dice eso sobre su amistad con mi hijo.

Guardé silencio cuando el hombre salió al rellano y se me acercó con las ventanas de la nariz dilatadas.

—Ahora que ha comprobado que mi hijo está a salvo y en buenas manos, estoy seguro de que lo comprenderá usted si le pido que no hace falta que vuelva por aquí.

Acto seguido, entró en su apartamento y cerró la puerta.

Mi madre y yo nos sentamos en el banco del alféizar de la ventana en el dormitorio de mi infancia. Miré hacia el patio trasero, la hierba se agrisaba, el invierno la estaba matando, por el noreste se ponía el sol y en la pálida penumbra brillaban las luces navideñas de árboles y arbustos. En los cuatro meses que había estado ausente mis padres habían envejecido más deprisa, pero en ese momento, a solas conmigo, mi madre dijo que era yo quien había envejecido, que me veía flaca y abotargada, con la piel cenicienta y unas ojeras que me oscurecían los ojos.

Quise quedarme con él en París. En el vuelo de regreso a casa me dije que ya me acostumbraría a sentir el alma dividida. Mi cuerpo estaría con mi familia celebrando la Navidad, pero mi espíritu seguiría con él, en un horizonte en el que veía nuestros nombres garabateados tal como él los había escrito en el hombro de la estatua de bronce del puente Alejandro III, y como yo los apuntaba en las cubiertas interiores de mi diario, y me los dibujaba sobre la piel seca con las uñas recortadas, y los trazaba sobre su fría espalda cuando me rondaba en la oscuridad morada de mi dormitorio parisino.

Toda mi familia fue a recogerme al aeropuerto, pero yo iba como atontada mientras mi padre pasaba por autopistas atestadas por el denso tráfico de las fiestas, los centros comerciales cubiertos de luces verdes y rojas, guirnaldas resplandecientes, numerosos Papá Noel gordos y escaparates adornados con renos caricaturescos.

Tuve que hablarle de él a mi madre de manera tal que no se asustara. Nunca estaba segura de su maternidad, dudaba de sí misma, para guiarme confiaba más en las plegarias que en su propio criterio. En cierta ocasión me había confesado que no sabía cómo ejercer de madre. Se sentía como una huérfana grande que nunca había aprendido los métodos de la maternidad. Una leona guiada más por el instinto que por la razón.

Le describí a un chico y a una chica que se habían conocido en la orilla del río una noche cálida de finales de verano.

—Su padre es un hombre distinguido —dije con la fórmula educada, tal como Séraphine me aconsejó que hiciera al hablar de hombres de cierto nivel, pero mi madre no lo entendió y quiso saber más.

—Es un hombre importante.

Le conté que la madre de Cato había muerto, que él había pasado la infancia en el campo, y que su padre vivía cerca de la Casa de las Estrellas.

Nos miramos.

A mi edad mi madre ya tenía hijos y ahora estaba cansada; sin embargo, conservaba un atractivo en cierto modo tosco y salvaje. Los párpados se le habían caído un poco desde la última vez que la vi. Los labios firmes se le habían contraído. Me moví para levantarme y dejarla sola en el banco de la ventana, pero me tocó la mano con suavidad y me quedé quieta. Quería contarle que por fin había pasado. El

esquivo conocimiento del amor que me había descrito cuando yo era niña por fin era mío. Pero con los ojos me advertía que tuviese cuidado; era la misma mirada que me había echado hacía tiempo cuando me había enamorado de Daniel y, en voz baja, mientras cortaba las verduras para la sopa de la cena, me había dicho:

—Nadie te dice que cuando te entregas a alguien por completo dejas una parte de ti que luego nunca recuperas.

Le eché en cara el consejo.

—Eso es porque en tu vida solo has querido a un hombre.

Un hombre que al amarla la había arrancado de su juventud y de su país.

A diferencia de otras madres, la mía no era cruel ni partidaria de los castigos; se limitó a terminar de cortar las verduras en la madera, a echar los tomates a la olla en el fogón antes de volver a su sitio en la encimera, a mi lado.

—Yo solo te estoy diciendo que en la vida hay ilusiones y que a veces no las descubres sino al cabo de muchos años.

Llegamos a la iglesia una hora antes a fin de poder ocupar nuestros bancos para la misa del gallo. Mi madre se pasó toda la espera de rodillas, con los ojos cerrados, sujetando en las manos entrelazadas el rosario, el que mi padre le había hecho con clavos como regalo de bodas. Mi padre estaba sentado, miraba a su alrededor a los feligreses, y a la cúpula del techo. Santi y Priscilla, su novia desde hacía un año, hija de Salvador, el famoso pintor de Bucaramanga que pintaba cóndores esqueléticos, se agarraban de la mano y de vez en cuando se besaban en los labios con disimulo, sin perder de vista a mi madre para asegurarse de que seguía rezando.

Priscilla quería casarse con mi hermano, pero Santi no estaba seguro. Ella tenía veintitrés años y le dijo que cuando lo conoció era virgen, pensando que con eso él estaría más interesado. Hablaba sin reparos de sus ansias de ser madre, de que su única ambición era ser ama de casa. Preparaba postres para nuestra familia, y se vestía procurando que las prendas le resaltaran los pechos y los muslos. A su lado mi aspecto era sencillo y un tanto varonil. Priscilla no entendía por qué ponía ese empeño en estudiar. Decía que a los hombres no les gusta tanta educación y que la literatura, el arte y la historia eran cosas de depresivos.

—Los hombres son frágiles, Lita. A la mujer le corresponde mimarlos, no mostrarse más lista.

Cuando le conté que me iba a Francia, dijo que una mujer no debía viajar sola salvo si iba a ver a sus parientes.

—No eres de este siglo —le dije, pero se echó a reír y me contestó que ser moderna consistía en saber que las costumbres de antes son las que mejor funcionan.

—Me voy a casar con tu hermano —añadió, segura de sus palabras—. Me voy a casar con él porque me lo merezco.

Yo estaba sentada entre ella y Beto; mi hermano llevaba un traje heredado de

Santi, que le habían arreglado a su medida, la chaqueta le iba un poco holgada de hombros, y eso lo hacía parecer aún más niño. Me había perdonado al instante por haberlo dejado; en el aeropuerto me había recibido con un abrazo. Estaba dormitando, pero nuestra madre no lo regañaba porque era un efecto secundario de la nueva medicación, y se suponía que debíamos estar contentos de que aguantara las clases sin salir corriendo del aula para llamarla y suplicarle que lo llevara a casa.

Al verlo en su estado actual, con la mirada perdida, sentí nostalgia de los dardos envenenados que me lanzó cuando me fui a París. Me preocupaba en lo que nos estábamos convirtiendo. Y me pregunté si no estaba yo medicándome al pasar parte de mi vida en París, con el narcótico del amor, un lujo que podía permitirme gracias a los años de privaciones que mis padres habían pasado para que yo disfrutase de ese privilegio.

Después de misa, Beto bajó el sendero desde la iglesia al aparcamiento cogido de mi brazo, los dos lagrimeando de frío. Nuestros padres iban delante, caminando al mismo ritmo, agarrados de la mano para no resbalar en el hielo oscuro.

—No fui el único que lo pasó mal en tu ausencia —me dijo Beto—. Los que lloraron fueron ellos. Sobre todo mami. Todos los días.

Nuestra padre era expresivo y sentimental, pero nuestra madre no derramaba ni una lágrima, como si nunca hubiese aprendido a hacerlo. Estaba segura de que Beto exageraba.

—No te creo. Ella nunca llora.

—Santi dice que antes nunca tuvo motivo porque estábamos siempre aquí.

Cuando se lo pregunté a Santi, me dijo:

—Me paso la vida explicándoles que esa manía que te ha dado de descubrir quién eres es algo típicamente americano. Se limitan a aguantar hasta que vuelvas con nosotros y hagas lo que se supone que tienes que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y qué supone que debo hacer?

—Lo que has hecho siempre. Ayudar a mami con sus obras de caridad y trabajar en Compa con papá y conmigo.

—¿Eso te han dicho ellos?

—No hizo falta.

—¿Y si no fuera lo que yo quiero?

—Oye, ¿dónde has dejado la lealtad? No eres una ameba. No has venido sola a este mundo. Nuestros viejos nos han dado mucho, lo menos que podemos hacer es devolver a la familia todo lo que hemos ganado. Por Dios, Lita. A veces te portas como una auténtica gringa.

—Yo solo quiero saber cuándo exactamente mi vida será mía.

—¿Estás bromeando? Nunca.

El día de Navidad, la casa de los Del Cielo se llenó de decenas de amigos que

comieron y cantaron acompañados de guitarras y de acordeones las canciones de la infancia de nuestros padres. Todas las Navidades, después de la primera copa de vino, a nuestro vecino Abel le entraba la llorera y se ponía a contar a los miembros de su familia lo que la guerra o las enfermedades le habían arrebatado a lo largo de los años vividos al otro lado del océano, y hablaba de la esposa que no había encontrado, de los hijos que no había tenido, decía que la inmigración era un asunto solitario cuando no tenías a nadie con quien compartirlo. Al caer la tarde, como tenía por costumbre, apoyado en el hombro de mi padre, lamentó entre gemidos que cuando fuera viejo y frágil no tendría a nadie que cuidara de él. Dijo que envidiaba a mi padre, que Dios lo perdonara por su codicia y por sentir aquellos celos tan tremendos, porque él era un hombre pobre que se había enriquecido solo para llegar a la conclusión de que la familia era la auténtica fortuna.

Al final de la noche, ante tanto regalo opulento y despilfarro de comida, mis padres recordaban su antigua pobreza, cuando vivían con cinco dólares a la semana, preparaban sopas con cualquier cosa que encontraban y el resto lo gastaban en comida para su bebé Santi, ahora un muchacho musculoso, de metro ochenta y siete y ojos claros. Intenté imaginarme a Cato con nosotros, intenté imaginar cómo los mundos que había querido separar, llegados a ese punto, si los dejaba, confluirían.

Todas las mañanas mi padre se levantaba a las cinco sin despertador y hacía sus rondas, controlaba que sus hijos durmieran, aunque ya no fueran niños, preparaba la primera cafetera, daba de comer a los animales, luego volvía a su habitación y hacía ejercicios de calistenia en el suelo, que remataba con cincuenta flexiones con sus bíceps cada vez más esmirriados. Cuando era pequeña, me despertaba en cuanto oía sus pasos, me sentaba en el suelo y lo observaba: la espalda desnuda, bronceada y recta se perdía en el pantalón del pijama, los brazos delgados latían bajo el peso del cuerpo. Me dolía ver su esfuerzo en las últimas subidas, la cara roja y las venas del cuello hinchadas. Aquello era una prueba evidente de los límites de su fuerza y me aterraba pensar que algún día algo más poderoso que mi padre pudiese quebrarlo.

Aquella mañana, cuando oí sus suaves pisadas sobre el entarimado, me levanté para reunirme con él en el vestíbulo y lo seguí mientras cumplía su ritual. Susurró un buenos días a los perros, que lo recibieron restregando cariñosamente el morro contra sus piernas, los gatos esperaban con las colas enhiestas como postes mientras él les cambiaba el agua y les llenaba los cuencos de comida.

Me vio de pie en la entrada y me preguntó:

—¿Sigues con el horario de París, corazón?

—Ya sabes que me gusta madrugar, pa.

Quería hablarle de Cato pero sabía que mi padre me diría: «La gente no se enamora así como así. El amor no es ninguna casualidad. No llega ni cae del cielo como la lluvia. El amor es un plato preparado con mucho cuidado entre dos personas

que luego se sentarán a comerlo juntos».

Y que es una elección que debe hacerse con mucho cuidado porque, según él, cada uno de nosotros es la suma de las personas que ama. Él eligió a mi madre porque tenían una historia similar; un manto de hambre y de vergüenza envolvía su infancia. Ninguno de los dos tenía nada, y pensaron que juntos podrían hacer algo.

«Solo los ricos y los tontos tienen tiempo para sentarse a pensar en el amor. Y no somos ricos por más dinero que tengamos para no pasar hambre. Siempre seremos pobres, y el día que yo o cualquiera de mis hijos crea que somos ricos, será el día en que me quede ciego y el día en que me quede ciego será el día en que empiece a morirme.»

«¿Cómo sabes cuándo has encontrado el amor?», le pregunté muchas veces a mi padre a lo largo de mi infancia, tratando de entender el misterioso destino que había unido a mis padres.

«Pero tiene que llegar un momento, papi, en que estás seguro, ¿no?»

«El amor no es algo que se encuentre, mi amor. Sino que se elige. Y para mantener vivo el amor, tienes que elegirlo otra vez, día tras día.»

Cuando llamé, Sharif me comentó que Cato ya se pasaba despierto gran parte del día. Sharif y las enfermeras le contaron que yo había ido a verlo, pero Cato no dijo nada.

—¿No preguntó por mí?

—No. —Sharif se quedó callado y en el fondo me llegaron los ruidos de su casa, en La Goutte d'Or—. Tienes que entenderlo, Lita. La última vez que le pasó, estuvo meses sin decir palabra.

Cuando regresé a Francia, Cato ya estaba en su casa de la playa. No sabía cómo comunicarme con él, así que fui por mi cuenta, tomé el tren en la estación de Saint-Lazare, paré un taxi en la estación de Calvados y de memoria le fui indicando al taxista cómo llegar a la casa, porque tampoco tenía la dirección.

Salió a abrirme sin pronunciar palabra. Me eché en sus brazos, su cuerpo enjuto chocó contra mis costillas.

—Por favor —me susurró en el pelo—, no hablemos de lo que pasó.

Y aunque no sabía bien si se refería a su enfermedad o a lo nuestro en aquellos meses de silencio y de separación, asentí.

Era la primera vez que estaba en su dormitorio. Recuerdo que pensé que tenía pinta de búnker. Daba a la parte de atrás de la casa y tenía una amplia ventana de tres hojas con vistas al jardín, a menudo cubierta por una espesa capa de cortinas de loneta que abría una hora al día para renovar el aire. No le gustaba la luz del día, y las pilas de libros y los baúles de madera arrimados a las paredes de tonos semimates contribuían a oscurecer más la estancia. Un enorme planisferio, combado y con arrugas, cubría una de las paredes. La cama con dosel estaba bien hecha, con sábanas blancas y limpias y un cubrecama azul marino. En el suelo, al lado de la cama, había

un viejo teléfono de rueda conectado a un contestador automático. Sus zapatos cubrían la pared junto a la puerta, cierto orden en el desorden, incluso si a primera vista el cuarto me llenó de una pena infinita, como si Cato hubiese trasladado toda su vida entre aquellas cuatro paredes.

Me dio la bienvenida, me hizo sitio, quitó cosas, desplegó un portamaletas para que pusiera mi equipaje y me dejó espacio en su armario para que colgara las pocas prendas que había traído. Fui a la ventana y abrí las cortinas. En primer lugar me esforcé por que la habitación se llenara con el ruido de nuestra conversación, le pedí que me contara anécdotas sobre el origen de todas las cosas que veía, al principio me complació pero de tanto hablar empezó a faltarle el aire y se tumbó en la cama. Me acosté a su lado. Lo besé, pero le dio un ataque de tos y me fui corriendo a la cocina a buscar un vaso de agua. Quería que todo fuera como antes, dormir desnuda con él, sentir su piel y su aliento cálido, pero tanto fuera como dentro hacía frío. Dormimos con jerséis y pantalones, los pies embutidos en gruesos calcetines de lana que había tejido su madre hacía mucho tiempo. Me pasé toda la noche tratando de no separarme de él. Yo no dormí pero él sí, a pierna suelta, y me resistí a despertarlo hasta que la mañana transcurrió lenta y llegó la tarde.

Preparé un suculento desayuno a base de huevos, salchichas, tostadas y café. Por la mañana, cuando una mujer que vivía al final del camino trajo la verdura y algo de comida, salí a recibirla. Me miró de arriba abajo y me preguntó cuánto hacía que trabajaba para «monsieur».

—No soy su empleada —contesté—. Soy una invitada.

Más tarde, cuando se lo conté a Cato, intenté quitarle importancia, y en broma le dije que quizá la mujer de la verdura se había creído que yo era la gobernanta.

—Es un error comprensible. Ninguna chica se ha quedado conmigo hasta ahora. Eres la primera.

Se sentó a la mesa y se enfrentó resignado al desayuno. No tenía apetito y dijo que aún le dolía la garganta por los tubos, y que notaba un escozor y una presión en el pecho. Tomó unos cuantos bocados de los huevos antes de apartar el plato y prometerme que se los comería más tarde.

Por la tarde, mientras descansaba, limpié la casa, quité el polvo de los muebles y los estantes, lavé las ventanas y los suelos, conjurando mis temores mientras ahuecaba las almohadas y los cojines, y ordenaba los libros y los discos. En el garaje vi una bicicleta cubierta de telarañas, la limpié, encontré un inflador en una pila de trastos viejos e hinché las ruedas. Recorrí en bicicleta el camino de grava hasta la hilera de tiendas del puerto deportivo, donde un grupo de gente se agolpaba alrededor de un puesto de madera donde los pescadores vendían el pescado fresco del día. Cuando me tocó el turno, pedí dos filetes, pero el hombre se hizo el sordo y atendió a una mujer que llegó después. Volví a intentarlo y tampoco me hizo caso. Me aparté para observarlo, sirvió a todas las personas del grupo, que se marchaban con su pescado envuelto en papel.

Estaba acostumbrada a encontrarme siempre con casos de identificación errónea. No solo en París, donde me habían tomado por prostituta, o cuando los dependientes de las tiendas me vigilaban, sino que cada vez que me subía a un taxi, el conductor, fuera francés, africano, español, italiano o árabe, me tomaba por magrebí. Cuando quería sacarlos de su error, me cubrían de insultos por negar mi cultura y crearme superior por el mero hecho de estar en Francia. Algo bastante parecido me ocurría en mi propio país, donde me crié en un pueblo de marfil acomodado y protegido, sin tener la menor idea de qué era eso que en los impresos normalizados llaman «raza blanca» hasta que mi maestra de tercer grado me lo aclaró. Nadie nace con la sensación de estar fuera de lugar. Es algo que te imponen de fuera. Sin embargo, era una circunstancia a la que ya estaba acostumbrada, y que la mayor parte del tiempo apenas notaba.

Pero en aquella ocasión, pensé en el padre de Cato. Había decidido no contarle a Cato cómo me echó de su casa cuando había caído enfermo y fui a visitarlo; de pronto notaba al viejo en todas partes, en las caras de la gente del mercado, del pescadero, de la mujer que entregaba la cesta de verduras; a sus ojos yo era indigna, invisible. Sin embargo, no me sentía dolida, sino confundida, no estaba segura de si era quien yo creía que era. Y no cesaba de repetirme que lo único importante era quiénes éramos Cato y yo en relación con el otro.

Aquella noche abrí el grifo del agua caliente y dejé que las paredes del cuarto de baño se cubrieran de vapor. Cuando la bañera se llenó, lo invité a entrar y nos acomodamos en el agua, con las piernas entrelazadas y las rodillas asomando a la superficie. Le lavé el pelo. Le rasuré el cuello y la cara hasta dejárselo bien suave; tenía los ojos cerrados, las mejillas tersas y relucientes. Cuando dejé la navaja, sonrió, se inclinó y trató de besarme, pero un acceso de tos se lo impidió. Lo abracé contra mi pecho. Nos quedamos así hasta que el agua se enfrió. Salí de la bañera y dejé que me mirara. El cuarto resplandeció ámbar y dorado a medida que las gotas resbalaban por mi piel hasta el suelo de baldosas. En mi cuarto de París siempre me había mantenido en las sombras o me había cubierto con la sábana. Allí me quedé frente a él.

Saqué una toalla, la desplegué mientras él salía de la bañera temblando y lo envolví en ella entre mis brazos. En la cama se aproximó a mi cuerpo con una fuerza renovada, las sábanas y las mantas terminaron en el suelo. La luna brillaba a través de las cortinas transformando el cuarto en un valle color añil, la luz de las estrellas se filtró por las esquinas para perderse entre los libros y los baúles, mi bolso marinero vacío y olvidado en el suelo.

Así pasaron las semanas.

Fingí ser su mujer. Fingí que él era mi marido. Fingí que algún día habría un niño durmiendo plácidamente en la cama entre los dos.

Comenzamos el Año Nuevo juntos, celebramos Nochevieja con un banquete para dos a base de ostras y de champán, aunque no nos dimos cuenta de que habían dado

las doce hasta una hora después; la casa estaba en silencio salvo por nuestras voces. Nunca he creído en los propósitos, solo en los deseos y las decisiones, y se lo dije, pero hice lo mismo que habría hecho en casa con mi familia. La tradición consistía en cubrir las uvas con azúcar y comer doce seguidas cuando daba la medianoche que habíamos reclamado para nosotros. No comentamos cuáles eran nuestros deseos, nos los tragamos en silencio sin dejar de mirarnos. Estuvimos despiertos hasta el amanecer; nos abrigamos bien y salimos a dar un paseo por la orilla del mar. La playa estaba yerma, como si fuéramos los últimos o los primeros seres sobre la tierra.

No tengo fotos de los dos de esa época. En los días invernales que pasé con Cato en Calvados, no se me ocurrió llevar una cámara. De tenerlas, habrían sido fotos tranquilas de nuestras rutinas, una nueva vida doméstica.

Nuestras mañanas eran remolonas, nos costaba abandonar el calor de la cama. Pasábamos las tardes mirando el mar desde uno de los cafés del puerto deportivo, a nuestro alrededor solo se oía hablar francés, a diferencia del concierto de acentos de París, o también subiéndonos a los tanques del día D de la playa desde donde observábamos subir la marea. A veces él iba a ver al médico a la ciudad vecina de Caen. Entretanto, yo paseaba por las calles empedradas y miraba los escaparates mientras lo esperaba. Por las tardes, cuando oscurecía, nos refugiábamos junto al fuego, recostados en los cojines, cada cual con un libro o bien uno le leía al otro. Preparábamos juntos la cena y comíamos en la cocina entre velas y copas de vino. Siempre anhelábamos el final del día, la recompensa del baño caliente, los cuerpos limpios en la cama, bajo las mantas, donde dormíamos, nos despertábamos para tomar otra dosis del otro y volvíamos a entregarnos al sueño.

En la casa junto al mar, Cato y yo dormimos juntos en un refugio de plumas, y en nuestra cama compartida, en lugar de hallar la tranquilidad yo soñaba mucho con mi familia. Soñaba que Santi y yo éramos niños, y juntos espulgábamos a un perro vagabundo que encontramos detrás de la fábrica de nuestro padre. Llevamos el perro a casa, lo lavamos, lo despiojamos y le pusimos Rey. Pero se escapó a las pocas semanas de haberlo adoptado y lo atropelló un coche. Papi dijo que algunos espíritus son demasiado salvajes para retenerlos; nos dejó quererlo, pero el perro había nacido para el ancho mundo. Fue la primera muerte que Santi y yo experimentamos, y mi hermano todavía guardaba una foto de Rey junto a su cama.

Soñaba con Beto, los primeros días tras venir del hospital, cuando yo aún deseaba que fuera una niña. Había querido tener una hermana, que Edén, la hermana que perdimos, regresara con nosotros en forma de otra niña. Desde que supe de su existencia, le hablaba para mis adentros, le consultaba mis problemas como la hermana mayor que yo consideraba que me correspondía tener. Santi y yo observábamos a Beto en la cuna, y yo le preguntaba a Santi si algún día llegaría a querer al bebé recién nacido tanto como me quería a mí. Él negaba con la cabeza, pero a mí eso no me bastaba. Lo obligué a prometerme, a jurarme por su vida que nunca querría a Beto más que a mí, y lo prometió. Siempre lamenté haber sido

aquella niña manipuladora y celosa, porque años más tarde llegué a sospechar que era cierto; por lealtad a mí Santi había privado a Beto de su cariño.

Soñaba con mis padres. Esos sueños en los que siempre estábamos al borde de la muerte tomaban distintas formas: siempre aparecíamos mis padres y yo, e íbamos, por ejemplo, en un coche a toda velocidad que se precipitaba de un puente resbaladizo, o en un avión que se venía abajo, o nos encontrábamos en un edificio desconocido envuelto en llamas. Pero siempre sobrevivíamos los tres, y me despertaba con el cabello empapado en sudor cubriéndome la cara, sintiendo un alivio inmenso.

Todas las noches tocaba a Cato y me moría un poco, como si esa proximidad en realidad nos estuviese separando. Me quedaba despierta, escuchando su débil respiración, sintiendo que nuestra unión tocaba a su fin por el mero hecho de que no hay un principio sin un fin, entonces me obligaba a dormirme, cerraba los ojos con fuerza para borrar el miedo y para recordarme: yo sigue aquí. Él sigue aquí.

Nunca le hablé de aquellos sueños a Cato. Quería hacerlo pero una parte de mí temía espantarlo como si fuera el niño salvaje con el que Tarentina lo había comparado meses antes, y optaba por callarme, y por la noche, acurrucarme en su abrazo primordial para hallar el abrigo de su cuerpo. Temía abrumarlo hablándole de toda la gente de la que formaba parte y que formaba parte de mí. Rara vez mencionaba nada sobre su padre, salvo cuando le pregunté por la cruz azul de la cocina. Me contó que la había hecho su abuelo materno, que había sido orfebre, y que había vivido en aquella casa hasta que murió, cuando Cato era pequeño.

—Mi madre también se crió en esta casa —dijo—. Ahora es mía. No de Antoine. Durante un tiempo me presionó para que la vendiera. Le dije que si quería que me desheredase, pero que me quedaba la casa.

Antoine rara vez iba a visitarlo, prefería aparecer en los meses de verano, pero le dejaba a su hijo mensajes en el contestador, y él los escuchaba cada pocos días. Si Cato le devolvía las llamadas, debía de hacerlo cuando yo no estaba presente.

No sé cuál sería mi aspecto en aquellos días. Sé lo que éramos como pareja, lo que él me parecía a mí, la imagen de él que yo contemplaba, pero de mí solo sé quién era antes y en quién me convertí después. No consigo verme la cara. Sé que era feliz, pero que al mismo tiempo estaba aterrada y llena de júbilo, y tengo grabadas esas caras mías, pero hay una cuarta cara que le ocultaba a él, los ojos que sabían, antes de comprender, lo que iba a pasar, y me pregunto si, bajo la luz adecuada, aquellos ojos se habrían visto en una imagen congelada y brillante si alguno de los dos se hubiese molestado en tomar aquella foto. Quizá sea solo un truco de la memoria recordar quiénes fuimos a la vez que sabemos en qué nos hemos convertido.

Tras pasar un mes juntos cerca del mar, el médico de Cato le dijo que, siempre y cuando tuviese cuidado a qué se exponía, estaba lo bastante fuerte para regresar conmigo a París. Una noche nos quedamos levantados hasta tarde viendo la nieve caer en gruesos copos helados sobre la ciudad y cubrir las ramas de los árboles y todo el jardín con un manto de mazapán. Por la mañana, los trenes sufrieron retrasos, los autocares funcionaban de forma irregular, las tiendas estaban cerradas y los viajeros más entregados se abrían paso con esfuerzo por la capa de nieve blanquísima, de más de diez centímetros, convirtiéndola en un río fangoso, negro como el carbón. Era el día perfecto para no asomar la nariz, pero Cato se había quedado sin su medicación, y como la farmacia de nuestra manzana seguía sin abrir, decidió ir a casa de su padre a buscar el inhalador de recambio. Me picó la curiosidad y decidí acompañarlo.

Me sorprendió que no tuviera una llave del apartamento de su padre. Nos abrió el mayordomo y yo seguí a Cato por el pasillo hasta su dormitorio, haciendo caso omiso de la voz de su padre que, en otra habitación, atendía una llamada telefónica tras otra. El equipo médico ya no estaba allí, pero el cuarto seguía pareciendo tan impersonal como la habitación de un hotel. Me senté en el borde de la cama mientras él sacaba una cajita de uno de los cajones de la cómoda, iba al baño y, tras unas cuantas inhalaciones y toses, regresó a mi lado con los ojos llorosos y las mejillas llenas de color, en lugar de la tez cenicienta con la que se había despertado aquella mañana en mis brazos.

—¿No quieres saludar a tu padre ya que hemos venido?

—Está ocupado. Otro día.

Cuando estábamos a punto de salir por la puerta, el viejo nos llamó.

—Felix, ¿por qué te empeñas en pasar por esta casa como un fantasma?

Me volví despacio y ahí estaba, la figura acartonada de un hombre que fingía sonreír con una máscara de calidez mientras taladraba con los ojos a esa chica que estaba al lado de su hijo.

—¿No vas a saludar a tu padre? ¿Qué ha sido de tus modales, hijo?

Pensé que al menos se abrazarían, pero se estrecharon la mano como colegas.

—Papá, esta es Li... —empezó a presentarme Cato, pero su padre lo interrumpió.

—Sí, sí. Me alegra volver a verla.

—Hola. —Sonreí cuando me tendió la mano para que se la estrechara.

—Señorita, ¿le importaría dejarnos para que pueda hablar un momento a solas con mi hijo?

—No tienes que irte si no quieres —masculló Cato.

—No te preocupes. —Intenté sonar lo más displicente posible—. Te espero en el vestíbulo.

En el rellano oí un televisor en otro apartamento, un perro que ladraba y una mujer que canturreaba en español mientras barría el suelo de mármol frente a una

puerta del piso de abajo. Era una melodía que conocía de mi infancia. Bajé unos escalones hasta llegar al mismo rellano donde se encontraba la mujer. Al ver que la observaba me sonrió.

—Disculpe —le dije en español—, ¿qué está cantando?

—«Los cisnes» —respondió, y entonces la canción me vino a la memoria.

—Cuando éramos niños mi madre nos la cantaba a mí y a mis hermanos —le comenté.

—¿De verdad? ¿Una canción tan triste?

—Nunca supe por qué le gustaba tanto, pero ella dice que al marcharse de su país solo se llevó las canciones.

—¿De qué parte de Colombia son sus padres?

Supo por mi acento que el español no era mi lengua materna. Le dije que mis padres eran de Bogotá y ella me dijo que era de Tolima.

—¿Busca trabajo? —preguntó, señalando su puerta—. La patrona está a punto de dar a luz y necesita una niñera. Ahora solo cocino y limpio. Estoy demasiado vieja para cuidar a un bebé.

—No, gracias. —No quería ser maleducada.

—A lo mejor le interesa a su madre.

—Vive en Estados Unidos, pero gracias de nuevo por decírmelo.

—¿Y qué anda haciendo por aquí?

—Espero a mi novio.

Me miró y la sospecha se le fue reflejando en la cara.

—Es una de las chicas de Antoine de Manou, ¿verdad? Acaba de salir de su apartamento, ¿no es cierto?

No esperó a que le contestara.

—Debería darle vergüenza. ¡Y encima es tonta! Todo el mundo sabe que esos tipos conocen las formas de hacer desaparecer a las chicas como usted. Es usted una entre un millón. Si llega a desaparecer, nadie se enterará.

—No, se equivoca.

Intenté sacarla del error, pero, sujetando la escoba en una mano, se acercó a mí deslizándose junto a la barandilla y me agarró la muñeca.

—Se va a meter usted en líos. ¡Y ahora lárguese y que no vuelva a verla por aquí! ¡Largo!

Huí de sus gritos y bajé la escalera hasta el patio, preguntándome a qué clase de chicas se refería y qué hacía Antoine con ellas.

Cuando Cato salió al patio poco después y nos fuimos para casa, le comenté con todo el tacto que pude:

—La criada del piso de abajo de donde vive tu padre me ha preguntado si yo era una de las chicas de tu padre.

—¿Ah, sí? —No pudo mostrarse menos impresionado.

—¿A qué se refería?

—Es probable que quisiera cotillear.

Esperé un momento para comprobar si decía algo más, pero no añadió nada.

—¿Qué tal te ha ido con tu padre?

—Bien. Tratándose de él, normal —dijo encogiéndose de hombros.

—No le gusta que esté contigo, ¿verdad?

Miró el cielo, me miró a mí y suspiró.

—¿Me pides que te mienta?

—Jamás.

—No, no le gusta. Es un viejo con ideas anticuadas sobre el mundo. Pero yo soy adulto. Hago lo que quiero. Lo que él piense no me importa.

Me turbaba la idea de haber provocado una especie de rebelión callada y me dio pena Antoine porque, a pesar de su amargura, mi Cato no era su Felix; sin embargo, su Felix era su único hijo y cuanto tenía.

Me encontré con Romain en el cuarto de baño, pasadas las dos de la madrugada. Conversamos, el uno al lado del otro, frente al espejo, mientras me lavaba la cara y él se cepillaba los dientes con un centímetro de dentífrico en el dedo. Iba sin camisa, el pantalón negro de trabajo medio caído dejaba a la vista los huesos de la cadera. Giada me había contado que Romain nunca llevaba ropa interior. Me dijo que había terminado de trabajar tarde y que al día siguiente tenía que abrir temprano porque hacía el turno de la comida, y que no tenía ganas de viajar hasta Gobelins por unas pocas horas de sueño. Así que se había quedado a dormir en el suelo de la habitación de Camila.

—Hace mucho que no vienes a leer *Martin Eden*.

—¿Me echas de menos? —Me pellizcó el brazo—. No pasa nada si me echas de menos, Lita. Admítelo.

Lo miré y puse los ojos en blanco.

—Te estoy tomando el pelo. He estado muy ocupado y... —Señaló la camisa de Cato que yo llevaba puesta y añadió—: Y sé que tú también.

Me eché agua en la cara y él bebió del grifo, se enjuagó, y escupió en la pila de porcelana. Me dispuse a regresar a mi cuarto, pero Romain me tiró de la manga.

—¿Por qué no esperas un poco?

—¿Para qué?

—Para hacerme compañía mientras me fumo el último de la noche.

Me envolví las piernas desnudas en una toalla y me acomodé encima del radiador; Romain se sentó a mis pies, se puso dos cigarrillos entre los labios, los encendió a la vez y me convidó a uno. Me resultó imposible no contarle lo que me había pasado con la mujer de la escoba.

—¿Así que te confundió con una puta? ¿Y qué? No veo yo qué tiene eso de trágico.

—No es la primera vez que me pasa en París —dije—. Pero no puedo olvidarme de la cara de disgusto que puso la mujer.

—¿Quieres mi opinión, Lita? Ya sabes que siempre tengo una.

—Habla.

—Tu problema es que te tomas la más mínima gilipollez como si fuera el acontecimiento decisivo de tu vida. Dejas que todo te afecte. Tienes que aprender a flotar, a dejarte llevar por la corriente, ¿me explico?

—¿Me estás diciendo que debería ser más como tú?

—Si necesitas un modelo de conducta, por mí no hay problema.

Le di unas cuantas caladas al cigarrillo mientras él me miraba.

—Tengo que hacerte una pregunta, Romain. Es algo que no consigo entender.

—Soy todo oídos.

—¿Cómo puedes estar con tantas chicas distintas sin sentir nada?

—¿Quién dice que no siento nada?

—No lo sé, lo supongo.

—Siento cosas. Las siento entonces, en el momento, pero pasado el momento, pues... ya está.

—¿No te encariñas con la persona?

—Verás, las personas son como son, me las folle o no. Algunas me importan, otras no.

—¿No consideras que dormir con alguien es algo... íntimo?

Se me quedó mirando durante tanto rato que estuve a punto de arrepentirme de haberlo preguntado.

—Lita, ahora mismo no estoy follando contigo, pero creo que este momento entre los dos puede considerarse eso que a ti, que tan amiga eres de ponerle etiquetas a las cosas, te gusta llamar «íntimo».

—Somos amigos. Es diferente.

—¿Ah, sí?

Se oyeron pisadas en el pasillo. Automáticamente, Romain y yo aplastamos las colillas contra el alféizar de la ventana y las lanzamos al tejado. Cuando él cerró la ventana, Camila apareció en el umbral de la puerta, envuelta en una larga bata de seda rosa que se arremolinaba a sus pies.

No se mostró demasiado sorprendida de vernos allí, pero fulminó con la mirada a Romain.

—¿Tú no habías dicho que estabas muerto de cansancio?

—Y así es. Pero me estaba poniendo al día con mi amiga.

Se inclinó, me besó en ambas mejillas y luego siguió a Camila a su cuarto, dejándome sola encima del radiador. Esperé un ratito más contemplando mi imagen en el cristal de la ventana —la misma cara, la misma chica de siempre— antes de bajarme y meterme en la cama con Cato, que no había notado mi ausencia.

Mi familia se había instalado en una *suite* con dos dormitorios, mis hermanos en uno, mis padres en el otro, y en medio, una sala.

—Si quieres, puedes venir y quedarte unos días —me ofreció mi madre después de haberme sometido a una cadena de abrazos y de haber recibido sus comentarios sobre mi palidez, el pelo sucio y mi mala postura corporal.

—Si quieres salir unos días de esa casa, estaremos encantados. Esto es cómodo, mi amor. Hay espacio de sobra.

Pensé que la mejor manera de escabullirme era pasar por alto la invitación. Me fijé en Beto, que, luciendo una sonrisa natural, parecía entusiasmado por primera vez en años.

—Quiero que me enseñes el parque de Chateaubriand —dijo—, y el Louvre, el obelisco, todos los lugares sobre los que me escribiste.

—El parque está a la vuelta de la esquina. —Lo llevé hasta la ventana—. Quizá lo puedas ver desde aquí.

Pero no se veía. Los almacenes Le Bon Marché y unos cuantos edificios más lo tapaban.

Mi padre llamó al servicio de habitaciones y desayunamos en familia en la sala mientras mis hermanos despleaban un mapa de la ciudad sobre la mesa de centro y mi madre decía como disculpándose:

—No te sientas obligada a acompañarnos, mi vida. Ya sabemos que estás muy ocupada con las clases y tus estudios. —Y antes de que le diera tiempo a respirar, añadió—: ¿Qué tal es la cocina de tu casa? ¿Qué te parece si voy un día y preparo la cena para ti y tus amigas?

—Estás de vacaciones, mami, no has venido aquí a cocinar, no te preocupes.

Salí de allí en cuanto pude, diciendo que llegaba tarde a clase, pero Beto no quiso dejarme marchar hasta haberse despedido con un abrazo.

—Deberíais descansar. —Intenté que sonara como la voz de la experiencia—. Volveré más tarde y podemos pasar el resto de la tarde juntos.

Todos guardaron silencio. Y no pude dejarlos. Y menos por una mentira, para regresar a casa, al refugio de mi cama, con Cato.

Aquellos primeros días de febrero nevó como nunca lo había visto en Francia, todo se transformó en un barrizal, soplaban con furia el viento del norte, pero me aseguré de que mi familia —pese a su escepticismo— adorara París tanto como yo. Los acompañé a hacer las mismas excursiones que Loic se había inventado para mí las primeras semanas de mi estancia en la ciudad; fuimos a Saint-Germain, cruzamos el río y paseamos por las Tullerías y los Campos Elíseos, visitamos Montmartre y el barrio de Le Marais, hicimos el circuito de museos, recibiendo de frente en toda la

cara virulentas ráfagas de viento hasta que los dejé llorando de cansancio. Por la noche estábamos tan exhaustos que nunca pudimos aprovechar las reservas que el conserje le hacía a mi padre, el sibarita; preferíamos retirarnos a su *suite* y pedir al servicio de habitaciones que nos subieran algo o bien cenar en el restaurante del hotel donde, según me contó Séraphine, durante la Ocupación se reunían los nazis.

En aquellos días largos y animados, aunque alejadas por solo unas cuantas calles, las ramas de mi vida parecían separarse más y más. Mi vida en París quedó atrás: la Casa de las Estrellas, los amigos que ya no se preguntaban por qué tardaba tanto en regresar, ni siquiera Cato, que me dejó a mi aire para que estuviera con mi familia, mientras él salía con Sharif o se dedicaba a holgazanear en mi habitación y a leer la colección de libros que yo había ido comprando en la librería Gallimard del boulevard Raspail. Eran aquellos momentos en los que me sentía excepcionalmente poseída por la alegría familiar, y me olvidaba de todo lo que no fuera esa familia reunida en la habitación de un hotel, riéndose, gastándose bromas, como si las presiones hubiesen quedado en Estados Unidos y nos hubiésemos desplazado de nuevo, familia de caracoles con la casa auestas, y todos los vínculos y las obligaciones —el negocio de mi padre, la red asistencial de mi madre— se hubiesen quedado allí. Y al menos durante aquella semana éramos el clan de los cinco, juntos y libres; con eso nos bastaba.

Mi familia, sin embargo, quería conocer la vida que llevaba en su ausencia. Quería ver la casa de Séraphine, mi dormitorio, conocer a la gente con la que vivía. Durante unos días fui dando largas. Séraphine estaba con el médico, así que no podía recibir a mis padres, pero Loic salió a saludarlos, me puso por las nubes y les habló de lo encantados que estaba la familia De la Roque de tenerme bajo su techo. Mi madre sacó del bolso una cajita, primorosamente envuelta, y una tarjeta: un obsequio para Séraphine, un pastillero de plata con su nombre grabado.

Los acompañé a ver la casa y los jardines. Santi y Beto comentaron por lo bajo que vivía en una pocilga, mientras que mis padres elogiaron los detalles (las grietas) del artesanado y el intrincado dibujo (lleno de agujeros) de las alfombras persas. Yo había sepultado toda la ropa de Cato en el fondo de mi armario y, para recibirlos, mi habitación estaba más limpia y ordenada que nunca, pero las fotos que Naomi nos había sacado a Cato y a mí en el Far Niente, y en una salida a Chambord que hicimos con las demás huéspedes, seguían pegadas con chinchetas en la pared; mis padres y mis hermanos las vieron pero no hicieron comentarios. Como le había contado algo, mi madre no dijo ni mu sobre Cato y cuando hablábamos por teléfono nunca preguntaba por él, como si a fuerza de indiferencia quisiera alejarlo.

Loic hizo correr la voz de que había venido mi familia. Maribel estaba en el estudio, pero Naomi y Saira no tardaron en aparecer en el rellano ante la puerta de mi habitación para presentarse. Dominique también vino, amabilísima como siempre, y Giada, recién salida de la ducha, bajó la escalera envuelta en una toalla.

—Qué alegría conoceros —dijo mi madre y las abrazó a todas.

Debí suponer que las chicas se acercarían a Santi en tropel. Camila fue la primera, pero no estaba a la altura de Tarentina que, al verlo, me lanzó una mirada como si yo fuera culpable de una tremenda traición por habérselo ocultado durante tanto tiempo. Lo recibió con su numerito bien ensayado de chica tímida, y Santi, por supuesto, jamás se perdía un coqueteo gratuito.

Mis padres las invitaron a cenar con nosotros y ellas, agradecidas, de una en una, rechazaron la invitación gentilmente.

Salvo Cato, al que al final encontramos en el vestíbulo cuando salíamos. No había planeado que se conocieran de aquel modo. Seguía tratando de imaginar la escena perfecta para el primer encuentro, pero ya era una realidad y ahí estaban: los míos, todos altos y de pelo negro, alrededor de Cato, pálido y delgado, con el pelo revuelto con el que se levantaba de la cama.

—Este es mi amigo Cato. Ha venido unos días a París.

Mi madre enarcó ligeramente las cejas pero no hizo comentarios. En el tiempo que llevaban allí, ni ella ni yo habíamos hablado de él.

Mi padre le estrechó la mano; trataba a todos los jóvenes como si fueran sus sobrinos o sus hijos.

—Conocí una vez a un tal Gato Gonzales de Brooklyn. ¿Es pariente tuyo?

—Se llama Cato, papi, con «c» —lo corregí.

—¿Es griego? —preguntó Santi.

—La verdad es que no lo sé —contestó Cato.

—Es un sobrenombre —aclaré irritada—. Todos tenemos uno.

—Breve y sonoro —intervino mi padre—. Como a mí me gusta. Yo me llamo Alberto, pero siempre me han llamado Beto, con «b». Encantado de conocerte, hijo. ¿Te vienes a cenar con nosotros?

Papi llamaba «hijo» o «hija» a todo el mundo, en español, pero noté que Cato se sorprendió.

—Sí, con mucho gusto. Gracias.

Fuimos en dos taxis. Yo en uno con Cato y mi madre. Ella contemplaba las luces de la ciudad por la ventanilla, no hablamos, solo se oía el leve murmullo de Radio Nova.

—¿Está disfrutando su viaje a París, señora Del Cielo? —preguntó Cato tras carraspear un poco.

Al principio no lo entendió, no tenía el oído acostumbrado al inglés con acento francés. Le repetí la pregunta en español.

—Es una ciudad preciosa —dijo con un tono tímido, de niña pequeña, sin dejar de mirar las fachadas de los edificios que pasaban por la ventanilla como una película.

El conserje nos envió a un local de moda del Distrito I, demasiado estirado para nuestro gusto, con una decoración en varios tonos de verde, escasos clientes y excesivo personal, así que los camareros se deshicieron en atenciones.

—Deberíamos haberlos llevado al Far Niente —le dije a Cato mientras mirábamos el menú en silencio, sentados a una mesa enorme, rodeados de camareros que nos vigilaban como guardaespaldas.

—¿Qué es este tipo, tu novio o algo así? —me preguntó Beto inclinándose sobre mi hombro.

Asentí, y él farfulló hacia el otro lado:

—Afirmativo.

Santi soltó una risa por lo bajo que hizo que todos levantáramos la vista del menú; supe entonces que la cosa empezaba a complicarse.

Su primera táctica de exclusión fue hablar únicamente en español, y cuando comenté que esa noche debíamos hacerlo en inglés, Santi le soltó a Cato:

—¿Cómo? ¿No hablas español? ¿Cómo es posible?

—Para que sepas —aclaré—, lo habla tan bien como tú el francés.

A Santi le molestaba que le recordasen que no era bueno en algo.

Mi madre también utilizó su lengua materna, pero mi padre, tal como hacía con cualquier amigo mío, intentó conversar con Cato en inglés, y le preguntó por sus estudios, por su trabajo, en qué ocupaba el tiempo libre.

Cato le contó que vivía en la costa y que trabajaba en el puerto deportivo arreglando barcos.

—Ay, hijo, ¿puedes creer que no vi el mar hasta los veintidós años? Y encima desde el avión. No fuimos a una playa de verdad sino años más tarde, cuando llevé a los niños a las Rockaways. Al ver toda esa agua, pensé que estaba en la gloria.

—Es una playa de Nueva York —le aclaré a Cato.

—Y esta muchachita que ves aquí —dijo mi padre señalándome—, la primera vez que la metimos en el agua no quiso saber nada. Le pegaba a las olas, a bofetada limpia, furiosa porque el agua la tocaba. Por no querer, ni quiso pisar la arena.

—¿No te gustaba la playa? —me preguntó Cato divertido.

—Era pequeña —dije—. Obviamente, con el tiempo me fue gustando.

Santi tomó el relevo.

—¿Sabías que mi hermana estuvo a punto de casarse? No hace mucho de eso.

—No es verdad —protesté.

—Estaba convencido de que se casaría. Estaban muy enamorados, ¿verdad, Beto? Beto, el muy traidor, asintió.

—Por aquella época el tipo me caía fatal, pero ahora lo echo un poco de menos —dijo Santi tratando de poner voz nostálgica—. Lita le rompió el corazón. El pobre quedó hecho polvo. Prácticamente le arruinó la vida.

Nuestros padres no hicieron nada para detener la farsa de mis hermanos. Papi parecía un tanto aburrido de la broma y se sirvió un trozo de pan de la cesta. Mi madre me miraba con aire de derrota.

—Lita siempre ha sido una chica difícil de manejar. Incluso se negó a trabajar en el negocio familiar. Te ha hablado de nuestro negocio familiar, ¿no?

Cato asintió, aunque yo se lo había descrito más bien como una tienda de comestibles familiar y menos como una empresa multinacional.

—Lita siempre con sus grandes sueños, siempre hablando de ser diplomática, de viajar de país en país, de probar distintas culturas como si fueran un trozo de pastel.

—¿Queréis callar de una vez?

—Este es un país libre, ¿no? —exclamó Santi riendo—. Bueno, ya sabemos que Francia está llena de neofascistas, pero un tipo como yo todavía puede decir lo que piensa, ¿verdad? Y no te me ofendas, amigo Gato.

—Se llama Cato —dije con acritud—. A ver si lo aprendemos.

Los camareros aparecieron con el primer plato. Observé a Cato enfrentarse a su sopa, desear *bon appétit* a todos, aunque mis hermanos ya habían empezado a comer.

El resto de la velada siguió por el mismo derrotero. A los postres, cuando mi padre, sentado frente a mí, me miró y me dijo que me parecía cada vez más a mi madre —era su forma de decirme que era guapa—, Santi nos recordó a todos que cuando yo tenía diez años me confundían con un chico. Santi también comentó que, aunque me había saltado dos cursos en la escuela —segundo y quinto grado, según él no era ninguna hazaña porque eran cursos de relleno—, nunca había conseguido ser la primera de mi clase como él había sido siempre. Y cuando no se metía directamente conmigo, ayudado por Beto, Santi se las ingeniaba para que la conversación no girara en torno a Cato, sino a nuestra casa y a la gente que él no conocía.

Cuando la cena terminó, nos repartimos otra vez en dos taxis. Esta vez Cato y yo fuimos con mi padre. Cato le dio las gracias por la cena, y lo dejamos en la esquina de la rue de Bellechasse para que pareciera que se alojaba en otro lugar.

—Avísanos si algún día vas a Estados Unidos —le dijo papi cuando Cato se apeó del taxi y nos saludó desde la acera—. Nos encantará hospedarte en nuestra casa. ¿Has ido alguna vez a Estados Unidos?

—No, nunca.

—¿No? Bueno, entonces tendrás que ponerlo en la lista de las cosas que debes hacer antes de morir.

Seguimos en el taxi hacia la Casa de las Estrellas; mi padre puso su mano sobre la mía, que descansaba en el asiento de cuero.

—Parece un buen muchacho tu amigo. Un poco callado. Pero estrecha la mano con fuerza.

Guardamos silencio el resto del trayecto hasta que el taxi se detuvo delante de la casa y mi padre, después de abrazarme y de desearme buenas noches, me dijo con una voz profunda, de modo que me sonó más a orden que a consejo:

—Cuidado, mi amor.

—Siempre tengo cuidado, papi.

—No, corazón —sacudió la cabeza—, te lo digo en serio, ten mucho cuidado.

Cato llegó poco después. Yo ya estaba debajo del edredón. Se quitó el suéter, se

descalzó de una patada y luego se dejó caer a mi lado. Quería pedirle disculpas por la velada, pero ¿cómo disculparme por mi propia familia? Era como una traición.

Se apretó a mi espalda y me envolvió en sus brazos, y así nos quedamos en silencio hasta que al fin dijo:

—Tus padres son muy simpáticos. Tus hermanos también parecen simpáticos.

Respiré aliviada. Me dije que no estaban tan mal. Una familia normal. Sin duda no era peor que su padre.

—Debe de ser bueno eso de tener hermanos. Contar con alguien, en tu caso con dos, con quien compartirlo todo. Debe de facilitar mucho las cosas. No me lo imagino.

Guardé silencio. Daba la impresión de que quería decir algo más pero no se atrevía. Al final comentó:

—Te pareces muchísimo a tu madre, como si te hubiera tenido sola.

—Estoy segura de que mi padre tuvo algo que ver.

—Ojalá pudiera ver la casa en la que te criaste. Con toda la gente y los animales.

—La verás. Algún día. Quizá en verano, cuando yo regrese, podrías venirte conmigo.

—No me subo a un avión desde que era niño.

—¿En serio?

—Solo he volado en helicóptero con mi padre. Pero no en avión. Cuando enfermé los médicos dijeron que, con mis pulmones, era demasiado arriesgado.

Después, como si hablara consigo mismo, añadió:

—Siempre pensé: la vida es larga. Tendré tiempo para todas las cosas que quiero hacer. Pero me doy la vuelta y ya han pasado diez años, como si nunca hubiesen existido.

—Habrá tiempo —dije—. Siempre hay tiempo.

Ya no sabía muy bien de qué estábamos hablando.

—¿Todavía quieres hacer todas esas cosas que ha dicho tu hermano?

—Sí, aunque distintas. Pero sigo teniendo grandes sueños.

—¿Cuáles?

—Ver mundo. Hacer algo trascendente.

—Prométeme que harás esas cosas. Conmigo o sin mí.

—Te lo prometo. Pero tú tienes que prometerme lo mismo.

—Ya sé que no puedo hacer todo lo que me gustaría.

—Puedes hacer todo lo que quieras.

Me habían criado oyendo esas palabras, pero cuando se las dije a Cato supe que no me las creía.

Nos quedamos callados largo rato hasta que al final nos dormimos. Aquella noche soñé con su casa junto al mar, y por la mañana, al despertarnos, le dije que en cuanto mi familia se marchara, quería volver allí con él.

Tarentina dijo que Santi no podía irse sin haber disfrutado de una auténtica noche de fiesta en París. Reclutó a la mayoría de las chicas, incluso a Loic y a Rachid, pero Cato se quedó en la casa. Estaba convencida de que nos divertíamos. Como de costumbre, mi hermano era el centro de atención, pero en cuanto el vodka le hizo efecto, fue directo al grano, me agarró del brazo y, en medio de la música atronadora de la discoteca, me gritó al oído que estaba perdiendo el tiempo con Cato.

Había pasado el día con mi familia. La nieve se había derretido, el sol había asomado y hacía un calor inusual. Habíamos recorrido los jardines de Luxemburgo, habíamos visitado las catacumbas y la iglesia milagrosa, donde mi madre obligó a Beto a arrodillarse frente al altar. Yo recé alguna plegaria por mi cuenta, sobre todo de gratitud. Mis hermanos no habían comentado nada más sobre Cato y los había perdonado, había llegado incluso a la conclusión de que su comportamiento posesivo no había estado tan mal.

Pero era muy propio de Santi esperar a que todo quedara perdonado para tenderme la emboscada.

Tarentina estaba colgada de su otro brazo, tratando de llevarlo a la pista de baile, pero él la apartó amablemente y se quedó a mi lado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Empaquetarlo y llevártelo a casa? No tenéis nada en común más que los ojos de perrito mimoso con que os miráis. Con eso no tienes ni para llegar a la vuelta de la esquina.

Traté de no hacerle caso, pero Santi me agarró de los hombros y me obligó a mirarlo a la cara.

—Te olvidas de quién eres, Lita. Deja que te recuerde que nuestros padres se subieron por primera vez a un avión como invitados de un par de perros.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Sí que hace falta. Ahora te crees igual a esas pedantes de tus amigas. Este es su mundo. Tú, hermanita, estás en él de paso. Todos lo saben menos tú.

»Esto que ves —señaló la discoteca, el gentío que nos rodeaba— no es tu vida. Este país no es tu maldito país. Esa casa decadente de nobles donde vives no es tu hogar. Tu hogar somos nosotros.

Tras la marcha de mi familia, habíamos planeado pasar el fin de semana en Calvados. Teníamos los bolsos preparados. Mejor dicho, en un solo bolso llevábamos las cosas de los dos. Me enorgullecí de ese detalle mientras, encima de la cama, Cato doblaba su ropa con la mía, acomodando nuestras pertenencias del mismo modo que nos habíamos hecho espacio el uno al otro en nuestras vidas y habíamos aprendido a encajar los dos. Habló a mis espaldas, dijo mi nombre en un tono que nunca le había oído, mesurado e insensible, lleno de calma, como si estuviese solo en la habitación, practicando un diálogo y no hablando conmigo.

—Lita. Creo que debería irme a casa solo.

Esperé un momento antes de darme la vuelta y mirarlo a la cara.

—¿Qué has dicho?

—Creo que debería estar un tiempo solo en mi casa. Y que tú deberías quedarte aquí.

Había un nuevo distanciamiento en su mirada.

—Creo... creo que es lo mejor para los dos.

Reaccioné separando mis prendas de las suyas y colocándolas sobre la cama, al lado del bolso. Había menos ropa que sacar de la que me figuraba.

Cuando terminé, me tocó el brazo.

—A lo mejor puedes ir la semana próxima.

—Suena como si no me quisieras en tu casa.

—No es que no te quiera en mi casa... —Su voz sonó apesadumbrada.

Me senté al lado de la pequeña pila con mis cosas.

—Creía que eras feliz durante todo este tiempo.

—Lo era. Lo soy.

—No digas que volveremos a vernos si no es eso lo que quieres.

—No es que no quiera verte, Lita.

—Entonces ¿qué es?

—Creo que será más fácil si lo dejamos ahora.

—¿Más fácil que qué? —No me gustó el desdén de mi voz.

Cato movió los pies nerviosamente sobre la alfombra y soltó un largo suspiro.

—No lo hemos hablado, pero ya sabes que te irás dentro de unos meses. Y también sabes que no puedo ir contigo. No hacemos más que alargar las cosas.

—No tenía tan claro que fuera a irme, pero parece que tú sí.

—Solo intento ser consecuente.

—¿Y por qué?

—No me obligues a decírtelo.

—Tendrás que hacerlo porque no sé a qué te refieres.

—Lita, tú y yo no tenemos nada que ver. Cualquiera puede darse cuenta de eso.

La voz que oí no era la suya. Podía haber sido la de mi hermano, la de su padre, la

de Séraphine o la de cualquiera de las chicas de la casa, pero yo sabía que no nacía de él.

—Entonces vete —dije con frialdad, demasiado orgullosa para mostrar que me derrumbaba por dentro—. Vete ahora mismo si tú también puedes darte cuenta de eso.

Para mi sorpresa, se fue.

Y lloré, no sé cuánto tiempo estuve llorando. Hasta que se me hincharon los ojos y me dolió la cara. En inglés, la palabra «crying» suena manida, vacía. En español, «llorando» suena mucho mejor. Pronunciarla recuerda un grito, obliga a abrir la boca y la garganta, termina con la punta de la lengua detrás de los dientes. En francés, «pleurant» suena demasiado primorosa y contenida, a tristeza disfrazada.

Quise inventar un nuevo término para llorar sin lágrimas. Ese sentimiento desgarrado. La desilusión.

Al final, al tercer día le abrí la puerta a Tarentina. Me sacó de la cama, me abrazó, me limpió la cara, me cepilló el pelo y me dijo, con ese estilo que tenía Tarentina de hablar del amor como un médico, que los hombres son capaces de la ternura más asombrosa sin sentir una pizca de amor, y los que sienten amor normalmente no tienen la más mínima idea de cómo expresarlo.

—Ya lo veía venir, Lita, pero no quise echarme a perder la diversión. Si me hubieras pedido consejo, te habría dicho que dosificaras un poco el afecto. Que no te mostraras tan disponible, que no te ofrecieras en bandeja como un lechón asado con la manzanita en la boca. Ante tanta belleza los hombres se abruman y salen corriendo. No son como nosotras, las mujeres.

—¿O sea que yo tengo la culpa? ¿Soy yo la que ha fallado?

—Por supuesto que no. Eso sí, a Cato no le falta razón. No tenéis nada que ver. Pero tú míralo por el lado positivo. Has conseguido lo que viniste a buscar a París, ¿no?

Tarentina tenía la teoría de que los padres enviaban a sus hijas a Europa no a educarse, sino a quitarse del cuerpo la sed de aventuras amorosas para que pudiesen regresar a su país lo bastante exhaustas y desalentadas para asumir los papeles que les fueron asignados al nacer. Decía que una hija es la principal inversión de un padre, y todas nosotras, salvo ella, que no tenía padre, éramos un puñado de pájaros con las alas cortadas. Tarde o temprano todas regresaríamos a casa, a nuestras vidas seguras y anodinas, nos casaríamos con el muchacho elegido por nuestros padres, y relegaríamos los recuerdos de los días en París a la discreta colección de fotos y de diarios sepultada en el fondo de un armario.

—Ninguna de las relaciones nacidas en esta casa encontraría nunca un reflejo en la vida real —dijo—. Estas aventuras amorosas solo existen aquí. Al final de cada *séjour* siempre hay lágrimas y promesas categóricas, pero llega un momento en que todas las chicas hacen lo que les mandan, preparan la maleta, regresan a casa, y dejan atrás a sus parejas. Tú habrías hecho lo mismo, querida. Te lo digo yo. Considérate

afortunada de que tu Cato te dijera adiós antes de que tuvieras que hacerlo tú. Así tendrás menos de qué arrepentirte.

Iba a decirle que yo no era como las demás chicas y que Cato no era como los demás muchachos, pero levantó la mano y, con una voz suave y severa al mismo tiempo, me dijo:

—Ya sé que te crees única. Probablemente te lo vienen diciendo desde toda la vida. Pero todos los años hay una Lita en la Casa de las Estrellas.

Séraphine me mandó llamar. Me acurruqué en un sillón violeta junto a su cama y me serví uno de sus cigarrillos Dunhill. Esperé a que me abrumara a preguntas para arrancarme una confesión, pero se limitó a observarme, moviendo afirmativamente la cabeza a su ritmo agitado y constante. Contemplé las fotografías repartidas en las paredes; era su manera de ver a diario toda su vida como en un tapiz. Hubo un tiempo en que pensé que de mayor quería ser como ella y verme rodeada de objetos y recuerdos de una vida bien vivida, con pasión, pero en ese momento me pareció trágico: Séraphine, maquillada e inmóvil en el blanco montículo de su cama, mientras el mundo bailaba más allá de su puerta. No sé por qué, en ese momento me molestó.

—Estarás encantada de que tu predicción se hiciera realidad —dije.

—¿Qué predicción?

—Dijiste que él me dejaría y has acertado.

—El cinismo crea adicción, *chérie*. Y no te sienta bien. —Se sirvió un cigarrillo, la luz del encendedor se bamboleó en sus manos temblorosas—. Hay quienes tienen el don del amor y no saben qué hacer con él. Han nacido para estar solos. El amor siempre se les escapará entre los dedos como el agua.

—¿Soy de esas personas?

Me levanté y fui a la ventana; el viento invernal hacía vibrar el cristal con sus cuchillos. En el jardín, el banco de piedra donde me había sentado con Cato la noche de la primera fiesta estaba cubierto de ramitas y de cagadas de pájaro.

—No —dijo Séraphine—, nunca serás así. Tú amas con todas las consecuencias. Al menos eso he visto en ti. Pero no es amor si esperas que el hombre que amas sea el pilar que te sostenga. Una mujer debe tener raíces en la tierra y no esperar a que su amante la plante en un bonito tiesto de barro. El tuyo fue un error sincero, *chérie*. Si hubieses encontrado un amor poderoso antes, como les ocurre a algunas chicas a los trece o catorce años, ahora serías una mujer muy distinta.

—Estuve enamorada una vez.

—¿De veras?

—Creí estarlo.

—Entonces deberías saber que el amor joven no está hecho para durar. Es apenas un fulgor que enciende un corazón que luego recibirá en repetidas ocasiones el bautismo de las penas y los abandonos hasta que te llega el amor verdadero, que tal

vez ni siquiera sea un amor sino algo más parecido a una asociación, dos personas cuyas vidas se cruzan y se unen de un modo que resulta cómodo e inevitable.

—No suena muy romántico.

—No tiene por qué serlo, *chérie*. Al final todos nos parecemos más a como éramos al lanzarnos a la vida que a como queríamos llegar a ser. Lo mejor que podemos hacer es aceptar la vida que nos ha tocado en suerte en el instante mismo de nacer. Soñar es de críos. Un buen día, cuando todo haya pasado, te despertarás y te darás cuenta de que en realidad no has sufrido tanto.

Salí a caminar por la ciudad tratando de volver sobre los pasos que había dado junto a él. Entrecerré los ojos ante los blancos y horrorosos vientos invernales que soplaban desde el Sena, recorrí el muelle hasta llegar a la plaza de las Victorias, donde me senté en el mismo bordillo para atarme las mismas botas de cuero que llevaba en nuestra primera salida.

Recorrí los pasillos del Palais Royal, me detuve en el lugar exacto donde cayó enfermo, y recordé las sombras que dejó su cuerpo en el suelo.

Ese día, junto al obelisco no había novios posando para las fotos de boda. Ni blancos trajes almibarados, ni esmóquines, ni ramilletes de rosas que dejaban pétalos en la acera.

En el puente Alejandro III, una familia rusa me pidió que les sacara una foto. Los padres abrazaban a los niños mientras posaban alineados contra la pared frente a una de las farolas. Cuando se marcharon, me acerqué a la estatua donde nos detuvimos los dos el día de la lluvia. Encontré nuestros nombres escritos en el bronce, cubiertos por otras firmas más recientes. Una parte de nosotros seguía allí.

Crucé Los Inválidos subí por el bulevar hasta el museo Rodin, pasé por las galerías sintiéndome más fantasma que persona, salí al jardín de atrás y caminé despacio por los senderos de grava observando a los enamorados que se acariciaban en los bancos de piedra; allá en lo alto, el cielo encapotado. Antes de que acabara mi recorrido, paré en el parque de Chateaubriand, estaba vacío, sin niños, sin las señoras mayores de siempre inclinadas sobre sus labores de bordado, ni viejos solitarios fumando y observando las nubes como si ocultaran un secreto. Me senté en mi banco, el mismo que había ocupado el primer día para escribirle unas postales a mi hermano, y miré el banco, al otro lado del sendero, desde el cual él me había observado. Lo vi allí sentado, con una pierna cruzada encima de la otra. Los hombros inclinados, la sonrisa avergonzada. El pelo alborotado, la piel nacarada. Oí su voz. Le oí pronunciar mi nombre.

París es una ciudad en cuyas aceras pueden verse escenas de amor a lo largo del año, pero un día de febrero los enamorados se vuelven especialmente audaces, como

impulsados por una explosión nuclear de amor. Es imposible dar dos pasos sin ser testigo de un encuentro de lenguas, de cuerpos enredados hasta tal punto que resulta complejo discernir dónde termina uno y empieza el otro. En los zaguanes, un chico espera de pie, con un ramo de flores en la mano, delante de una chica, la expectación reflejada en los labios.

El día de San Valentín, Tarentina y yo éramos las únicas refugiadas sin pareja de la casa. En su caso era por decisión propia, porque no le gustaban las muestras de sensiblería. Yo quise quedarme encerrada en la caverna de mi dormitorio, repasando mentalmente cada una de las conversaciones que había mantenido con Cato, analizando las pausas, las vacilaciones y las elipsis en busca de pistas de que él estaba con un pie en la puerta, dispuesto a irse, pero esa noche Tarentina me obligó a salir con ella.

Llamó a Romain y le pidió que nos reservara una mesa en el Far Niente, pese a que, unos días antes, cuando vino a leer *Martin Eden*, no le había abierto la puerta pues sospechaba que me soltaría una especie de sermón. Los rumores que circulaban por la Casa de las Estrellas casi nunca se quedaban entre sus cuatro paredes, y los camareros del Far Niente sabían que Cato me había dejado. Romain colocó mi silla de espaldas a la sala llena de parejas, pero cuando el violinista que su jefe había contratado para esa noche tocó las notas iniciales de «Speak softly love», Tarentina le pidió a Romain que corriera el vino.

A eso de medianoche fui al lavabo y me miré un buen rato en el espejo. En general, evitaba los espejos. Mi madre me reñía cuando me quedaba mucho rato observando mi imagen, como si no quisiera que me conociese a fondo. Pero el espejo del pequeño cuarto de baño rojo del Far Niente me sedujo con su diminuta superficie encerrada en el marco metálico. Me miré atentamente, me vi nuevas arrugas alrededor de los ojos y los labios, la tez pálida, los ojos más caídos que nunca, y esa noche, hinchados como profiteroles, con marcas de fatiga en las comisuras teñidas de rosa y de púrpura. Me pregunté si sería la misma cara que Cato veía cuando estaba acostado a mi lado, cuando me besaba.

Ya no sabía cómo era mi cara y no estaba segura de haberlo sabido alguna vez. En aquellos meses pensé que bastaba con verme a través de sus ojos. Pensé que él veía en mí a una persona única y hermosa, digna de amor. Cuando íbamos para el restaurante tuve la sensación de que la acera era suya, que se había adueñado de tramos de la rue du Bac que había recorrido conmigo o cuando iba a verme. El cielo negro era suyo, y me sentí como una impostora en su país, que vivía cada hora como prestada, con la esperanza de que él reapareciera.

Alguien llamó a la puerta del lavabo. Dije que enseguida salía, y cuando abrí, me encontré a Romain con pinta de hambriento, plantado en el vano, de modo que no pude salir, pero él entró. Empezaron los besos. No recuerdo el primero, solo toda la serie que siguió, las bocas húmedas buscándose, mi desorientación al olvidar dónde estaba, cuando abrí los ojos y vi apenas unos centímetros de mi imagen en el espejo,

la cara oscurecida por los rizos de Romain, mi cuerpo perdido en el suyo. Tal vez pasaron segundos o minutos —no supe precisarlo— antes de que lo detuviera cuando él se puso a desabrocharme la blusa. No se resistió, parecía satisfecho de haber llegado tan lejos. Nos miramos. Las palmas de sus manos descansaban en mis caderas cuando crucé los brazos sobre el pecho.

Cuando volví a la mesa bebí más vino. Tarentina no dijo nada al ver mi sonrojo y mis labios hinchados. Hablaba de Loic, me decía que se había enamorado de una bailarina jamaicana llamada Corinne que había ido a la casa a preguntar si tenían habitaciones disponibles. Acababan de echarla del apartamento que compartía con su novio en la rue de Passy y había oído hablar de la Casa de las Estrellas a un amigo de una amiga. Loic apuntó su número y, a través de uno de sus contactos, la ayudó a encontrar un pequeño estudio en la rue Vaugirard; pese a que era un avaro, había reservado una mesa en La Tour d'Argent para llevarla a cenar como regalo de San Valentín.

Era tarde. Le dije a Tarentina que quería irme a casa. Éramos las últimas que quedaban en el restaurante. Incluso el hombre desdentado sin techo había pasado a buscar su comida y se había ido. Romain se había quitado el delantal y la camisa negra y se había puesto su ropa de calle. Cuando vio que nos disponíamos a marcharnos, me di cuenta de que esperaba una invitación. Lo miré, él me miró, y Tarentina fingió mirar para otro lado. Nosotras cruzamos la puerta y él nos siguió. Tarentina apuró el paso para adelantarnos y Romain caminó a mi lado, sus dedos rozaron los míos, trató de hacerse un hueco en mi mano, pero no dejé que me tocara. Tal vez fuera la mezcla de vino y de desdicha, el hedor a romance que desprendía el cemento. Esa noche debí haberle pedido que se fuera, pero no pude. No quería estar sola.

Cuando llegamos a mi dormitorio y Tarentina cerró la puerta del suyo, le dije que podía quedarse a pasar la noche si quería. Que podía incluso dormir en mi cama, pero que dormiríamos y nada más. Mientras se lo decía, me lo creí, y por la forma en que me miró y asintió, pensé que él también me creía.

No recuerdo qué sensación me causaron sus besos porque estaba como atontada, o lo estaban mis labios a causa del alcohol. Solo recuerdo que cuando se puso encima de mí y trató de separarme los muslos con las rodillas mientras yo me resistía y los mantenía apretados, me pregunté si podía conseguir que sustituyera el cuerpo que de veras añoraba esa noche. Quise tocarlo, pero me pesaban los brazos, así que me quedé inmóvil, intentando responder con los labios, con la esperanza de que si lo besaba la habitación dejaría de dar vueltas, pero al cabo de unos minutos no lo soporté más, lo aparté de mí, corrí pasillo abajo hasta el cuarto de baño y vomité.

Cuando regresé a mi habitación, Romain estaba en el suelo, con la camisa de almohada. Pasé por encima de él para meterme otra vez en la cama y cuando estaba a punto de dormirme, no sé si se dirigía a mí o hablaba consigo mismo, lo oí susurrar:

—Siempre queremos a quienes no nos quieren.

Conocí a Pascal una noche en que Tarentina me llevó a una fiesta privada en casa del Músico. Pascal, rubio y de pelo lacio, se sentó a mi lado en un sofá de terciopelo morado cuando Tarentina desapareció en uno de los dormitorios con el Músico, dejándome en una sala llena de desconocidos. Era la primera vez que veía al Músico en persona, y me costó separar al hombre de las historias que me habían contado de él. Llevaba invitando a Tarentina a que lo acompañara de gira desde que ella tenía diecisiete años, iban juntos de vacaciones y la colmaba de regalos. Le había compuesto canciones, incluida una sobre una huérfana brasileña que llegó a ser uno de los más grandes éxitos de su carrera. No obstante, ella sostenía que era un hombre triste, y que cuando estaba solo en su habitación parecía mucho mayor de cincuenta y cinco años, tenía el pecho hundido y la espalda curvada en plan roedor que disimulaba con blusas gitanas, chaquetas de cuero y batas largas. Tarentina juraba que en su relación había poco sexo, quizá por la edad de él o porque se quitaba las ganas con otras, pero había algo que lo tenía enganchado a Tarentina. Ella decía que todo el mundo lo fastidiaba pidiéndole dinero o favores, no solo la gente de la industria, sino su familia, que vivía en una mansión en Belgravia, y que cuando los dos se quedaban solos, a él le encantaba dejar que Tarentina fuese la estrella.

Tarentina había comentado que uno de los invitados habituales del Músico era el padre de Dominique, un tipo abotargado y canoso, con perilla, que sujetaba con las manos las caderas de una joven modelo en minifalda; por ello, nunca llevaba a las demás chicas a esas fiestas, por más que se lo pidieran de rodillas.

Pascal era conocido solo por el nombre y era un cantautor y protegido del Músico, al que descubrió en Londres tocando por unas monedas en la estación de metro de Charing Cross. Pascal fue acortando poco a poco la distancia que nos separaba en el sofá, me ofreció un Chesterfield y comentó que me parecía a una de las chicas tahitianas de Gauguin. No acepté el cigarrillo, sino que saqué mi propio paquete de tabaco, pero Pascal no se arredró.

Dijo que yo tenía cara de extranjera, y que él también era extranjero. Aunque podía pasar fácilmente por un francés continental, en realidad era caribeño, hijo de una martiniquesa de quinta generación, criado en Margot, hasta que a los dieciséis años lo enviaron a Limoges a completar sus estudios.

—¿Y qué haces tú en París? —me preguntó.

Era un vagabundo apuesto, con estilo, vestía unos tejanos rotos y llevaba anillos de plata en todos los dedos.

—Estudio —mentí, porque era más fácil que explicarle que había abandonado la universidad y que mi único trabajo consistía en dirigir una fábrica de escribir trabajos académicos, aunque con eso me pagara el vestido nuevo y las botas de cuero y tacón alto que lucía esa noche, así como el sujetador y las bragas de encaje que Tarentina me convenció que me comprara en Sabbia Rosa, porque decía que mi vestuario era

tan aburrido que no soportaba imaginarse qué llevaba debajo.

»Estoy en la Sorbona.

Era una mentira relativa, pues por las tardes me colaba en las clases porque no pasaban lista ni comprobaban la documentación. Aquello formaba parte de mi reciente plan autodidacta. Sabía que mi estancia en París tocaba a su fin, de modo que me había impuesto una lista de excursiones culturales, de la Capilla Expiatoria al Cimetière des Chiens, Rouen, y el Loira. Sin embargo, las noches seguían siendo solitarias, así que aceptaba todas las invitaciones que me ofrecían, iba de fiesta con el grupo de Giada, seguía a sus pinchadiscos preferidos de club en club o asistía a una doble cita a ciegas con un par de Oliviers que nos llevaron a un local de fondue en Montmartre donde servían el vino en biberones.

A veces las parejas me acogían bajo su protección. Saira y Stef me invitaban a cenar y al cine; Naomi me arrastraba a los combates de boxeo de Rachid en Aubervilliers y Clichy-sous-Bois. Pero las salidas nocturnas con Tarentina eran siempre la producción más espectacular, con sus dos horas dedicadas a acicalarse que incluían música, estiramientos y el ensayo de sonrisas, mohines y caras de enfado delante del espejo, porque, como ella decía, la manera más sencilla de seducir a un hombre es conseguir que te tenga un poco de miedo.

—Con la mirada adecuada, puedes hacer que un hombre dude de todas las elecciones que ha hecho en su vida y que sea tuyo hasta que te apetezca.

Tal vez tuviera razón, porque cuanto más indiferente me mostraba con Pascal, más empeñado estaba en impresionarme.

Tarentina se quedó a pasar la noche con el Músico, y Pascal se ofreció a acompañarme a casa.

—Hace años estuve aquí —dijo cuando aparcó el Citroën frente a nuestras puertas verdes—. Asistí a unas cuantas fiestas. Se llama Casa de Muñecas o algo por el estilo, ¿no?

—La Casa de las Estrellas.

—Eso mismo.

No lo miré hasta que me bajé del coche y le di las gracias por acompañarme. Me sentía tonta. No sabía cómo comportarme en esas situaciones.

Tarentina estuvo de acuerdo en que yo necesitaba una orientación. Lo organizó todo para que nos encontráramos unas cuantas veces más, en discotecas y en bares y, cuando quise darme cuenta, acabé emparejada con Pascal, y ella con el Músico. Pascal tenía un montón de planes, me habló con todo lujo de detalles sobre el álbum que estaba grabando con el Músico como productor, con galas en salas locales y una gira por Japón en otoño, después de pasar dos meses de retiro en su ashram preferido de Rajastán. Era un *Nowhere Man*, como llamaban las chicas a esos trotamundos sin raíces. Se había pasado años viajando por Sudamérica con la guitarra al hombro, e incluso había estado en Leticia, la ciudad a la que debo mi nombre. Tarentina creía que era el antídoto para Cato, encerrado en su casita de la playa. Me esforcé por que

Pascal me cayera bien; para colmo, por algún motivo, me trataba como si estuviese fascinado conmigo. Pero una noche, sentados a una mesita de Castel, me quejé con Tarentina de que me sentía completamente ausente, como una simple chica florero.

—Forma parte del procedimiento, querida —me dijo—. Tienes que entrenarte para estar con otro hombre. Todo el mundo lo hace. Te acostumbrarás.

Invité a Pascal a la galería de Florian, donde daban una fiesta para exhibir la pintura de Maribel, que seguía llamándose *Sin título*. Todos los años Florian elegía a una alumna para que expusiera su obra junto a la de él, y esta vez ella había recibido ese honor, no exento de cotilleos provocados por la relación que los unía y el favoritismo debido a la fama de los padres de ella. Cuando llegamos todos a la fiesta, ella nos acompañó a recorrer la galería, dejamos atrás los cuadros de Florian y llegamos a la pared del fondo donde colgaba su pintura bajo unos rieles de focos, una amalgama de tonos oscuros moteada de pinceladas más claras, formas indefinidas entrelazadas que no seguían una lógica identificable. Maribel decía que la lógica era enemiga de la creación y que una pintura nunca debía ser literal, porque nuestras mentes y almas tampoco lo son.

—¿O sea que no nos vas explicar tu cuadro? —preguntó Camila en nombre del grupo, pero Maribel le contestó burlona que jamás había que pedirle a un artista que se explicara. Porque explicar es justificarse y justificarse supone que uno teme el juicio, y la mera duda destruye todas las posibilidades que tiene una obra de ser auténtica.

El resto del grupo se dedicó a ver los cuadros de Florian, y Pascal y yo nos quedamos en el bar. Nos retiramos con nuestras copas de vino a un rincón de la galería, donde él me apartó un rebelde mechón de pelo de la cara. Me sobresaltó la intimidad de su gesto, y él lo notó porque retiró la mano y la metió en el bolsillo.

Formamos un pequeño muro y hablamos de los demás mientras los veíamos juntos. En el otro extremo de la galería Florian estaba rodeado de admiradores del mundo del arte, mientras los *flashes* de los fotógrafos no paraban de destellar. Maribel y él se esquivaban, mientras Eliza revoloteaba por la sala, una mujer con bronceado permanente que, según los comentarios, años atrás había dejado en Tarragona a sus dos hijos para irse a Francia a vivir con Florian. Me despertó la curiosidad. Me pregunté cuánto debía amar una mujer a un hombre para dejar a sus hijos y su país e irse con él. Quizá fuera como Séraphine había dicho una vez: tal vez el motivo por el que se sufre tanto cuando el amor termina, cuando muere la intimidad, eso que en español llamamos «desamor», se deba a que el amor romántico no es más que el culto a uno mismo.

Eso y el hecho de que todos apostamos la vida por lo que consideramos que es la verdad.

Me acordé de la noche en que me presentaron a Florian, me había acodado en la

borda del barco para contemplar las luces de París de la otra orilla.

Y de Cato, junto a la antorcha, cuando salió de las sombras, y de la larga caminata hasta casa bajo las farolas.

Traté de no pensar, pero en la galería, mirara donde mirase en busca de distracción, las caras de la gente, las ambiguas obras de arte, Pascal a mi lado, que esperaba una señal que le indicara que estaba dispuesta a que me besara, todos los pensamientos me conducían de nuevo a Cato.

Pascal me tomó de la mano.

—¿Te sientes bien?

—Necesito un poco de aire.

No me invadió una sensación de mareo, sino la claridad repentina de que me encontraba en el sitio equivocado.

Salimos a la acera. Pascal encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared de la galería, mientras yo me acerqué al bordillo y observé las fachadas de los edificios de enfrente. Vi pasar una silueta familiar con atuendo negro y ceñido. Estaba segura de que era Sharif, el ninja nocturno en su incursión grafitera por la ciudad, y lo llamé pero no me oyó.

—¿Lo conoces? —Pascal se sorprendió.

Pero yo ya había cruzado la calle y perseguía al muchacho por la acera de enfrente, llamándolo, hasta que al final se dio media vuelta y me gritó a la cara:

—¿Qué quieres?

—Lo siento —me disculpé, retrocedí y tropecé con Pascal—. Te he confundido con otra persona.

—Lita. —Pascal me rodeó con el brazo y me llevó de vuelta a la galería—. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Podemos ir a mi casa o a la tuya, si quieres.

Cuando nos sentamos en el taxi, me rodeó otra vez con el brazo; sin embargo, aquella noche todo me parecía un error. Cuando llegamos a la Casa de las Estrellas, nos apeamos, quedamos frente a frente, y Pascal le pidió al taxista que no parara el taxímetro para besarme en la mejilla y, con una mezcla de amabilidad y de circunspección, pedirme que me cuidara. Solo entonces me di cuenta de que a él también le parecía un error.

Y entonces la vi. La silueta de un hombre sentado en la sombra, en los escalones de piedra. Loic y Gaspard seguían en la galería. Era otra persona.

Me detuve en mitad del patio de entrada.

Se inclinó para que le diera la luz de la luna.

Cato.

Yo ya había dejado de esperar ese momento, y una vez que llegó, traté de hacer alarde de indiferencia, para que no notara que, a pesar de los dos meses de silencio, no quería otra cosa que echarme en sus brazos.

—No me digas que te has perdido.

—No. Espero a alguien.

—Se han ido todos a la exposición de Maribel en Le Marais.

Me detuve cerca de la escalera donde estaba sentado.

—No he venido a verlos a ellos.

—¿Y a quién has venido a ver entonces?

—A ti.

—Pues aquí me tienes.

Empecé a subir la escalera hasta la puerta pero me cogió de la mano.

—Lita, siéntate un momento. Por favor.

Inspiré hondo, como si con eso cobrara energías, y me senté a un palmo de él, muriéndome por cerrar los ojos y olvidarme del día en que se había ido, por dejar atrás el momento en que los dos estábamos ahí sentados, otra vez dos extraños.

—¿Qué tienes que decirme? —Me resultaba más fácil no despegar los ojos del suelo.

—Pues que... intenté hacer como que nunca nos hubiésemos conocido.

Yo también, quise decirle, pero porque no me había dejado otra alternativa.

—Pensé que sería más fácil si te dejaba libre para que te divirtieras con tus amigos, para que disfrutaras del resto de tu estancia en París sin necesidad de cargar conmigo.

—Nunca sentí que fueses una carga para mí.

—Me he pasado mucho tiempo solo. Es la única forma de vivir que conozco. — Le habló al viento en un susurro, despacio pero con firmeza como si hubiese practicado lo que iba a decir—. Sé que fuiste a verme cuando estuve enfermo. Y después desapareciste.

—Tu padre me pidió que no volviera.

—Lo sé.

—Era Navidad. Fui a ver a mi familia. En cuanto regresé fui a verte. ¿No te acuerdas?

—Sí, sí. Eso es lo que intento decirte. Todo lo que para ti es importante está en otro país. Pase lo que pase, uno de los dos terminará dejando al otro.

—Te refieres a mí.

—Tienes que ser tú. Yo siempre estaré aquí.

—Hablas como si estuvieses condenado a llevar la vida que llevas.

—No tengo la misma libertad que tú. Mi cuerpo no es lo bastante fuerte para que yo pueda recorrer el mundo como haces tú.

—¿Y si me quedara?

Cato me miró a los ojos tan sorprendido como yo por mis propias palabras.

—Si te quedaras, sería... diferente.

Guardamos silencio hasta que el espacio que nos separaba se redujo y noté que nuestros cuerpos se tocaban y me rodeaba con el brazo.

—Cato, ¿para qué has venido?

—A buscarte.

Su aliento me calentó la mejilla cuando habló.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Te quiero a ti. Me conformaré con los días que puedas dedicarme, si me aceptas.

Y así todo quedó reparado, e hicimos las paces, o eso creía yo.

La semana siguiente Cato se marchó otra vez a su casa de la playa, esta vez conmigo a su lado, en el tren de la mañana. Abrimos las ventanas y la limpiamos juntos, para que volviera a ser nuestra. Lo acompañé a revisar algunos de los barcos de los que se cuidaba; se mecían como corchos en el puerto. Me gustaba observarlo. En la cubierta de los barcos, Cato era fuerte. Tiraba de palancas y de ganchos pesados, cargaba pesos y empujaba bultos sin dar jamás señales de que la enfermedad lo hubiese debilitado. Allí era un mago; con el viento alborotándole el pelo, manejaba una pieza de ingeniería y, con un solo dedo, izaba la vela, ligera como un pañuelo.

Una tarde Cato preparó las verduras que la señora que vivía al final del camino había dejado en el umbral de la puerta, y yo me fui en bicicleta al puerto deportivo a comprar pescado para la cena a un pescador muy amable que había encontrado en otro muelle, un británico de Dover que, años antes, había cruzado el canal por una mujer de Honfleur a la que había conocido a través de un anuncio y con la que terminó casándose. Pedaleé sin esfuerzo por un sendero embarrado, como si llevara haciéndolo toda la vida.

Esa vida con él, la unión del paisaje con nuestras nuevas rutinas, me parecía paradisíaca. Ni siquiera me molestaba que en el pueblo, cuando Cato y yo paseábamos de la mano, la gente siguiera mirándome fijamente como si yo hubiese tomado como rehén a uno de los suyos.

Ese día, pensé que me acostumbraría al pueblecito de Cato.

Creía que podía vivir allí. Siempre que él me lo pidiera.

Y eso hizo.

Estábamos tumbados en el suelo de la sala llena de libros, aunque en esa ocasión la chimenea estaba helada y vacía. Tampoco había música, solo se oían los sonidos de la primavera, trinos de pájaros que se colaban por la ventana.

—Si quisieras —dijo cauto—, este verano, en vez de irte a tu casa, podrías quedarte un poco más en Francia. En París. O aquí... podrías quedarte aquí conmigo.

Quería que estuviese seguro de lo que me estaba pidiendo, y debió de darse cuenta, porque me expuso una especie de plan.

—Con tu inglés podrías encontrar trabajo sin problemas, o estudiar en la universidad. No para siempre. Sé que tienes otros planes en la vida. Pero podrías quedarte un poco más. El tiempo que quisieras.

Sentí alivio al saber que quería que me quedara cuando venciera mi permiso de residencia. Aunque si no mantenía oficialmente el visado de estudiante, tendría que salir del país y regresar como turista, o quedarme de forma ilegal.

Esa noche lo observé mientras dormía plácidamente en su cama, busqué en las sombras del cuarto una señal, una runa proyectada en la luz de la luna sobre la pintura desconchada de las paredes. Intenté imaginarme una nueva vida. Podía buscar trabajos de traducción o dar clases particulares de inglés. Supuse que en el campo habría menos competencia que en París y ya sabía que no me faltarían encargos de estudiantes perezosos para que les redactara trabajos académicos. Podía cuidar a niños. Sacarme otro título de historia de Francia en la Universidad de Caen, como sugería él.

Pero para ir a cualquier sitio, para empezar de nuevo, hay que dejar algo atrás.

Mi familia. Mi casa.

Me acercó a él.

—Te quiero, Lita.

Lo dijo primero en francés, luego en inglés y en español, y las palabras fueron calando hondo, pero le pedí que callara, que no lo repitiera, porque no importaba el idioma, no era eso lo que esperaba oír.

—¿Qué quieres que te diga entonces?

—No digas que me quieres. Di que me eliges a mí.

—Te elijo a ti.

—Y repítelo todos los días.

Cuando regresamos a París, nos encontramos una ambulancia aparcada en el patio, frente a las puertas de la Casa de las Estrellas, abiertas de par en par, y un grupo de auxiliares sanitarios en el vestíbulo, mientras las demás chicas contemplaban la escena distribuidas en la escalera. Cato y yo nos reunimos con ellas.

Esa noche, cuando Violeta la ayudaba a acostarse, Séraphine había sufrido un desmayo y se había caído de la cama. Cuando llegó la ambulancia, ya había recuperado el conocimiento y prohibió que la llevaran al hospital. Los auxiliares sanitarios esperaban una decisión mientras Loic y Gaspard trataban de convencer a su abuela de que dejara que la examinaran, pero lo único que las chicas oyeron fue el eco de sus gritos en el vestíbulo de mármol.

—¡Dejadme en mi casa! ¡Dejadme!

Apareció Loic, con la mano en la sien.

—No se quiere ir. Se niega, no hay manera.

Como si acabara de oírlo, Séraphine gritó desde su dormitorio:

—¡No pienso salir de mi casa! ¡Quiero que me dejéis aquí!

—Al menos sabemos que no le falta el aire —comentó Tarentina, pero los auxiliares sanitarios no le hicieron caso y advirtieron a Loic de que a la señora debían

verla los especialistas, no los médicos que la visitaban de forma particular y le recetaban los medicamentos.

Loic y Gaspard se miraron. Era la primera vez que noté entre ellos una pizca de unión fraternal.

—Lamento haberles hecho perder el tiempo —dijo Gaspard—. No hay nada que hacer. No quiere que la saquen de esta casa.

Cuando se marcharon, Tarentina preguntó si podíamos ir a ver a Séraphine mientras Cato esperaba en el vestíbulo con los demás chicos.

Esa noche vimos a Séraphine libre de artificios, con su camisón de encaje, la cara lavada y sin potingues, lociones y pigmentos, apenas el rastro vago dejado por el delineador de kohl. Llevaba el pelo largo y blanco, que le llegaba a los codos, cepillado, con raya al medio; el voluminoso moño que solía lucir resultó ser un postizo que descansaba bien recogido sobre su mesita de noche.

Se tapó el pecho con la manta cuando nos vio arracimadas en la entrada.

—No me digáis que os han mandado a todas juntas para que me convenzáis de que debo ir al hospital —dijo.

—No, los de la ambulancia se han ido —le aseguró Tarentina. Se acercó a Séraphine y la cogió de la mano mientras las demás nos distribuimos alrededor de la cama—. Queremos estar seguras de que te encuentras bien.

—Mis queridas niñas —suspiró—, la vejez no trae nada bueno.

—Deberías pensar mejor lo de ir al hospital en algún momento, hoy no, claro, pero así te revisarían el corazón —aventuró Giada.

—¿Para qué? ¿Para que me ayuden a morir antes?

—Para hacerte pruebas y encontrar la manera de que te sientas más tranquila.

—*Chérie*, cuando las personas de mi edad van al hospital, ya no vuelven.

Clavó la vista otra vez en Tarentina, le aferró la mano con fuerza y se la llevó al pecho.

—Moriré en esta casa. —Cerró los ojos.

—No hables así. —Tarentina se sentó a su lado en la cama.

—Es mi casa y me moriré en ella. Eso es lo que quiero.

—Todavía te quedan años por delante.

—Por favor, *chérie*. El tiempo no perdona a nadie.

Soltó la mano de Tarentina y se puso a observar las fotos colgadas en las paredes como si contuviesen respuestas; sus ojos eran más azules que nunca.

—¿Tenéis idea de cuántas chicas han pasado por esta casa?

Todas nos quedamos calladas.

—Os lo diré yo. Cientos de chicas. Cientos.

Cogió los cigarrillos, se lo pensó mejor y, resignada, soltó la pitillera de plata que cayó al suelo.

—Algunas se quedaban unos pocos meses. Otras uno, dos o tres años. —Miró a Tarentina—. O cinco. Os convertís en mis hijas. En mi corazón. Y cuando os

marcháis, ¿sabéis cuántas regresan a verme? ¿Sabéis cuántas me escriben una carta o me llaman por teléfono? Decidme cuántas, a ver si lo adivináis. Con la de años que llevo abriendo mi casa a muchachas como vosotras llenas de pasiones y de sueños, apenas dos o tres. Las demás me olvidan.

—Séraph... —intentó decir Tarentina, pero Séraphine la interrumpió.

—Mi casa se convertirá en una historia que contaréis a vuestros maridos, a vuestros hijos y a vuestros amigos durante la cena. Cachorritas mías, acordaos de lo que os digo, pronto os marcharéis y me olvidaréis. Pero es normal. Es lo esperado. Os he dejado mi casa, pero esta casa es mía, solo mía. Y no importa lo que diga nadie, el hecho de que piensen que soy una vieja no les da derecho a decirme lo que debo hacer. Me quedaré aquí, en mi casa, porque estoy en mi derecho y es lo que quiero, hasta el último suspiro.

Cato me expuso la idea como una iniciativa de su padre.

—Mi padre nos ha invitado a pasar el domingo de Pascua con él.

—¿Estás seguro de que quiere que vayamos los dos? —pregunté incrédula.

—Sí, me pidió específicamente que fuera contigo. Primero iremos a misa y después a comer a su casa. ¿Qué te parece?

—Pues... bien, me parece bien.

Había pasado todas las Semanas Santas de mi vida con mi familia, y ahí estaba yo, cara a cara con Antoine en la escalinata de La Madeleine. Llegamos tarde. Viajar en taxi un domingo de Pascua era complicado, de modo que no tuvimos más remedio que ir en metro: el primer viaje en metro de Cato desde que lo había conocido. Se tapó la boca durante gran parte del trayecto, dando golpecitos con el pie y observando nervioso el mapa del metro mientras contaba las estaciones que faltaban para llegar.

—¿No te he dicho siempre que la puntualidad es una virtud? —le dijo Antoine a su hijo.

Se volvió hacia mí y me estrechó la mano como si fuera la primera vez que nos veíamos.

—Acompañadme —dijo, al mismo tiempo que señalaba a la persona que esperaba a sus espaldas y nos indicaba que lo siguiéramos por el pasillo bajo el techo abovedado y las cúpulas pintadas hasta nuestros asientos reservados, a pocas filas del altar.

Después, fuimos a casa de Antoine, en su coche con chófer. Nos recibió el mayordomo, y Antoine nos condujo a la sala con los retratos de militares donde yo había esperado el día que fui a ver a Cato. El mayordomo nos ofreció unas copas, yo solo tomé agua. También nos ofreció *hors-d'œuvres*, pero estaba tan nerviosa que no me serví nada. No estaba preocupada por obtener la aprobación de Antoine. Más bien temía que mi relación con Cato fuera víctima de un juego de lealtades.

A instancias de Séraphine, le pedí prestado a Tarentina un traje primaveral gris pálido. Las dos se habían sorprendido tanto como yo de que Cato hubiese vuelto conmigo tras estar tanto tiempo separados.

—Tienes que ir impecablemente vestida, *chérie*. Es todo un gesto por su parte. El viejo reconoce vuestra relación. Eso o quizá su hijo le dio la idea.

Recordé el día en que Antoine me advirtió que no viera más a Cato, y, sin embargo, ahí estábamos, sentados los tres en su salón, yo en el borde del sofá malva y Antoine reclinado en una butaca azul, al otro lado de la mesa baja. Cato ocupaba un diván, y los dos escuchábamos a su padre mientras hablaba del tiempo.

—Es estupendo cómo cada mes de abril París resucita, ¿no te parece, Laura?

—Leticia —lo corrigió Cato.

—Ah, sí, Leticia. Perdona. ¿Qué es lo que estudias en Francia?

Me pareció que decirle que estudiaba diplomacia no era lo más oportuno, pero

tampoco podía contarle que hacía meses que había dejado las clases en el instituto de idiomas.

Cato notó mi vacilación y contestó por mí:

—Estudió relaciones internacionales.

—Entrarás en el servicio diplomático, ¿no?

—Me interesan más los aspectos sociales de lo transnacional.

No le importaban tanto mis respuestas como completar todas las preguntas de su investigación.

—Y, dime, Leticia, ¿cuándo vas a volver a... a tu país? —Se dirigió a su hijo y añadió—: ¿De dónde me dijiste que era?

—De Estados Unidos —contesté yo—. Vuelvo en junio. —Al menos esa era la fecha de mi billete de regreso.

—Falta muy poco. —Pareció satisfecho.

El mayordomo entró para anunciarnos que el almuerzo estaba listo y que pasáramos al salón-comedor. Antoine ocupó la cabecera de la larga mesa, Cato se sentó a su derecha y yo a su izquierda. Apareció un segundo mayordomo y nos sirvió una sopa de espárragos. Cuando nos pusieron delante el plato principal de *lapin rôti*, me quedé helada.

—*Bon appétit* —dijo Antoine, y él y Cato cortaron la carne mientras yo picoteaba la guarnición de patatas y de espinacas hasta que en mi plato solo quedó el conejo asado y no tuve más remedio que dejar el tenedor y el cuchillo.

El mayordomo más joven se acercó a mí con cara preocupada.

—Señorita, ¿no le gusta la comida?

—No, no es eso. No tengo mucho apetito. —Confíe que con eso se conformaría.

—Ni siquiera has probado el conejo —observó Antoine con la boca medio llena y trozos de carne visibles—. Está exquisito. Debes probarlo. Insisto.

—Lo siento. No como conejo.

—¿Por qué no?

—Mi familia los cría como mascotas.

Frente a mí, Cato trataba de disimular una sonrisa, pero a su padre no le hizo ni pizca de gracia.

—¿Y exactamente cuántos conejos tenéis?

—Unos treinta la última vez que los conté.

—¿Y tenéis treinta conejos dentro de la casa?

A Antoine pareció repugnarle la idea, miró a su hijo como si hubiese sentado a una loca a su mesa.

—Viven en un patio interior vallado.

—¿Y dejáis que se reproduzcan como si estuviesen en estado salvaje?

—La mayoría de ellos están capados. —Tuve que pedirle a Cato que le tradujera la palabra «capado»—. Ahora deben de ser unos cuantos más. Son de mi hermano.

—Podemos pedirle al chef que te prepare otra cosa si esto no te gusta —sugirió

Cato.

Me sonaba extraño el tono formal que adoptaba en presencia de su padre.

—No, gracias. Ya estoy llena. La sopa estaba deliciosa.

Cuando tomábamos el postre, una tarta de crema, Antoine me preguntó quién me había recomendado vivir en casa de Séraphine. Le conté que uno de mis profesores, pariente de Théophile, nos había puesto en contacto y que, después de enviarle una carta de presentación y de rellenar los impresos, me entrevistaron por teléfono.

—Es una pena lo de Théophile —dijo.

—Sí. He oído hablar mucho de él. Me habría gustado conocerlo.

—Por lo que recuerdo, era un hombre amable. Muy sensible, según dicen. Se ahorcó en uno de los dormitorios del último piso. Lo encontró uno de sus nietos.

Cato y yo nos mostramos incrédulos al escuchar los recuerdos de su padre.

—No lo sabía —atiné a comentar preguntándome si habría sido Loic o Gaspard.

—Como se suele decir, cada casa esconde sus secretos —dijo Antoine y bebió un sorbo de su copa de vino.

Cato y yo nos miramos.

—Debo decir que tu francés es bastante bueno, Leticia. Pero quizá quieras considerar la posibilidad de tomar clases de dicción. Te ayudarían a evitar el problema del acento.

—¿Por qué es un problema?

—No es algo terrible, pero... ¿cómo explicarlo? Distrae un poco.

Me di cuenta de que pensaba que acababa de hacerme un cumplido.

—Habla varios idiomas —intervino Cato en mi defensa—. Tener un ligero acento no es nada de lo que uno deba preocuparse.

—No es lo normal en un americano. Supongo que estás nacionalizada.

—No fue necesario. Nací allí.

—Una suerte para tus padres.

—Conocí a los padres de Lita cuando vinieron a París —le dijo Cato a Antoine—. Son muy afectuosos y amables.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Y, dime, Leticia, ¿a qué se dedica tu padre?

—Trabaja en el sector de la distribución de alimentos.

—¿Es otra forma de decir que es camarero?

—Es otra forma de decir que es el propietario de la mayor empresa fabricante de alimentos latinoamericanos del mundo.

Antoine guardó silencio durante un rato. Luego llevó la conversación a un terreno más neutral, se quejó del tráfico y de lo que temía que iba a ser el derrumbe inminente de las infraestructuras que se produciría ese verano, cuando los forofos del fútbol y los inmigrantes llegasen para el Mundial.

Cuando Cato y yo nos disponíamos a marcharnos, le di las gracias a su padre por

la invitación y él me tomó la mano y la sostuvo en la suya.

—Como te marchas de Francia en los próximos meses, puede que no volvamos a vernos, pero te deseo lo mejor en lo que emprendas.

—Todavía no ha decidido si se va —dijo Cato, cosa que me sorprendió—. Está pensando en prolongar su estancia.

—Comprendo. —Antoine me soltó la mano y retrocedió—. Ahora, hijos míos, tendréis que disculparme. He disfrutado de vuestra compañía, pero debo descansar. Por favor, Leticia, envíale mis recuerdos a Séraphine.

Nos dio la espalda y se fue por el vestíbulo en dirección a su estudio. Más tarde, Séraphine me obligó a escribir una nota a *monsieur* De Manou que ella misma me dictó para agradecerle su amabilidad y decirle cuánto había disfrutado del placer de estar en su casa.

Ese domingo, en la caminata de regreso, Cato y yo tratamos de quitarle hierro a la tarde.

—¿Estás seguro de que tu madre no tuvo una aventura? —le pregunté en broma—. A lo mejor no es tu verdadero padre.

—Mi madre era fiel en extremo —dijo riendo—. Es mi padre, no hay duda.

Seguimos andando y luego añadió:

—Cuando lo conozcas mejor, verás que tiene algunas cualidades muy buenas.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, es muy brillante. En serio, es una especie de genio.

—Me han enseñado que lo que cuenta no es lo que eres, sino lo que haces con lo que eres.

—No sé si creo en eso.

—¿En qué crees entonces?

—En que todas las personas son fundamentalmente buenas.

—Si de puertas adentro soy una santa y de puertas afuera un demonio, ¿cómo me calificarías?

—¿Estás diciendo que mi padre es un demonio?

—No, estoy diciendo que nuestros actos nos definen.

—Las personas no son siempre y a todas horas una sola cosa, Lita. Es solo un hombre, igual que yo soy solo un hombre, y tiene derecho a ser complejo y contradictorio. Mi padre tiene muchas facetas. Así es la naturaleza humana.

—Mi padre no. Lo que ves es lo que es.

Debo reconocer que soné petulante.

—Qué suerte tienes de que tu padre sea tan perfecto, pero Antoine es el único padre que tengo.

No dije nada más y lamenté no haberme callado la boca antes. Cato tampoco hizo más comentarios. Cuando llegamos a la rue du Bac y nos llegó el redoble de

tambores de una protesta en el bulevar, Cato se detuvo en la acera y me lanzó una mirada desesperada que no le había visto nunca.

—¿Crees que no me gustaría cambiarlo? ¿Es que piensas que en mi vida no he soñado que un buen día mi padre se despertara y fuese distinto? No puedo cambiarlo, Lita. No cambió por mi madre y no va a cambiar ni por ti ni por mí.

—Lo lamento, yo...

—No, no lo lamentos.

Guardé silencio.

—Sé cómo te sientes —dijo—. Las cosas son así, pero yo lo he perdonado por ser como es aunque nunca me lo pidiera.

Pensé en mi padre. Cuando era niña le pregunté si había perdonado a su padre por haberlo abandonado aquel día en el parque. Se puso pensativo y tardó en contestar:

—Mi amor, a veces tienes que dejar que una parte de ti se muera para que el resto pueda vivir.

Días más tarde, Séraphine nos convocó de una en una en su cuarto para preguntarnos si pensábamos quedarnos en la Casa de las Estrellas un año más o si podía disponer de la habitación para ofrecerla a nuevas inquilinas al final del verano. Cuando me tocó a mí presentarme junto a su cama, le dije que no quería irme a casa cuando venciera el contrato de alquiler.

—¿Y qué quieres entonces, *chérie*?

—Quiero esta vida, no necesariamente en la Casa de las Estrellas, pero quiero la vida de quien soy hoy, de ir a donde quiero y cuando quiero, de hacer lo que me viene en gana. Quiero tener la oportunidad de seguir explorando.

—No quieres dejar a Cato, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Entonces quédate.

—Pero tú no entiendes cómo es mi familia. Se morirían si no regreso.

—Claro que lo entiendo. Hace mucho tiempo estuve en tu misma situación. En la década de los sesenta Théo y yo vivimos un año en Atenas. Él tenía allí unos negocios y estaba muy ocupado; yo conocí a un griego maravilloso y fuimos amantes durante varios meses. Cuando llegó el momento de que Théo y yo regresáramos a París, el griego me pidió que me quedara con él en Atenas. Planeamos que iría al aeropuerto con mi marido, pero dejaría que se subiera al avión sin mí. El griego, no recuerdo cómo se llamaba, me esperaba en un coche a la entrada del aeropuerto. Pero bastó que mi Théo me cogiera de la mano y me dijera: «Séra, vamos, o el avión saldrá sin nosotros», y no pude hacer otra cosa que seguirlo.

—Elegiste a Théo.

—No. No lo elegí a él, sino la vida que me esperaba aquí, en París. Nací para esta vida, para esta casa. Era mi destino. Durante un tiempo me arrepentí por cómo había

plantado al griego, pero ahora creo que es mejor dejarlos así, sin lágrimas ni abrazos. Las despedidas no le sirven a nadie.

—Crees que debería volver a mi casa.

—Ay, Leticia, no tengo consejos para ti. Solo tengo mis historias. Pero si decides quedarte, por favor, recuérdale a tu padre que me mande el cheque del depósito, ¿de acuerdo?

—¿No volviste a saber nada del griego?

—Unos quince o veinte años más tarde regresé a Atenas con Théo. Fuimos a un restaurante en Plaka y vi a un hombre que pasaba junto a unas tiendas. Era el hombre que había amado y, sin embargo, no era el mismo, se le veía cansado, lleno de arrugas, andaba con lentitud, y comprendí que el amor no siempre es lo que parece. El amor no era ese extraño. Puede incluso que me lo inventara. El amor era el hombre sentado a la mesa junto a mí, aunque a veces no nos ocupábamos demasiado el uno del otro. El amor eran mi apellido y mi país.

Aplastó el cigarrillo en su cenicero.

—Ven, *chérie*, ven aquí, a mi lado. —Me hizo sitio en la cama y tomó mi mano entre las suyas—. Mi querida Leticia. A veces lo peor es la dicha, porque una vez que la has probado, sabes que es muy improbable que vuelvas a encontrarla.

Me quedé con ella un rato más. Hablamos de otras cosas. Me contó que había decidido que ese verano saldría de la Casa de las Estrellas y haría un viaje a Deauville, donde solía ir con Théo a disfrutar de fiestas y casinos.

—No tardaré en morirme, y no quiero marcharme de esta vida sin haber visto el mar por última vez.

—No digas eso.

—¿Por qué no? —Me apretó la mano con más fuerza—. Una mujer al borde de la muerte también tiene derecho a soñar. Y mi sueño es volver a ver el mar. He tenido una vida larga y plena, *chérie*. Estoy cerca del final. No tiene nada de malo reconocerlo y decirle a quienes me importan que deben prepararse para que pronto me vaya. Es la verdad. Y debemos amar la verdad incluso cuando sea contraria a nuestros deseos.

Aquellas fueron las últimas palabras que me dijo, y son las que recuerdo ahora.

Murió esa noche.

No quisieron que estuviésemos en la casa cuando vinieron a llevársela. Loic dijo que a ella no le habría gustado que la vieran en un estado tan poco favorecedor, que habría querido que la recordaran como la mujer que era el día antes, no como el cuerpo grande transportado en una camilla plegable de metal por cuatro tipos musculosos de la funeraria.

El funeral se ofició solo para la familia. Pensamos que estábamos incluidas, pero Loic nos dijo que no. La enterraron junto a Théo en la sepultura de la familia De la

Roque cerca de Chantilly. Al concluir la ceremonia, Loic y Gaspard regresaron a la casa con la familia, incluidos el sobrino y la sobrina de Séraphine con sus cónyuges, y una señora mayor que, según supe luego, era Nicole, la madre de Loic y de Gaspard. Entraron en el salón y cerraron las dobles puertas. Loic salió dos o tres veces, pidió a las criadas que sirvieran café y algo de comer. Pasaron las horas. Unas cuantas nos reunimos en el rellano de la segunda planta, tratando de adivinar qué ocurría.

A la mañana siguiente, las criadas llamaron a nuestras puertas y nos convocaron a una reunión que se celebraría en el comedor a la hora del desayuno. A las nueve, todas estábamos en la reunión, aunque algunas todavía íbamos en bata; Loic y Gaspard estaban sentados el uno al lado del otro en dos sillas de la cabecera. Ese día parecían gemelos, los dos con las camisas blancas con las puntas del cuello abotonadas y los pantalones negros, los dos con las mismas ojeras de cansancio que les llegaban a las mejillas.

Gaspard posó la palma de la mano en la espalda de su hermano como para darle fuerzas para hablar.

—Disculpadme, he dormido muy poco. —Loic carraspeó—. En primer lugar, quiero que sepáis que sé que estáis tan tristes como nosotros. Como podréis imaginar, los últimos días han sido difíciles, pero gracias a la participación de otros miembros de la familia hemos tomado algunas decisiones. Espero que os parezcan bien.

—La Casa de las Estrellas seguirá abierta hasta el verano —prosiguió Gaspard con la parte que le había tocado—. Cerraremos a principios de agosto para liquidar su contenido y prepararla para ponerla a la venta en septiembre.

—¿Nos estáis echando? —preguntó Tarentina, a quien habíamos elegido como portavoz del grupo.

—Os aseguro que a mi hermano y a mí nada nos gustaría más que mantener abierta la casa —Loic sonó apenado—, pero no somos los responsables de la decisión.

—¿Quién es el responsable?

—Nuestra madre.

Dominique nos desveló luego toda la historia. Nicole, con el apoyo de sus primos, que también tenían derecho a heredar un pequeño porcentaje de los bienes de Séraphine, habían decidido vender la casa, tal como siempre había querido ella, y prometió a sus hijos darles una parte con la que podrían adquirir un pequeño apartamento para cada uno. Loic y Gaspard habían argumentado que la casa era un tesoro y que era de tontos venderla. Dijeron que se harían responsables de su mantenimiento, siempre que la familia estuviese dispuesta a no desprenderse de ella. A diferencia de los otros, querían aquella casa. Pero Nicole se negó.

Al día siguiente, cuando entró en la casa, la miramos de arriba abajo. Era una mujer sumamente pálida, con cara de bebedora, melena lacia, corta y rubia, sin ningún rasgo de su madre salvo los ojos color aguamarina de la familia De la Roque.

No llevaba maquillaje y era delgada como sus hijos, vestía unos pantalones azul marino que no le sentaban nada bien y una blusa blanca con un cuello Peter Pan que iba por el cuarto o quinto uso sin pasar por la lavadora. La seguía el agente inmobiliario a quien había encargado buscar un comprador.

—La casa necesita muchas reparaciones —oí que le decía al hombre mientras se paseaban por el gran salón—, pero insisto en que se venda tal cual.

Lo llevó arriba y llamó a todas las puertas para que el hombre viera nuestros dormitorios e indicarle las paredes que se podían tirar para crear espacios más amplios. Ni se presentó ni nos preguntó cómo nos llamábamos. Cato y yo esperamos en silencio en el umbral de mi puerta mientras la mujer, en medio del cuarto, le decía al hombre:

—Será mucho más fácil enseñar la casa cuando los inquilinos hayan retirado sus pertenencias.

Y entonces le sonó el móvil.

—Me pillas ocupada, estoy cerrando un tema —le dijo a quien llamaba en un inglés casi perfecto—. No te imaginas el quebradero de cabeza que me ha supuesto. No veo la hora de irme de París para no tener que pensar nunca más en esta casa.

Pasó un mes y la casa seguía apagada y fría con la muerte de Séraphine; sin embargo, afuera la primavera inundaba París con su aluvión de flores. Yo seguía notando su presencia; cada vez que cruzaba el vestíbulo y ella reconocía las pisadas de mis botas que tanto odiaba, oía su voz pronunciar mi nombre. Yo había ido a muchos entierros de conocidos de mi familia, pero nunca al de nadie que yo hubiera querido tanto como a Séraphine, que me había hablado como a una vieja amiga y me había ofrecido todas sus verdades cuando sentía que me hacían falta. Aunque probablemente había repartido esas mismas verdades a los cientos de chicas que estuvieron allí antes que yo, me hizo creer que para ella yo era única, igual que ella lo era para mí.

Cato conocía la muerte. Se tuvo que ver con ella de pequeño al perder a su madre, cuando lo de la bomba, y con la amenaza de su enfermedad. Recibió la muerte de Séraphine con solemnidad, observándome mientras me adaptaba a su ausencia, como si supiera mejor que yo que debía aprender sola a adquirir la fuerza necesaria para la próxima ocasión.

La pérdida de Séraphine estrechó el vínculo que unía a las residentes, que pasamos muchos días juntas, conscientes de que nuestros días como grupo tocaban a su fin. Logré convencer a mis padres para quedarme un mes más hasta julio, con la excusa de poder asistir al espectáculo del Mundial de fútbol organizado en Francia. Pocas semanas después nos echarían de la Casa de las Estrellas. Ya no podría hablar con Maribel a través de las paredes finas como papel de fumar que separaban nuestros dormitorios, ni dormirme arrullada por el televisor de Saira en el piso de arriba. De madrugada ya no se organizarían fiestas a base de bossa nova y tragos de

cachaza en el cuarto de Tarentina ni sesiones de cotilleo a la hora del desayuno en el salón comedor, aunque las criadas seguirían en la casa, como empleadas de los nuevos propietarios.

El resto de las chicas se buscaban la vida tratando de organizar un futuro que les evitara la separación. No había apartamento lo bastante espacioso para albergar más que a unas pocas de nosotras. A algunas les resultó más fácil dejarlo correr. Saira anunció que se mudaría al piso de su familia de la rue Royale; Stef tenía prohibido verla allí, pero ella dijo que buscarían una solución. Dominique planeaba empezar de cero en Londres, y Maribel, a quien le faltaba un año para terminar los estudios, viviría con una amiga mexicana en la rue Pergolèse; las demás pensaban alquilar juntas un apartamento situado lo más cerca posible de la Casa de las Estrellas.

Tarentina, por su parte, le estaba dando vueltas a la idea de regresar a Brasil, aunque allí no le quedara familia, apenas unos cuantos amigos de la infancia, o si no dejar al fin que el Profesor la adoptara. Mi familia era para ella una fuente inagotable de perplejidades, la forma en que mis padres, dos niños desposeídos, habían conseguido formar su propio clan unido, aunque a menudo me tomara el pelo cuando hablaba de ellos y me dijera que más que hablar de mi familia parecía que estuviera hablando de una secta.

Tarentina no sabía que, de niña, siempre me había preguntado cómo sería eso de no tener padres como le ocurría a ella. De pequeña me aterraba la idea de revivir el doloroso pasado de mis padres quedándome huérfana. Cuando me hice mayor, en Nueva York, al pasar junto a un par de mendigos fugitivos, o de unos niños de la calle de la vieja Bogotá que vendían chicle en las esquinas, me entregaba a la fantasía fugaz de ser una abandonada y me preguntaba cómo sería eso de no tener que rendirle cuentas a nadie. No estaba segura de que sabría qué hacer con ese tipo de libertad.

—Te lo diré una sola vez —me confesó Tarentina una tarde de mayo cuando me fui con ella a la terraza a fumarme un cigarrillo—. Te envidio. Debe de ser fantástico saber que tienes una familia esperando que regreses. A veces pienso que cuando me muera el único que lo notará será mi contable.

—Yo lo notaré —dije sonriendo.

—¿En serio?

Nunca la había visto tan poco segura de sí misma.

—Muy en serio. Pero tienes que prometerme que no desaparecerás.

—Aquí la que tiene que prometer eso eres tú.

Observé el jardín, allá abajo, los árboles todavía decorados con los farolillos multicolores que Saira había colgado para el desfile de moda de su escuela de diseño que había organizado hacía varias noches.

—Si tuviera dinero, compraría esta casa y la dejaría así para siempre.

—No seas tonta. Llevo aquí cinco años y tengo dinero para comprarla, pero no querría esta casa aunque me la regalaran. Me daría miedo acabar como Séraphine, sola en mi dormitorio, sin nada más que historias que contar, vigilando la casa como

si fuera un maldito fuerte. Ahora eres libre. Todas lo somos.

—¿Crees que seguiremos siendo amigas cuando nos vayamos de aquí?

Ella sabía mejor que yo cómo eran estas cosas.

—Algunas seguiremos en contacto. Otras desaparecerán. Pasa siempre.

—¿De veras?

—Nos veremos con ocasión de nuestras bodas y del nacimiento de los niños, espero, y si algunas se divorcian, también nos veremos entonces. Para eso no necesitamos esta casa. No olvides que la llaman la Casa de las Estrellas, pero las estrellas somos nosotras. Sin nosotras, no es más que una casa, y seguiremos siendo estrellas, vivamos aquí o en otro lugar.

Si en París disfrutaba de un remanso de paz mientras terminaba los últimos encargos de trabajos académicos para las chicas que estaban al final del curso, con las ventanas de la casa abiertas al comienzo del verano, las noticias que me llegaban de los míos en New Jersey eran todo lo contrario, plagadas de creciente tensión y ansiedad porque mi hermano menor iba desmejorando al desaparecer los efectos positivos de su último tratamiento. Había vuelto a sus ocasionales estados catatónicos, sus ideas de suicidio y su negativa a hablar conmigo cuando llamaba. Mi familia esperaba que mi regreso, aunque fuese temporal, lo ayudaría a mejorar.

No quería agobiar a Cato con estos detalles, como si pudiera mantener nuestro panorama immaculado. Pero él oía mis conversaciones telefónicas con mis padres y con Santi, y aunque hablábamos en español, me notaba la agitación en la cara. Por más que Tarentina lo proclamara, yo no era libre.

Cuando éramos niños, y pese a tener la doble nacionalidad, Santi y yo decíamos que no éramos ni colombianos ni estadounidenses, sino que éramos Del Cielo, nuestro propio país. En la escuela, cuando aprendimos el juramento de lealtad a la bandera, nos inventamos nuestro propio juramento a nuestra familia. El nuestro era el único hogar que había imaginado conocer, e incluso ahora notaba la llamada del corazón.

Cato quería que me quedara.

Una noche, en la cama, me dijo:

—Lo que pasó entre los dos no creo que vuelva a pasarnos con nadie más. No de esta manera, ¿verdad?

—No. No de esta manera.

Miró el techo y luego me miró a mí, que estaba acostada a su lado.

—No quiero que te vayas.

—Yo no quiero irme.

Comprobé que Cato empezaba a depender de mí del modo que uno depende de su familia, un amor que echa raíces tras superar los arrebatos iniciales de un nuevo romance. Dije, y así lo creía, que aún tenía la opción y que quería quedarme en

Francia después de la fecha fijada para mi partida. Un año más, dos años más, para siempre. Y él también me creyó, pese a que mi certeza hacía cábalas: podía hacer ambas cosas, volver a casa una temporada y regresar luego a Francia. Podía vivir en los dos sitios. Podía encontrar la manera de ser todo para todos.

Loic se presentó ante mi puerta con un paquetito envuelto en papel de seda como si en las manos sostuviera una paloma.

—Gaspard y yo hemos repasado las cosas de nuestra abuela, antes de que los demás se pongan a hurgar y no nos dejen nada suyo de recuerdo. Hemos encontrado esto y hemos pensado que te gustaría tenerlo.

Me entregó el paquete y al abrirlo vi la blusa kimono de seda de Séraphine, la que tenía el dragón pintado en la espalda.

Me puse la blusa esa noche, cuando Cato y yo dimos un paseo hasta la isla de San Luis, con una botella de vino en la mano, y nos sentamos al borde del muelle Henri IV, entre un montón de parejas de enamorados y amigos. A las nueve de la noche empezaba a oscurecer sobre la ciudad, las luces de Notre-Dame proyectaban un fulgor dorado en el río. Encontramos un candado tirado en el suelo, probablemente se había caído de alguna de las bicicletas alineadas en el muelle. Cato decidió guardarlo. Más tarde, cuando emprendimos la vuelta a casa, pasamos delante de la catedral donde los pintores y los artistas con sus caballetes hacían caricaturas para los turistas. Cato le pidió a uno de ellos si podía pintar nuestros nombres en ambos lados del candado. La pintora, que nos dijo que era de Shanghai y que estudiaba arte, utilizó un pincel diminuto para escribir nuestros nombres en pintura amarilla, y Cato sostuvo el candado con la punta de los dedos hasta que se secó; después cruzamos a la orilla izquierda y caminamos el largo trecho que va del muelle de la Tournelle al de Voltaire, donde Cato me acompañó hasta el muro que daba al agua.

Me abrazó, su cara cálida contra la mía.

—Quiero que sepas que, aunque me dejes, siempre estarás conmigo.

—No te voy a dejar.

—Pero si tienes que irte, no pasa nada. Los dos estaremos bien.

Se separó de mí y, con una fuerza como no le había visto nunca, lanzó el candado pintado al río, tan lejos que fue imposible saber dónde tocó el agua.

Se llevó mi mano a los labios y me besó la palma.

—Creo que deberíamos casarnos. Nadie tendría por qué enterarse. Solo nosotros dos.

—Ya estamos casados —dije, como si fuera lo más natural del mundo y, por eso mismo, supe que así era, del único modo que importaba.

Las críticas previas de Antoine de Manou a la selección francesa fueron ridiculizadas en los titulares de todos los periódicos a medida que el equipo multirracial francés iba ganando un partido tras otro del Mundial hasta alcanzar la categoría de héroes. El jefe de Romain mandó instalar un televisor encima de la barra del Far Niente, y nosotras nos reunimos alrededor de nuestra mesa preferida arimada a la pared para ver a Brasil derrotar a Escocia y nos comprometimos a ver allí juntas todos los partidos restantes, porque la tradición manda que donde veas a tu equipo preferido disputar el primer encuentro es donde deberías verlo jugar los demás para no romper la buena racha.

La noche en que Les Bleus batieron a Croacia en la semifinal —una noche especialmente húmeda, sin aire acondicionado en el Far Niente, con las puertas y las ventanas abiertas para que entrara el aire caliente de la calle—, la pandilla del restaurante vibró de júbilo al saber que Francia se enfrentaría en la final a Brasil, ganador del Mundial anterior. La Copa del Mundo convierte a la gente en patriota, pero como nuestros respectivos equipos, Colombia, Estados Unidos, Italia y Marruecos, habían sido eliminados en las primeras fases, casi todas pasamos a simpatizar con el país anfitrión, menos Tarentina, siempre fiel a Brasil.

Romain tenía el día libre, pero fue de todos modos al restaurante para ver con nosotras el partido. Me senté entre él y Cato, y cuando terminó el encuentro y nos levantamos, con cánticos y gritos de victoria, lanzó la siguiente apuesta: si Francia ganaba el Mundial, al día siguiente haría realidad su sueño, reservaría un vuelo directo a Nueva York.

Apenas unos días antes habíamos llegado a las últimas páginas de *Martin Eden*. Admiraba su tenacidad, tras meses recitando despacio cada palabra hasta no cometer un solo error de pronunciación, leía párrafos y páginas sin necesidad de detenerse para que yo lo corrigiera. Se interrumpía solo cuando algún pasaje del libro le causaba perplejidad, por ejemplo, cómo podía Martin seguir amando a Ruth después de que ella hubiese dudado de él, hubiese puesto en entredicho su pobreza y hubiese desechado sus sueños de ser escritor. No entendía cómo un hombre podía amar a una mujer que no creyera en él.

—Eso no es amor. El amor se demuestra a diario, con o sin dinero.

—Ella lo quería. —Salí en defensa de Ruth—. Pero debía tomar una decisión. Confiaba en que sus padres supieran qué era lo más conveniente para ella.

—Me repele ese tipo de mujeres. Tontas, sin carácter, blandas como medusas.

—Ruth creía que él era un egoísta por dedicarse más a su pasión que a complacerla a ella y a su familia.

—Solo quiso que él volviera cuando se hizo rico. Era una cobarde. Y él también, por quererla durante tanto tiempo.

Cuando terminó la novela, Romain encendió un par de cigarrillos, me dio uno, y

disfrutó de cada palabra de la última página hasta que no le quedó más por leer. Guardamos silencio, y cuando había llegado casi hasta el filtro, como si le hubiese estado dando muchas vueltas, Romain dijo:

—Entiendo por qué el hombre se mató antes que darle a ella otra oportunidad. Ya estaba muerto. Yo, en su lugar, habría buscado otra manera de seguir.

La noche de la victoria en la semifinal, todo el mundo brindó por la promesa que Romain se había hecho a sí mismo y me pregunté qué haría que yo apostase mi vida al resultado de un partido.

Era pasada la medianoche cuando Cato y yo dejamos a los demás celebrando con la multitud que se formó cerca del teatro del Odéon. Pese al ruido de los bocinazos y de los cánticos que rebotaban contra los muros de la ciudad, Cato y yo caminamos despacio, como si en realidad ninguno de los dos quisiera llegar.

Les Bleus ganaron la Copa del Mundo de 1998 por tres goles y la ciudad no dejó de vibrar hasta después del día de la Bastilla, una de las fiestas nacionales más culminantes de la historia de Francia; desfiles, multitudes y fuegos artificiales, un éxtasis de peatones y de parranderos desenfrenados que llenaban cada centímetro de los Campos Elíseos desde La Défense hasta la plaza de la Concordia, pasando por la rue de Rivoli hasta llegar a la Bastilla, donde los más fuertes treparon a la Columna de Julio, una ola de orgullo recorrió el país entero y sus líderes proclamaron que aquel equipo formado por diversidad de rostros representaba el sueño de integración del futuro de Francia.

Aquel sería un momento glorioso, casi sagrado para los franceses.

Pero para entonces yo me habría ido.

Séraphine tenía razón cuando decía que las despedidas no le sirven a nadie. Nos quedamos en la habitación de Tarentina casi hasta el amanecer, y cuando Cato y yo regresamos a mi cuarto, la cama ya sin sábanas, recogí las pocas cosas que me quedaban para terminar de hacer el equipaje.

Cato ayudó al chófer a meter mis maletas en el taxi, y yo entr  sigilosa en el cuarto de cada una de las chicas para despedirme con un abrazo mientras estaban medio dormidas. Sabía que las vería otra vez a todas.

Me había despedido de Loic a primera hora de la tarde anterior, le agradecí su amabilidad y todo lo que había hecho para que me sintiera a gusto en la casa. Le dije que tenía razón, fue tal como él había prometido, all  había sido muy feliz.

Me qued  sola en el vestíbulo y echó una última y larga mirada. Recorr  el pasillo hasta el cuarto de Séraphine, pero estaba cerrado con llave, así que le susurró un adiós a través de la puerta con la esperanza de que me oyera dondequiera que estuviese. Record  que solía decir que había sobrevivido a casi todas las personas que le habían importado, pero que aquello no era motivo para tenerle lástima, porque había amado mucho en su vida, *passion ment,   la folie*, y eso ya es mucho más de lo que nadie puede pedirle a la vida, y porque, me dijo, aquellos a quienes amas profundamente nunca desaparecen del todo.

Con la ayuda de uno de los contactos de Sharif, Cato consiguió la que seguramente era la última habitación disponible en París en un hotelito tranquilo de Montmartre, lejos de la rue du Bac y de cuanto nos resultaba familiar. Queríamos pasar el último día y la última noche como si fuéramos turistas. Queríamos hacer como que éramos una joven pareja que iba a París por primera vez, de luna de miel, y descubría la ciudad a través de la ventanita con vistas a mil chimeneas, mansardas y callejones. Dimos migas a las palomas en el estrecho pretil del balcón y estuvimos en remojo en la bañera con patas en forma de garras.

Tom  entre las mías las manos arrugadas por el agua de Cato y se las ense  .

—Así nos pondremos cuando seamos viejos.

Aún no sabía, aún no entendía, pese a que él intent  decírmelo de mil maneras, que nunca llegaría a viejo como yo. En la habitación de aquel hotel, todavía jugamos a tener un futuro juntos. Me estrech  con fuerza entre sus muslos, me rodeó con sus brazos hasta que el agua se enfrió, mientras me decía que ese invierno iría a verme a Estados Unidos. O tal vez podíamos ir juntos a algún sitio. Hacer un viaje a una isla, en el otro confín del mundo, a Leticia. Ya no le importaba el peligro que corrían sus pulmones. Estaba indignado por cómo lo habían criado para que temiera la vida y aceptara las limitaciones de su cuerpo. No sabía cuánta vida tenía por delante, pero quería correr a su encuentro con valentía. Dijo que había malgastado demasiados

años en aquella casa junto al mar. No quería volver allí. No sin mí.

Le dije que haríamos todo lo que quisiera.

Irámos a todas partes juntos.

Y me lo creí.

Aún estaba llena de esperanza. Creía que teníamos la vida entera por delante. Podía hacer lo que quería y encontrar la manera de regresar a su lado.

Aún no sabía lo que el destino nos tenía reservado.

A la mañana siguiente en el aeropuerto Charles de Gaulle me encontraría con Romain; según lo prometido, había reservado un billete de ida a Nueva York en un vuelo que salía después que el mío.

A los pocos días de regresar a casa, el tiempo que tardé en recuperarme del cambio de horario y deshacer las maletas, me tratarían como si nunca me hubiese marchado. Mi familia dejaría de pedirme que les contara cosas sobre mi año en el extranjero, y yo recuperaría mis ritmos, ajustaría la nueva ancla de mi casa y recordaría, en secreto, mis otros hogares: el pequeño dormitorio de la Casa de las Estrellas y la oscura caverna de Cato en la casa junto al mar.

En vez de ir a la universidad a estudiar diplomacia, sería maestra y así podría contribuir con el trabajo humanitario de mi madre y ampliar la rama filantrópica de Compa' Foods. Cuidaría de mi hermano, lo ayudaría a graduarse y a ir a la universidad y a encontrar una nueva aunque siempre precaria estabilidad en sus rutinas.

Trabajaría mucho. Me consideraría contenta y productiva. Útil. Realizada.

Casi siempre sentiría que estaba haciendo aquello para lo que había nacido.

Pensaría a menudo en Cato.

Los primeros cinco años separados, nos escribíamos, nos llamábamos, organizábamos viajes que luego aplazábamos para más adelante y que a la larga terminábamos cancelando porque siempre surgía algún deber, alguna obligación por mi parte. Prometía ir a verlo en cuanto pudiera, en cuanto mi vida me lo permitiera, pero mis promesas empezaron a sonarme huecas incluso a mí.

Poco a poco, fui volviéndome más cobarde; sin agallas, pusilánime como las medusas de Romain; me decía que era mejor dejar que se agrandara la distancia entre los dos. Era lo lógico. Me decía que la nuestra era una hermosa historia, pero que debía terminar. Era imposible que me siguiera queriendo, y después de tanto tiempo.

Los años pasarían según predijo Tarentina. Algunas de las chicas mantuvimos el contacto y otras lo perdieron. Cinco años después de mi partida, regresaría a Francia para su boda, y para entonces me habría convencido de que Cato se había olvidado de mí y vivía tan ricamente con una mujer más adecuada para él. Al final encontraría el modo de vivir la mía con otro hombre, un antiguo compañero de universidad de mi hermano, periodista político con licencia de piloto.

Aquella noche que pasé con Cato en la habitación de un hotel de Montmartre aún no sabía, o tal vez sí, que en alguna parte muy honda de mí misma, once años más

tarde, en un apartamento donde vivía con mi nuevo prometido, recibiría una llamada telefónica que me atormentaría durante años.

Oiría la voz de una mujer pedirme en francés que no colgara, que *monsieur* De Manou se pondría enseguida. Y entonces oiría la voz de un hombre muy viejo.

—¿Hablo con Leticia?

—Sí.

—Leticia, te llamo para darte una... para darte una muy mala noticia.

Entonces lo supe. No tuvo que añadir más.

Se me partió el corazón.

—Mi hijo... Felix ha muerto. Convalecía de una bronconeumonía persistente que le duró meses. Sus médicos me dicen que falleció mientras dormía. Este viernes será el funeral al que asistirá la familia. En realidad solo iremos Sharif y yo, con Mireille, que cuidó de él cuando era niño. Con tu permiso, haré que mi secretaria te envíe un billete de avión. Pensé que te gustaría asistir.

Me carcomió la vergüenza por la forma en que lo había abandonado, por el simulacro de amor que había erigido para sustituir el suyo.

Imposible perdonarme.

Allí yacía ante mí una vez más, al pie del altar de La Madeleine, dormido.

Cuánta arrogancia y cuánta ingenuidad haber creído que tendríamos tiempo cuando el tiempo es lo único que no le sobra a nadie.

La última noche en París, cuando estaba muy dentro de mí, me susurró al oído:

—Te lo daría todo si tuviera algo para darte.

—Ya me has dado bastante. Y a mí me tienes por entero.

—Di que me eliges.

—Te elijo.

—Y yo te elijo a ti.

Cuando acabamos, apoyamos la cabeza en la almohada y nos dedicamos a observarnos la cara. Ignoro si en aquellos últimos días del vibrante y rosado verano parisino él había sentido tanto como yo el impulso de memorizarlo todo, porque pasaría mucho tiempo antes de que volviera a recorrer aquellas calles. En silencio, había meditado sobre lo irreversible de todo, incluso de las cosas más insignificantes, como mi última ducha en el austero cuarto de baño de la Casa de las Estrellas, el último cigarrillo que fumé en la terraza, la última vez que llevé mi ropa a la lavandería de enfrente, y traté de hacer caso omiso de las palpitaciones que me agitaron el pecho cuando Cato y yo hicimos el último viaje a Blonville-sur-Mer, el último tren de vuelta a París, el último paseo juntos por las piedras lisas de nuestro puente.

—Eres hermoso —dije—. No hay nadie más hermoso que tú.

Me cogió la mano.

—Deberías haberte casado conmigo cuando te lo pedí. Podríamos haber estado casados desde entonces. Y ahora me dejarías siendo mi mujer, y, cuando volvieras a mi lado, seguiría siendo tu marido.

—Me casaré contigo ahora.

Esa noche la basílica del Sagrado Corazón estaba abierta y casi vacía, salvo por unos cuantos devotos desperdigados en los bancos. Eran las diez de la noche, y recuerdo que, en la escalera de la entrada, un viejo bajito que vendía postales y bolas de vidrio con nieve dentro nos avisó de que la iglesia estaba a punto de cerrar.

Fuimos directamente al fondo del templo y nos quedamos solos en una capillita detrás del altar. Pronunciamos nuestros votos. Dijimos que nos elegíamos el uno al otro. Y nos besamos con las estatuas como únicos testigos.

Lo dejé a la mañana siguiente tumbado en una maraña de sábanas, la piel pálida contra el algodón blanco. Me observó mientras me vestía. Un taxi esperaba en la calle para llevarme al aeropuerto, pero le pedí que no viniera. Quería ir sola. Quería recordarlo así. Mi sabor aún fresco en sus labios. Y sus ojos enamorados.

Agradecimientos

Estoy profundamente agradecida a Ayesha Pande, a Lauren Wein, a Elisabeth Schmitz, a Jessica Monahan, a Deb Seager y a todo el personal de Grove por su amabilidad y su trabajo. Vaya también mi agradecimiento a mi familia y a los muchos amigos queridos, cercanos y lejanos, que me han ofrecido su apoyo incondicional, sobre todo a las verdaderas chicas de la rue du Bac para las que escribí este libro con todo mi afecto, tal como prometí hace tanto tiempo. Vayan para mi hermano, su familia, y sobre todo mis padres mi infinita gratitud y todo mi amor.



PATRICIA ENGEL. Es una joven autora de origen colombiano criada en New Jersey. Su debut literario, *Vida*, un libro de relatos, cosechó grandes elogios de la crítica, fue finalista del Pen/Hemingway Book Award y fue destacado como Notable Book por *The New York Times*. Licenciada por la Universidad de Nueva York, Patricia Engel imparte clases de escritura creativa en la Universidad de Miami.